

EL COJO ILUSTRADO

Año VII

1º DE MARZO DE 1898

Nº 149

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL. B. 4
UN NUMERO SUELTO. B. 2

EDITORES PROPIETARIOS Y DIRECTORES

J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



GENERAL IGNACIO ANDRADE

PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DE VENEZUELA PARA EL PERIODO CONSTITUCIONAL DE 1898 A 1902

EL GENERAL IGNACIO ANDRADE

Colocamos en la primera página de nuestra edición de hoy el retrato del GENERAL IGNACIO ANDRADE, quien ha sido electo Presidente de la República para el periodo constitucional de 1898 á 1902.

Asciende el señor General Ignacio Andrade á la Suprema Magistratura de la Nación, después de haber gobernado el Estado Miranda, que por su extensión, población y riquezas, exige cuidadosa administración y hábil política.

La opinión pública dice que gobernó con moderación y prudencia y que se mostró solícito en armonizar los intereses confiados á su inteligencia y patriotismo, á pesar de que la época, como surgida de una revolución armada, se ofrecía propicia á los disturbios y á las exigencias más contrarias al orden constitucional.

Tienen, pues, los pueblos razones en qué apoyarse para esperar del señor General Ignacio Andrade un gobierno fecundo en beneficios. Cada época trae sus necesidades peculiares: la actual reclama, en primer término, el imperio de la verdad administrativa, de la cual dependen el afianzamiento absoluto de la paz pública y el lógico acrecentamiento del bienestar nacional.

Es más fácil hacer el bien que dejar de hacerlo; y no dudamos que el señor General Andrade será pronto á practicarlo en beneficio del país.

EL COJO ILUSTRADO presenta el homenaje de su consideración y respeto al señor General Ignacio Andrade.

LA LEYENDA

Rousseau y Voltaire se encuentran perfectamente bien en la cripta del Panteón: asunto concluido. No se podrá decir de ahora en adelante:

Si Rousseau no tiene urna
Es la culpa de Voltaire;
Si Voltaire está sin tumba
De Rousseau la falta es.

Ambos tienen sus tumbas, bien que el segundo hubiera querido arrojar al primero á las gemonías y que éste habría deseado dispersar á todos los vientos las cenizas de aquél. Ambos fraternizan hoy en la paz de la muerte que fue respetada por sus enemigos comunes, como Isabel y María Estuardo, lo que me parece de alta filosofía cristiana, fraternizan bajo las bóvedas pacificadoras de la abadía de Westminster.

Estoy satisfecho: esto, desde luego, lava la Restauración, que fue al menos un gobierno muy honesto, de la acriminación que sobre ella pesaba; y por otra parte demuestra que M. Corbière no mintió al asegurar bajo palabra de honor que los restos de los dos filósofos no habían sido profanados. Era un hombre encantador ese Corbière, sin embargo de ser *inhallable*. Tenía corazón, elocuencia y mucho talento. Se ha recordado recientemente la hermosa frase con que reparó un ligero desliz.

Cierta vez, en Consejo de Ministros, Corbière colocó sucesivamente sobre la mesa verde su tabaquera y su pañuelo; y Luis XVIII impaciente, le preguntó:—¿Amigo mío, piensa usted vaciar aquí todos sus bolsillos?—Sire, respondió Corbière, si fuese necesario escoger, juzgo que V. M. preferiría los Ministros que vacían sus bolsillos á aquéllos que los llenan. Con Luis XVIII el talento salvaba.

Me parece que fue también Corbière el que, Ministro de Instrucción Pública en 1821, y solicitado para que se mostrase favorable á los románticos, con el pretexto de que eran buenos realistas, respondió:—Celebro que los románticos sean buenos realistas y suplico á los realistas que no sean demasiado románticos.

Era él, en fin, el que no gustando ni de Chateaubriand ni de Royer-Collard, decía:—Ambos afectan aire protector; con la diferencia de que uno parece ofrecerla y el otro negarla.

Se le atribuyen otras frases menos felices, porque cuando se presta á los ricos se les prestan muchas pobreza. El mejor modo de aparecer como habiendo dicho muchas tonterías es ser muy espiritual. Volvamos ya á Voltaire y Rousseau.

Están, pues, en el Panteón. Era falsa, enteramente falsa, la leyenda que Larousse registró como historia:—Todo lo que tengo necesidad de saber de la historia lo encuentro en Larousse, dicen algunos. Está probado que erran. Esa leyenda de la profanación que Víctor Hugo encuadró tan magníficamente en *Los Miserables* es falsa, completa, absoluta, radicalmente falsa, sin que haya en ella un *alma de verdad*, como dicen ahora ciertos filósofos. Este suceso debe hacer reflexionar. Es un prejuicio respecto de las leyendas el creer que contienen siempre una partícula de verdad, un mínimum de sustancia histórica; sin embargo, por una aberración del espíritu humano no podemos consentir en que ellas sean nada, lo que se llama absolutamente *cerro*.

Esta era la polémica permanente por la prensa, y lo que es evidentemente más serio, en la comedia Magni, entre Scherer y Renán. Renán quería que en el fondo de toda leyenda hubiese siempre un fondo de verdad que era necesario desentrañar; Scherer decía:—“Es increíble que no podáis haceros cargo de que en el fondo de una leyenda no haya nada, absolutamente nada, lo cual es perfectamente posible si se atiende á que la especie animal—hablo de la humanidad—se distingue precisamente por la imaginación.” Scherer tenía razón: una leyenda puede nacer espontáneamente en un cerebro como nace una novela, y como una novela tener éxito, si halaga la imaginación y las pasiones. Esto lo dice el buen sentido.

Oídme. Ahora que se sabe que la profanación nocturna de 1814 es una mera leyenda, ¿queréis saber cómo se formó? Voy á decirlo como si lo hubiese presenciado. Un desequilibrado del partido vencedor, un *inhallable* intransigente, diría, quizás por escrito, en un diario de la época—á la manera con que Chateaubriand dijo que Napoleón había envenenado á los apastados de Jaffa:—“Deberían ser arrojados á los cuatro vientos los restos de Voltaire y de Rousseau”; al otro día alguien dijo:—*Han sido arrojados á los cuatro vientos los restos de Rousseau y de Voltaire*. Al día siguiente aquello era historia. Esto último no es más difícil que lo dicho de Napoleón por Chateaubriand.

Un breve suceso privado por cuya relación aquí pido perdón, dará idea de cómo se fabrica la leyenda.

Soy profesor de *literatura francesa* en un establecimiento del Estado. El Diario mejor

informado de París publicó por error de caja:—*Profesor de literatura latina*. Todos los periódicos de París, sin excepción, salvo aquellos en que escribo, repitieron la frase; los de provincia la reprodujeron y uno de esos reporters que celebran sus revistas en su propia casa—por lo cual los bendigo—relató así la conferencia:—He preguntado á M. Faguet por qué se le había nombrado profesor de literatura latina.

—Porque no me he ocupado nunca sino de literatura francesa, me respondió el terrible satírico.

Hé aquí que cuando voy á provincias me preguntan:—Ah! ¿sois profesor de latín?

—No señor; en absoluto.

—Pero si todos los Diarios lo han dicho!

—Es completamente falso.

—Si vos mismo lo habéis asegurado.

—No lo recuerdo.

Y luego con una finura, con un lirismo de sarcasmo: “Sois profesor de latín.”

De esta idea no se desferrarán jamás; y en el fondo, es necesario que lo sepáis, he acabado por creerlo yo también.

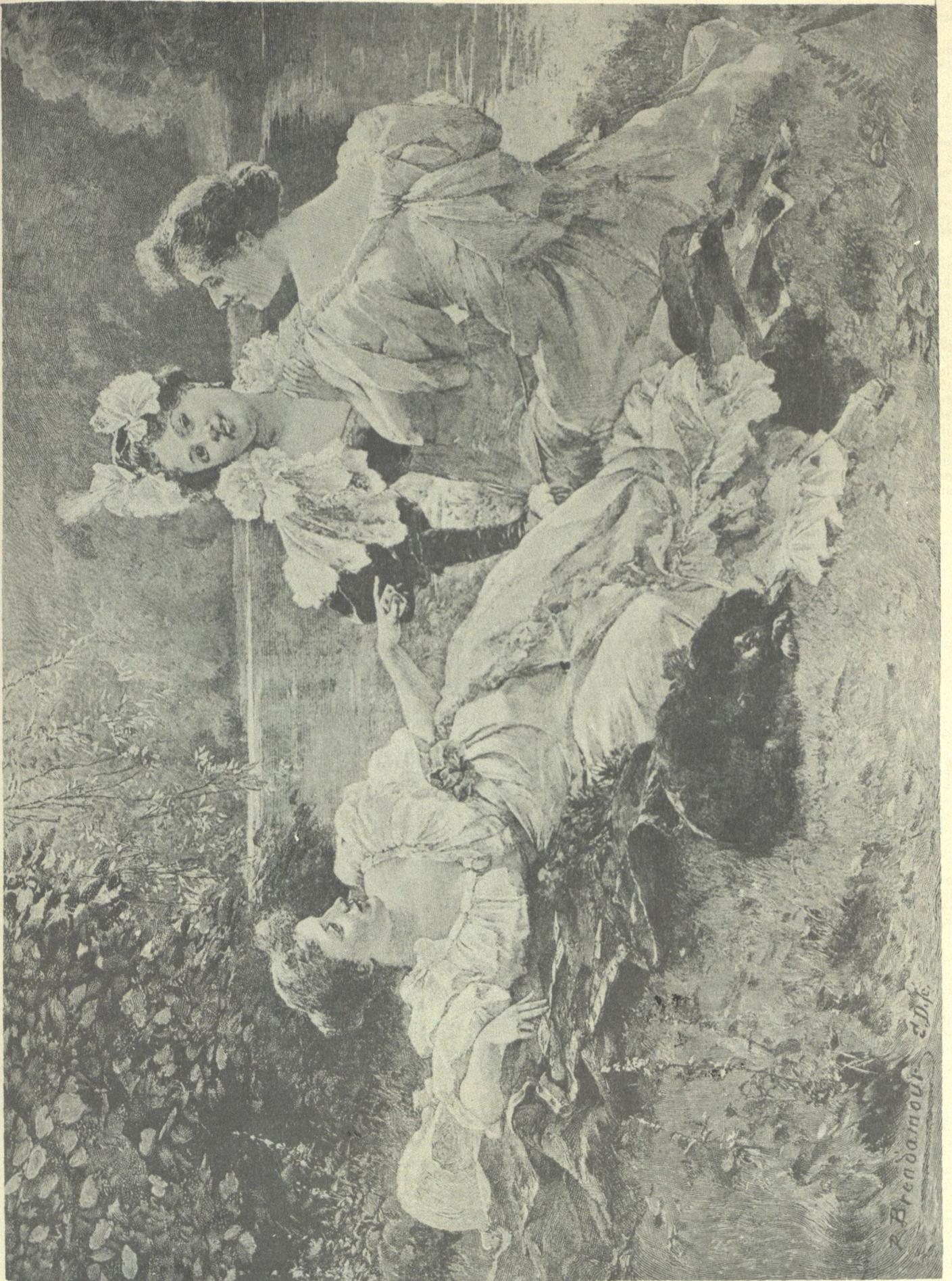
¿Qué hay en el fondo de esa pobre leyenda? Ya lo habéis visto: un simple error de imprenta.

La misma historia del diente de oro: En el siglo XVI nació en Moravia—ó en Bohemia—un niño con un diente, lo cual es raro; pero lo más asombroso es que el diente era de oro. Durante diez años se discutió en todas las Academias de Europa sobre la posibilidad de nacer con un diente de oro, hasta que al fin un Sancho académico se atrevió á decir que convenía saber si el hecho era cierto. Se buscó al niño y se le encontró; pero no tenía el más mínimo diente de oro. Pardiez! dijo alguno; á los diez años han cambiado los niños sus primeros dientes, y por tanto el de oro también se ha caído. Y quedó convencido. La historia, ya lo véis, es una sarta de dientes de oro.

Discutíase en la Academia de Ciencias un hecho contrario á todas las leyes naturales, absolutamente inexplicable. Cada uno daba su opinión hasta que Arago acabó por decir:—Hay una explicación mejor todavía y es, que eso no es verdad. Arago no creía en los dientes de oro, lo que prueba que tenía dientes de juicio. Pero no es el juicio lo que más abunda en nuestro bajo mundo; y no precisamente á causa del horror de los hombres por la verdad, como dicen los filósofos malhumorados, que después de todo no tienen la culpa; sino por el prurito que tienen los sabios y los que no lo son de discutir las mayores majaderías.

La prueba al canto: Hace ochenta y tres años que se discute, y con este motivo se prodigan injurias, á propósito de la profanación de los restos de Rousseau y de Voltaire; y lo único que en esos ochenta y tres años no se ha hecho es lo que primero debió hacerse, verificar el diente de oro, mirar si estaban en sus tumbas los despojos mortales. Han sido necesarios ochenta y tres años para llegar á esta conclusión: es divertido.

Lo que gusta á los hombres no es conocer la verdad, sino buscarla; ó mejor dicho: hacer que la busquen. Hubo un filósofo griego que durante el almuerzo advirtió que los higos tenían un gusto á miel muy caracterizado. Oh, oh! de dónde puede proceder este sabor á miel? de qué cañón del Atica ó de la Jonia han venido estos higos? en qué condiciones se han madurado? Interroga á su sirviente, le encarga de hacer una averiguación sobre la procedencia de aquellos frutos, y todas las mañanas le pregunta en qué estado se encuentran las pesquisas, hasta que el criado, impaciente, le pregunta:—¿Señor, por qué os empeñáis tanto en saber de dónde han podido salir esos higos?



BUENA NUEVA. — (Por A. Schram)

—Porque les he encontrado sabor de miel.
—Ah! es que los puse en un vaso que contuvo miel y no quedó bien lavado.

—¿Nada más que por eso?... A pesar de todo no dejaré de buscar. Y todavía siguió buscando.

Todos somos el filósofo de los higos, y por lo tanto no tenemos el derecho de hacerle la higa. Sólo una cosa debe hacerse respecto de las leyendas, y es no tenerlas para nada en cuenta. Algunas quizás encierran una partícula de verdad: buen provecho les haga. Como la mayor parte nada contienen, no hay para qué hacerles el honor de suponerlas más verdaderas que sus hermanas. Así, pues, es necesario dejarlas tranquilas hasta que suministren sus pruebas.

Juan Jacobo Ampère, que era historiador, pero también algo romántico, decía:—“¿Quién nos da el derecho de rechazar el testimonio que nos ha transmitido la antigüedad y á los cuales ella dio fe? ¿Por qué habría de ser todo falso en los orígenes de Roma?” Al que afirma es á quien incumbe suministrar las pruebas. La leyenda es indicadora del estado de los espíritus en determinada fecha. Perfectamente: ¿y, después, qué se deduce? Que es la indicadora del modo cómo los hombres se han engañado, de la manera cómo se han hecho ilusiones, y de la forma de su ignorancia. Párdiez! hermoso provecho. Se trata de saber, no diré á qué no se aficionan los hombres, sino á qué se aficionan menos. Después de todo si es de su naturaleza.

EMILIO FAGUET.

LA VIDA PARISIENSE

“CIRANO DE BERGERAC”

PARA MIGUEL EDUARDO PARDO.



STOS últimos días del año, han sido tal vez, y aun sin tal vez, más fecundos en novedades teatrales que los once meses anteriores. En el espacio de tres ó cuatro semanas, París ha producido más obras maestras que España en los dos siglos que han transcurrido desde que Calderón dejó de existir.

Ha producido, en efecto, un drama romántico digno, según la opinión de la crítica en general, de los más geniales poetas de las grandes épocas; ha producido un drama revolucionario lleno de amargura épica; ha producido, en fin, una comedia anarquista en la cual vive y palpita la lucha de clases, con una intensidad nunca antes vista en las tablas.



Cyrano de Bergerac, la obra que, según dice Faguet, realiza lo que Calderón y Molière sólo pudieron esbozar, es una obra heroica y cómica á la par, una comedia de capa y espada en la cual los personajes parecen figuras de tapicerías fantásticas.

Cirano fue un poeta contemporáneo de Corneille y de Boileau. La historia anecdótica de esa gran época de renacimiento literario, nos habla de él como de un hombre lleno de defectos y de buenas cualidades, pendenciero y casto, bebedor y generoso, amigo invariable de los que le querían bien y rencoroso

adversario de los que le hacían algún daño; instintivo, en fin, como un habitante de las llanuras prehistóricas y refinado cual un asiduo tertuliano del hotel de Rambouillet. Además era muy feo, el pobre Cirano, y eso amargaba á veces su alma anhelante de poeta, hasta el punto de hacerle cometer injusticias contra los débiles.

Edmundo Rostand habría pues, podido hacer, con esa figura atormentada, un símbolo completo de la humanidad que, en el fondo, es buena y mala, ideal y repugnante, heroica y sanguinaria, egoísta y generosa, genial é imbécil, todo en una pieza.

Pero el autor de *La Samaritana* no es un hombre capaz de dar importancia á las generalizaciones ideológicas ni, menos aún, de buscar, en un tipo obscuro y pintoresco, toda el alma de la humanidad. Lo que á él le interesa en la leyenda ó en la historia, es el lado romántico, el aspecto lleno de color, el fondo de pasión sobrenatural y, más aún, la exterioridad pomposa y seductora.



...Cirano acaba de batirse contra cien á la puerta de un teatro en el cual un ingenio de la corte había tenido la osadía de burlarse de su nariz contrahecha; y en el momento de envainar de nuevo su espada, vencedora en mil combates, su buena y fiel espada de héroe, y de soldado y también de matamoros, una dueña le entrega una carta perfumada.—¿Es la declaración discreta de una dama linajuda que se muere de amor por el caballero triunfante? ¿Es el misterioso reclamo de una doncella que quiere besar en sus pobres ojos sin belleza los ojos de un caballero nunca vencido?

...No.—Es algo mejor aún: es la esquela en que su prima Roxane, la divina, la nueca bien ponderada, la luz de donde el sol la toma, la princesa azul de sus ensueños, en fin, le dá una cita... ¡á él!... ¡sí! á él que jamás se atrevió á “esperar” y cuyo pecho arde en llamas sonoras desde hace tanto tiempo... tanto tiempo!...

Cirano y su prima están juntos en el fondo de una taberna en la cual sólo los soldados y los poetas entran: van á hablar de amor: la voz de Roxane comienza á murmurar frases galantes, y el alma del matamoros espera ansiosa. ¡Oh decepción! Ella está enamorada, en efecto, pero no de él sino de uno de sus amigos llamado Cristián, y lo que desea es que su primo proteja á su amante.

—¿Me lo prometes, Cirano?

El Cirano verdadero habría llorado ó se habría puesto colérico y sus celos hubieran estallado en amenazas ampulosas.

El Cirano de Rostand hace el sacrificio supremo de su amor y promete.

Y cumple también, con una lealtad dolorosa en la cual Max Nordau verá, sin duda, el germen del masoquismo más degenerado.

Por una sutileza de poeta ingenio, Cirano se dice: “Yo escribiré las cartas que Cristián dirige diariamente á mi prima; y las haré muy tiernas; y pondré en ellas toda mi alma y toda mi ternura, para que así, al menos, ella pueda adorar algo mío aun á través de otro hombre... ¡Ah! saber que los versos que yo escriba por la mañana serán besados por ella en el silencio amoroso de la noche, será, para mí, el más dulce de los consuelos!”...

Y durante muchos días, en efecto, sus delicados madrigales van á Roxane enviados por Cristián; y Roxane llega á adorar locamente á su amante por el ingenio que demuestra en sus cartas... Y en su sacrificio, Cirano es dichoso porque siente algo suyo en los amores ajenos...

Una noche Roxane habla desde el balcón de su alcoba con Cristián que está abajo al lado de Cirano.

—Me parece—dice la bella—que cuando escribes eres más ingenioso que cuando hablas.

El galán palidece.

—Háblame en el mismo lenguaje en que me escribes—continúa la enamorada...

Entonces Cirano, imitando la voz de su amigo, recita, recatado en la sombra, los más ardientes de sus ruegos poéticos y los más elegantes de sus reclamos. Habla; habla... Su vena inagotable dice los deseos delirantes del alma que muere de amor, los goces infinitos que viven en su esperanza; dice las quejas del alma que anhela; se exalta, se enloquece, se ofrece todo y solicita todo, tiernamente, vertiginosamente...

Loca también de amor, Roxane le dice:

—Sube, Cristián, sube!

...Y Cristián sube poniendo el pie en el hombro de su amigo.

Han pasado muchos años. Cristián ha muerto en una batalla. Roxane se ha refugiado en un convento.

Cirano, que es ya célebre, va todos los días á visitar á su prima en el claustro, para hablarla de su propio amor no hablándola sino del amante muerto.

Un día, al salir de casa de un magnate que le protege, el poeta recibe sobre la cabeza, un golpe que le parte el cráneo en dos partes... Va á morir!... Pero antes, deteniendo la sangre de la herida con el paño de su capa, dirígese hacia el convento y recita á su prima, contemplando un papel blanco, una carta de amor que dice ha encontrado entre los papeles de Cristián... Habla de nuevo, con un entusiasmo pocas veces expresado; sus ojos se cierran y las antifonas delirantes continúan brotando de sus labios agonizantes..... Roxane comprende la superchería sagrada de su primo; ve su amor; ve su sacrificio y le toma entre sus brazos para endulzar con una suprema caricia la muerte de quien tanto la había amado y tan discretamente había sufrido por ella.



Faguet y Sarcey han hablado de Calderón, de Molière, de Tirso, de Shakespeare, al analizar la obra de Rostand. Yo quiero más bien consagrar un recuerdo á Teófilo Gautier cuyo ideal consistió siempre en dar vida á una comedia llena de penachos, de cascabeles y de hidalgüa. Si “el divino Teo” hubiera sido hombre de teatro, habría creado este *Cirano* que todos aplaudimos ahora. No pudo crearlo, pero lo preparó. El amante misterioso de Roxane, es, en efecto, un hijo del capitán Erecaza, de los “grotescos,” de Villón, de otros muchos poetas y de otros muchos matamoros del autor de *Fortunio*.

De los versos de Rostand—esos versos claros y sonoros como el cristal—me parece inútil hablar de nuevo, habiendo ya citado muchos de ellos en una de mis crónicas anteriores.

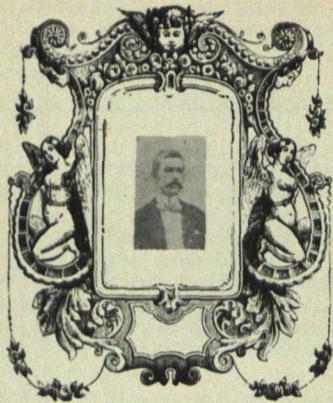
También me parece inútil, ó más bien dicho peligroso, decir lo que pienso de las comedias de Mirbeau y de Cúrel. Ambos son anarquistas sentimentales y soñadores; ambos esperan una revolución social que será la glorificación de la Miseria y el triunfo del dolor humano; ambos son admirables como poetas, como refractarios, como profesores de energía... Pero de ellos y de sus ideas violentas, tu puedes, querido Pardo, mejor que yo hacer el elogio, puesto que sientes con verdadera energía la belleza sangrienta de la musa roja...

ENRIQUE GOMEZ CARRILLO.





El Duo. — (Cuadro de James Sant)



(Del certamen literario de El Cojo Ilustrado)

LA CAPA DE UN HOMBRE HONRADO

—Doctor, mirad mi aflicción;
Buscadle á mis males calma.
—Qué tenéis?
—Frió en el alma,
y angustia en el corazón.

Mirad, doctor, un pesar
siento en el pecho, un vacío
martirizante, sombrío,
que nada puede llenar.

Por sólo el placer de un día
trocara cuanto atesoro.
Yo os daré grandeza y oro
si me volvéis la alegría.

Será vuestro cuanto encierra
este palacio sumptuoso,
y os haré tan poderoso
cual los grandes de la tierra;

Pero devolved la paz
á mi existencia abatida;
Dadme la muerte ó la vida,
porque ya no puedo más.

Así clamaba un doncel
Príncipe de sangre real,
afligido por el mal
de una consunción cruel.

—Señor, vuestro mal impío
es de mucha magnitud;
No se alcanza la salud
con oro ni poderío.

—Pero y la ciencia, doctor?
—Ella á infalible no alcanza.
—Entonces, no hay esperanza?
—Acaso la haya, señor?

—Viajad mucho, con el fin
de ahogar el tedio profundo;
recorred el ancho mundo
del uno al otro confín.

Y al punto, señor, que halléis
un hombre honrado, ese mal,
perderá el sello mortal
si en su capa os envolvéis.

II

Pueblo tras pueblo, cruzó,
del uno al otro confín,
y al palpar el mundo ruín,
de terror se estremeció.

Doctier vio la vanidad
en lucha con el desdén;
mas, fingiendo aquella el bién,
como aqñeste la humildad.

Ora el altivo rigor
con el disfraz del deber;
ya el tiránico poder
llamándose protector.

Y á todo, la multitud,
minando en su sorda envidia
al mundo, con su perfidia
disfrazada de virtud.

El rey que á su pueblo arruina
sí es despótica su ley,
y el pueblo que infama al rey
sí con rigor no domina.

El galán presumidor
que finca el ser caballero,
en desdeñar al obrero,
quien sin causa, odia al señor.

El juez que condena cruel
al reo á suplicio atroz,
sin pensar que es ante Dios
tan criminal como aquí.

El mendigo que deplora
los bienes del que le ampara,
y éste, que vuelve la cara
cuando el mendigo le implora.

El sacerdote, que en pos,
corriendo de oro y poder
se convierte en mercader
y lucra en nombre de Dios.

Y así siempre hallando el mal
sin descanso noche y día,
el Príncipe recorría
toda la esfera social.

Desde el más alto señor
hasta el sér más desdichado,
no miraba al hombre honrado
que le dijera el doctor.

III

Vuelto á su amarga inquietud,
vacilante en su esperanza
de encontrar la bienandanza
á su perdida salud;

Llegó el príncipe á través
de un campo alegre y frondoso
á do un labriego afanoso
segaba abundante mies.

—Dios os guarde, labrador,
—Con El bienvenido sea,
—Muy ruda es vuestra tarea.
—Lo necesario, señor.

—Mucho os debe producir
trabajar con tanto afán;
—Qué más, mi señor, que el pan,
lo justo para vivir.

—Con tan poco os conformáis?
—Eso basta para mí.
—Os gusta esta vida?
—Sí.
—Y por nada la trocáis?

—Ni por el regio esplendor
de hermosísimo palacio?
—Yo le tengo en el espacio.
—No le hay más grande, señor.

Y en llegando á la ciudad
para vender mi cosecha,
me parece muy estrecha
aunque es muy grande en verdad.

—¿Nunca vuestra alma soñó
con el oro?
—Para qué?
—Para brillar.
—Yo no sé
lo que usted dice, yo nó.

Allá al pie de la montaña
donde pasta mi ganado,
tengo un florido cercado
y allí tengo mi cabaña.

—No es mucho eso
—Pues nó.
—¿No anheláis bienes mayores?
—Eso es para los señores,
no un labriego como yo.

—Feliz vos, á quien no llega
del dinero el ansia loca,
ni la vanidad os toca
ni torpe ambición os ciega.

—Vanidad! qué es vanidad?
Ambición! qué es ambición?
—Ponzoña del corazón
que roe á la humanidad.

—No, señor, aquí nací,
donde mis padres nacieron,
como ellos aquí murieron
deseo morir aquí.

Yo soy del campo señor,
de mis hijos soy el rey
mas, mi cariño es su ley
y mi tesoro es su amor.

Frutos me da mi cercado,
lana me dan mis ovejas,
miel sabrosa mis abejas
fresca leche mi ganado;

Y cuando la mies madura
que del agosto no pasa,
aunque es la cosecha escasa,
el sustento me asegura.

—Dichoso, dichoso vos,
que en esa humilde escasez
dáis ejemplo de honradez.
—Porque así lo manda Dios.

—Y no tenéis, labrador,
jamás un desasosiego?
—Como yo soy un labriego,
no entiendo de eso, señor.

Hé ahí un honrado mortal,
el Príncipe se decía,
viendo con grata alegría
próximo el fin de su mal.

—Escuchad, buen labrador,
¿haréisme una gracia?
—Sí



PUERTO DE RÍO CARIBE.—Fotografía de H. Avril

—Queréis presentarme aquí vuestra capa?

—Yo, señor.....

—Os ofrezco montes de oro

—Pero señor.....

—No dudéis, que si aquí me la traéis, daré por ella un tesoro.

—Señor, no es por eso, nó, no es que venderla no quiero, es que ella cuesta dinero y no puedo usarla yo.

EDUARDO DIAZ LECUNA.

(Del Certamen literario de El Cojo Ilustrado)

EL PERIODISTA IBAÑEZ

Concluyó la audición de *La Gioconda*, la obra maestra de Ponchielli.

La soprano absoluto, el tenor y el barítono fueron muy aplaudidos, pero no tanto como la primera bailarina en la *danza de las horas*.

Más que las armoniosas modulaciones de aquellos artistas, entusiasmó á la concurrencia el baile de Marieta, la bella francesa de hermosos ojos garzos é intachables formas, porque entre esa concurrencia hallábase en gran número los admiradores de la bailarina que á *dos carrillos* estaba consumiendo las fortunas de varios caaqueños.

—¡Qué seductora es Marieta? dijo como hablando consigo mismo el periodista Jorge Ibañez al salir del teatro, y después de haber dado algunos pasos en la calle añadió:

—¡Qué bella es Marieta!

*

—Alto! estimable colega. ¿Piensas cenar en ese bodegón?

Esto dijo un joven á Ibañez cuando éste pisaba el umbral de una fonda de tercer orden.

—Sí, amigo mío, repuso el interpelado; porque las tostadas de este bodegón son hermosas y están en *estado interesante*, por su rico sabor y por los fetos de queso asado que tienen en sus cálidos vientres—como dirían ustedes los *decadentes*—y enestan dos lochas cada una, nada más; mientras que las de á peseta que venden en los grandes *restaurants* que frecuentas, pueden ser engullidas de un bocado.

—Pero en esta ocasión—añadió el interlocutor de Ibañez,—que era otro periodista, de apellido Aliaga—las engullirás conmigo, porque así te lo suplico.

—¡Cenar juntos tú y yo en un gran *restaurant*? Nos perjudicaríamos mutuamente, chico. Tú eres periodista oficioso y yo pertenezco á la prensa independiente. Tú defiendes al Gobierno y yo lo ataco; nuestro compañerismo puede ser mal interpretado. Por desgracia, entre nosotros, la política impone restricciones á la amistad.

—Eres con exceso, celoso de tu renombre de periodista independiente. Prescindiré por una hora de tu intransigencia, ó si nó.....

—Ya tienes en los labios el sambenito del godismo; para evitar que me lo endilgues, resuelvo acompañarte.

*

Con su gran talento y su laboriosidad admirable, Jorge Ibañez había conquistado un puesto en la primera fila de la falange periodística. Su altivez, siempre inflexible, había resistido las tentativas de cohecho; el Poder, con todos sus halagos, amenazas y vejaciones, no había podido lograr que su pluma tratase de justificar las ilegalidades que, por el contrario, siempre censuró acerbamente. Era su polo opuesto Tomás Ali-

aga, el otro periodista que le invitó á cenar.

Para cada arbitrariedad de los gobernantes Aliaga tenía una alabanza, y para cada alabanza de Aliaga los gobernantes tenían un puñado de oro.

Aliaga gozaba los placeres de la opulencia y sufría el desprecio del público; Ibañez sufría los rigores de la miseria y gozaba del aprecio de sus conciudadanos.

Aquellas dos almas opuestas vivían cada cual en su elemento.

¿No sentiría á veces la de Aliaga la nostalgia de la estimación de sus compatriotas? ¿Y la de Ibañez no echaría alguna vez de menos los halagos del lujo?

Siendo así, más fácil sería la perversión de Ibañez, que la purificación de Aliaga. A éste mortificaba la irreprochable conducta de aquél, ¡Ay de Ibañez si llegase á envidiar los placeres de Aliaga!

Tiempo hacía que el periodista oficioso abrigaba el propósito de corromper á su colega para no tener tan terrible contendor en la prensa y hasta para poder en unión suya explotar más cómodamente el Erario Nacional.

*

En el extremo del lujoso salón de un *restaurant* cenan y conversan los dos periodistas.

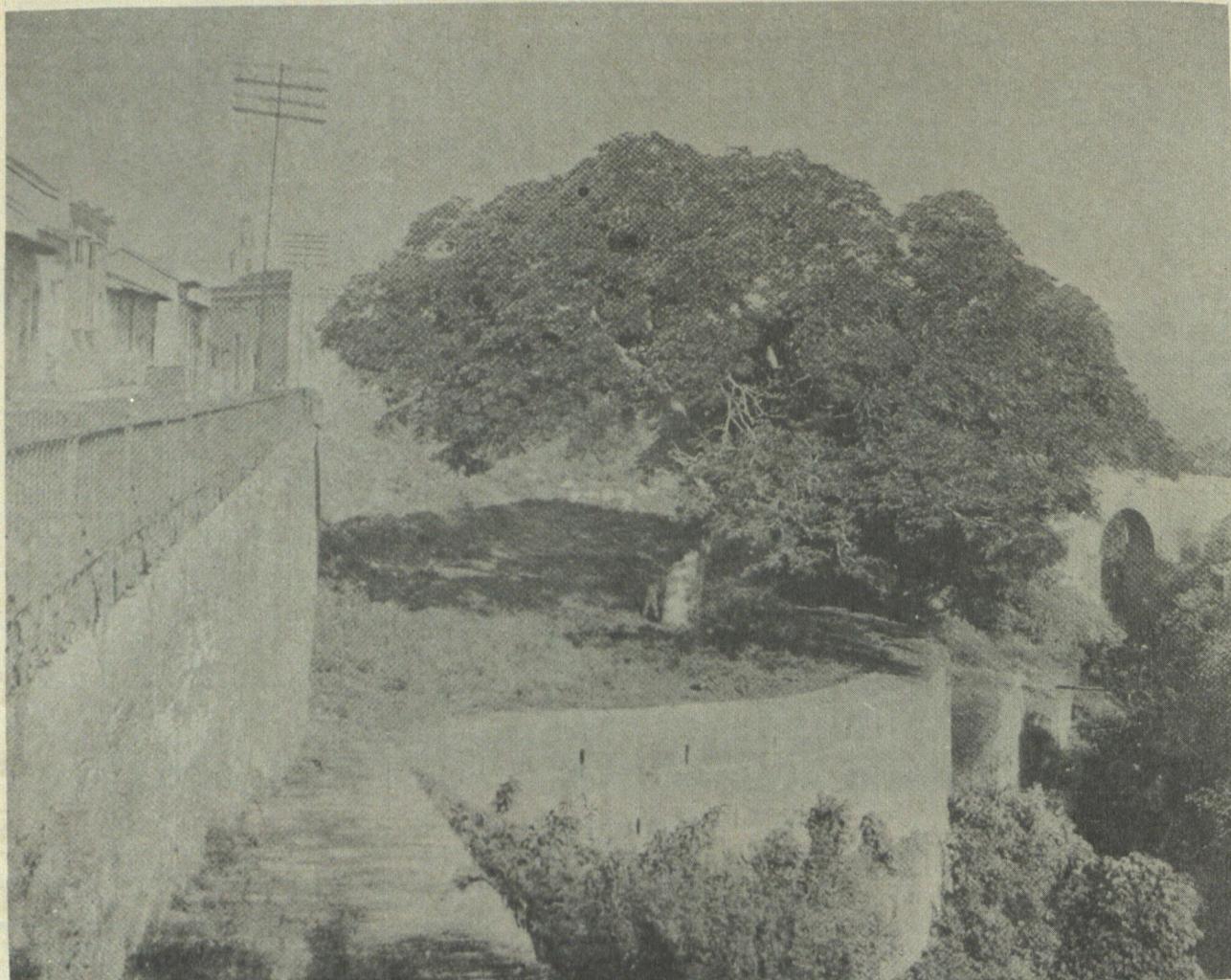
—Es verdad—dice Ibañez—hay días en que sólo cómo aplausos; pero el hambre y la indigencia no podrán jamás obligarme á asalar mi pluma.

—Eres un lírico, amigo mío, repuso su comensal.

—Pues entonces, por no tener muchos líricos como yo, nuestra patria está perdida.

—Y perderse con ella, puesto que no tiene remedio, es una solemne tontería.

—Es cuestión de carácter: tú sigues la corriente de la corrupción y yo trato de contenerla. Ríete de mí: yo te acompa-



EL SAMÁN DE LA TRINIDAD

—No me río de tí, Ibáñez : al contrario: me causa vivo pesar el ver que derrochas tus energías y tu talento sin provecho alguno. Contéstame con franqueza: ¿ Cuántas mensualidades debes al casero ? ¿ Has pagado el flux que ya mugriento llevas puesto ? Cuando te sientas delante de alguna persona ocultas cuidadosamente los pies, para que no te vea el calzado roto, ¿ y no tienes con que reponerlo !.....

—Pero mi conciencia está tranquila y mi reputación es invulnerable.

—Bah ! Ni la tranquilidad de tu conciencia, ni la invulnerabilidad de tu reputación, son monedas corrientes : con ellas no podrás pagar al casero y al sastre, ni hallarás un zapatero que te las reciba en cambio de un par de botines.

—Pero el pueblo á quien defiende.....

—Mentira ! el pueblo no te agradece los sacrificios que haces por él. Varias veces te ha visto ir á la Rotunda y ni siquiera ha protestado. ¿ Entre ese pueblo hubo quien te mandase á tu prisión una hogaza de pan, una caja de cigarrillos ?

Con palabras como esas fue hábilmente infiltrando Aliaga el desaliento en el corazón de su colega.

La ingratitud del pueblo, la infecundidad de las luchas periodísticas de Ibáñez, la indigencia que casi siempre acompaña la independencia de carácter y el sombrío porvenir que le esperaba, fueron con vivos colores pintados por el corruptor.

Luégo describió la vida—cadena de placeres—de los favoritos del Poder. El dinero á manos llenas, los coches propios, los banquetes casi diarios, el estreno de un flux cada semana, los amores con las artistas y bailarinas de los teatros.....

Con todas esas tentaciones quiso Aliaga corromper á Ibáñez.

Cuando aquel habló de las bailarinas, Ibáñez como hablando consigo mismo, pronunció este nombre : *Marieta*. Después obligó á su compañero á que le hablase largamente de élla, haciéndole muchas preguntas, con candidez tal, que Aliaga comprendió que la primera bailarina lo había hondamente impresionado.

Al punto concibió Aliaga la idea de valerse de Marieta, como de una moderna Dalila, para que cortase á aquel Sansón del periodismo la cabellera de sus virtudes.

—Bien, pues, no lo olvides, dijo Aliaga á su colega : pasado mañana iremos juntos al teatro : concluida la función, pasaremos al camarín de la hermosa Marieta y te presentaré á ella ; después tomaremos un coche, iremos á cenar y luégo por estorboso, me retiraré.

—Convenido, contestó Ibáñez con visible alegría.

*

El periodista Ibáñez estaba, en realidad, como lo había comprendido el sagaz Ali-

aga, impresionado por la belleza de la primera bailarina de la ópera.

Cuando oyó á su amigo hablar larga y enfáticamente sobre los placeres que él compartía con las mujeres de teatro, la bella imagen de Marieta apareció en su mente y su nombre salió de sus labios.

Suma sagacidad tenía Aliaga para no aprovechar ventajosamente el arma que le arrojaban de la sitiada ciudadela. Cargando de firme, hablóle largamente de Marieta.

—Oye, dijo : la nación entera, aplaudiéndote, hará mucho ruido ; pero ese aplauso no te deleitará tanto como el estallido de un beso de Marieta.

El periodista independiente fue gradualmente envidiando á su amigo, porque éste había gozado mucho al lado de aquella seductora mujer.

Cuando Aliaga propuso á Ibáñez presentarle á Marieta, la alegría brilló en los ojos de Ibáñez y una sonrisa de triunfo apareció en los labios de Aliaga.

*

En la noche del siguiente día anunció Aliaga á Marieta la presentación de su colega.

—Es muy pobre, dijo : pero será muy rico cuando quiera explotar la Tesorería Nacional, con su gran talento y su brillante pluma. Oblígalo á ambicionar el dinero para gastarlo contigo, indúcelo á que se venda y pronto podrás meter la mano en sus repletos bolsillos hoy vacíos.



EN PEREGRINACIÓN — Cuadro de Lorenzo Delleani

—Si te constituyes en fiador de él, repuso la bailarina, no tengo inconveniente en fiarte mis caricias.

*

Concluida la ópera, los dos periodistas dirigieron al camarín de la bailarina. No pudo ésta disimular un gesto de desprecio al ver el humilde vestido de Ibáñez; pero, recordando las palabras de Aliaga fingióse complacida por la presentación.

Algunos minutos después subieron los tres á un coche y se dirigieron á uno de los principales cafés de Caracas. Allí cenaron, y después de la cena con un pretexto se retiró Aliaga; pero antes llamó aparte á su colega y le dijo:

—Sé que no tienes dinero y esta noche te hará gran falta; toma, pues, estas dos onzas, que me pagarás cuando puedas.

Ibáñez, no obstante las exigencias del otro, no aceptó el voluntario préstamo.

—¿Crees que voy á vagar toda la noche por las calles de Pompeya? le preguntó.

—Cuando se está á bordo de la barca de Cleopatra, dijo la bailarina al periodista, fingiendo así que ignoraba la verdadera causa del imperio romano; sino también el imperio de sí mismo, repuso Aliaga.

¿Cómo lamentó más tarde Ibáñez no haber recibido el dinero que su compañero le ofreció, cuando, no pudiendo eximirse de complacer á Marieta, siguió con ella paseando en coche y bebiendo champagne en todos los cafés que hallaban abiertos al pasar.

—Parece que tienes á menos pasear conmigo, dijo la bailarina al periodista, fingiendo así que ignoraba la verdadera causa de las negativas de éste.

—Nó: dijo él; es porque me siento enfermo. —Mentira! repuso ella, y aunque así sea; para las enfermedades de los seres á quienes quiero mucho, tengo la medicina de mi amor.

Pudo el José de la leyenda bíblica resistir las tentaciones de la mujer de Putifar; porque la mujer de Putifar no tuvo por cómplice al champagne; pero Marieta logró embriagar al periodista con caricias y licores y ya podía cumplir la promesa que había hecho á Aliaga:

—Déjalo estar: hábale dicho ella; y yo lo volveré al revés, como se puede voltear la manga de un paltó.

Esa noche tuvo Ibáñez que dejar empeñados, en los cafés donde bebieron, el reloj, única herencia de su padre, un anillo, recuerdo que conservaba de una difunta niña á quien mucho amó y la pluma de oro con que fue premiada una composición suya en un concurso literario.

Cuando llegó el momento de pagar al cochero, éste quiso formar un escándalo; porque no aceptó la promesa de ser satisfecho el día siguiente; pero Marieta, impuesta de lo que ocurría pagó la cuenta, avergonzando á Ibáñez.

Después de este suceso, el periodista notó en la bailarina cierto hiriente desprecio, que avivó su pasión y sus no saciados deseos.

Desde ese instante fue Marieta para Ibáñez la manzana de Tántalo. Diestramente ensayada por Aliaga y ayudada por su natural habilidad en el arte de tentar, seducir y mortificar, excitó las pasiones de aquel joven para luego ofrecerle solamente el consuelo de la esperanza.

¡Oh! la esperanza, entre los vapores del champagne y las brumas de las caricias, no es una luz que ilumina; sino una brasa que quema.

*

—¿Cuán necesario es el dinero! exclamó Ibáñez al salir de la casa de Marieta.

Al día siguiente refirió á su amigo los tormentos que padeció por carecer del metal que él llamó vil en varios artículos en que denunciaba al público los desfalcos del tesoro nacional.

—¿Cómo me arrepentí—dijole—de no haber aceptado las dos onzas que anoche espontáneamente me ofrecistes!

¿Puedes hacerme ahora el favor de pres-tármelas?

Pero para la realización de sus planes no le convenía á Aliaga socorrer á su colega; era menester que sintiese en tan crítica situación todo el peso de su pobreza, para que no vacilase en acudir al recurso que él le indicaba: la prevaricación.

—Siento mucho, querido amigo, le contestó, no poder complacerte: he gastado el dinero que, por necios escrúpulos no quisiste aceptarme anoche.

*

La virtud de Ibáñez atravesaba una terrible crisis.

Su ardiente pasión por la bailarina Marieta, la deudas que contrajo en una noche de orgía, la ambición de tener dinero, mucho dinero, para disfrutar otra vez los placeres inolvidables de aquella inolvidable noche, y la perfidia de su colega Aliaga, que le señalaba el camino de la Tesorería Nacional, eran vientos contrarios que intentaban desviar su ánimo del rumbo del honor.

*

Pocos días después era voz pública que sería aprobado por el Gobierno un contrato de funestísimos resultados para la nación; pero que produciría cuantiosos proventos á algunos altos personajes de la política.

¿Qué importaba que la nación se arruinase á los que conducían sus destinos, si ellos aumentaban considerablemente sus caudales?

En todos los corrillos hablábase del contrato—catástrofe, como generalmente lo denominaban.

El contrato fue aprobado, y entonces todos los ciudadanos buscaron ansiosos el periódico de Ibáñez que debía "tronar" contra aquella "monstruosidad".

—Debe estar terrible, decían unos. —¿Cómo será ese estallido! agregaban otros.

—El número de hoy del periódico de Ibáñez será su billete de entrada en la Rotunda, opinaban los que pretendían adivinarlo todo.

El periódico salió en la noche: el pueblo se lo arrebató á los muchachos que lo pregonaban y, cerca de los faroles, en las tiendas ó á la luz de las cerillas, leían los ciudadanos, en grupos, el único periódico que debía defender gallardamente sus derechos. Pero ¡oh decepción! Ibáñez sostenía, con gran fuerza sofística y mayor cinismo, que aquel contrato envolvía inmensos beneficios para la Patria.

—¿Qué es esto Dios mío? se preguntaban sorprendidos los lectores. Ibáñez vendido? Ibáñez traidor? ¿También Ibáñez ha cambiado su honor por un mendrugo?

Pronto á nadie quedó la más leve duda de la prevaricación del periodista independiente. Se le vio gastar el dinero como un potentado, con descaro inaudito.

Marieta era una inagotable fuente de caprichos, que Ibáñez apresurábase á satisfacer. Nuevos trajes, bacanales frecuentes, costosísimas joyas todo lo obtenía ella, y cada complacencia de su amante tenía por toda recompensa estas invariables frases:

—Cuán bueno eres! Cuánto te amo!

Qué irrisión! Decíale que le amaba mucho y quería probarle su amor siendo con él tan parco en favores, como era pródigo con tantos.

*

Derrochados en pocos días los treinta mil bolívares con que le pagaron á Ibáñez la defensa del contrato—catástrofe, aceptó ocho mil más para defender otro, después dos mil por la tercera defensa, y así continuó vendiendo los girones de su patriotismo y las prostituciones de su inteligencia.

Rápidamente descendió por la pendiente de la relajación. Con inaudito cinismo arrojaba las burlas y los denuestos de los que antes le aplaudían, elogiaban y apreciaban tanto; sin embargo, en los momentos de hastío y meditación comparaba el brillante pasado con el vergonzoso presente y sentíase mortificado por lo que veía por doquiera: miradas despreciativas, sonrisas burlescas y dedos extendidos que, al señalarle, le lastimaban las úlceras de la conciencia.

—Más recio, decía á Marieta cuando le afligía el recuerdo de su perdida popularidad: haz más ruidos con tus besos para que me impidan oír la voz del remordimiento.

*

Concluyó la temporada de la ópera y Marieta debía embarcarse en el primer vapor que zarpase para Europa.

—No te vayas, le suplicó Ibáñez. —Voy á vivir entre príncipes, duques y marqueses, contestó Marieta.

—Yo te daré tanto dinero como ellos; mis escritos me producirán mucho oro.

Ya te los están pagando á precio de muebles usados, repuso ella, y le volvió la espalda con el implacable desprecio que sienten las mujeres de mundo por los amantes arruinados.

*

Sin honra, sin popularidad y sin Marieta, ¿qué será de mí?

Así exclamó Ibáñez al ver alejarse el tren en que partió la bailarina.

Después de las noches de orgía vinieron las de insomnio á solas, y después de las mentiras de Marieta las verdades de la conciencia.

Ya no podía decir á la bailarina: —Haz más ruido con tus besos para que me impidan oír la voz del remordimiento.

Transeció un mes, que el periodista traidor invirtió en escribir la biografía del mandatario que mejor le pagaba. A punto estuvo de asegurar en ella que el biografiado, como el Hombre-Dios, descendía de la tribu de Judá.

Cuando cobró el valor de su trabajo, resolvió dar fin á las torturas que sufría en su patria, alejándose de ella, y buscar á Marieta, quien desde lejos le atraía con la atracción de los abismos.

—Adiós, patria mía, exclamó al zarpar el vapor que lo conducía. Sé que te he causado grandes daños; pero estoy arrepentido y te amo todavía. Te abandono porque ya no soy digno de pisar tu suelo. Adiós! perdóname.

*

En París encontró á Marieta, después de haber viajado mucho buscándola y cuando ya había gastado todo el producto de la biografía que escribió.

No fueron para él más terribles los insultos de sus compatriotas, que los desdenes de la bailarina.

—Hiedes á pobre, ella le dijo un día; ve-te y no me persigas más, porque aquí hay alguaciles que nos libertan de los moscardones como tú.

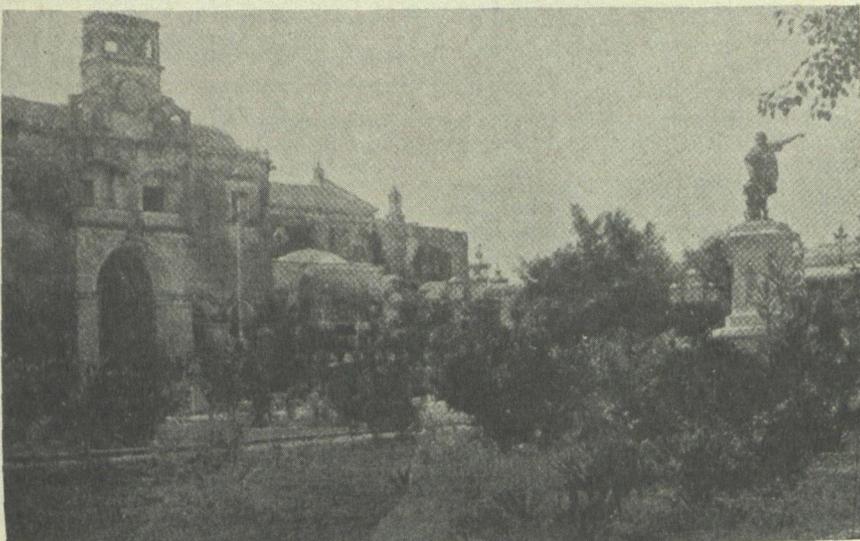
Llegó la hora de la expiación y ésta debía ser terrible. Los rigores de la miseria; la nostalgia de la patria ofendida.



SANTO DOMINGO.—Vista tomada desde el Fuerte de Santa Bárbara



SANTO DOMINGO.—Casa Consistorial



SANTO DOMINGO.—Plaza de Catedral y Parque de Colón

el remordimiento de haber cambiado la estimación de sus conciudadanos por un puñado de oro, mentidas caricias y lúbricos placeres, y, por último, las amargas que Marieta le hacía apurar en la copa de la decepción, eran los factores de la expiación de Ibáñez.

Este desgraciado vagó muchos días por las calles de París, sintiendo el peso de su imponderable infortunio, buscando trabajo, que no encontraba, en solicitud de amigos, que no veía, y á caza de compatriotas que le volvían la espalda.

Sentíase enfermo: vendió algunas piezas de su vestido para comprar licor, embriagarse, embrutecerse y perder la conciencia de su miserable estado.

La idea del suicidio, como solución de su desdicha, se aposentó en su cerebro. Desde un puente se arrojó al Sena; pero un agente del orden público evitó su muerte y lo condujo á un hospital.

Allí, en los delirios de una fortísima fiebre, recitaba un brillante discurso que pronunció en una de las plazas públicas de Caracas contra la tiranía y el peculado de los gobernantes de su patria. Cuando recobraba la facultad de pensar, recordaba su honroso pasado, sus gloriosas campañas periodísticas, los aplausos y alabanzas de sus amigos, que lo eran todos los hombres dignos de su país, la tranquilidad de su conciencia, las fruiciones del patriotismo satisfecho, la esperanza de ocupar un alto puesto en la magistratura de su patria... todo perdido por un instante de flaqueza ante la perfidia de un colega y las seducciones de una mujer.

En aquel hospital de un país extraño, lejos de todo afecto, al amparo único de la caridad, suspirando por la lejana y agravada patria, y después de muchos días de crueles padecimientos para su cuerpo enfermo y su alma arrepentida, expiró el traidor periodista Jorge Ibáñez, murmurando este nombre: VENEZUELA.

R. AREVALO GONZALEZ.

A OCHO DIAS VISTA

I

León soltó la paleta y los pinceles, retrocedió algunos pasos ante el anchuroso lienzo, y á la graduada luz que perpendicularmente recibía, clavó sus ojos en el cuadro que acababa de pintar.

De pronto, como acometido de súbita idea, volviendo á coger el pincel, distribuyó aquí y allá, con ardorosa mano, algunas manchas de color.

—¡Eso es, ya está terminado!, dijo luego, retrocediendo otra vez y contemplando nuevamente la terminada obra, un cuadro de historia cuyo tamaño y figuras en él representadas suponían un derroche de material, de talento y de paciencia.

En seguida dejóse caer, fatigado, en un sillón de grietada vaqueta y paseó una melancólica mirada por el estudio, un zaquizami de artista pobre y desconocido.

—¡Es mi última carta!, murmuró. Si no triunfo esta vez, en la próxima exposición... ¡Dios mío!, ¿qué va á ser de mí?...

Dos discretos golpecitos, suavemente aplicados á la puerta del estudio, hicieron estremecer al artista abismado en sus tristes reflexiones.

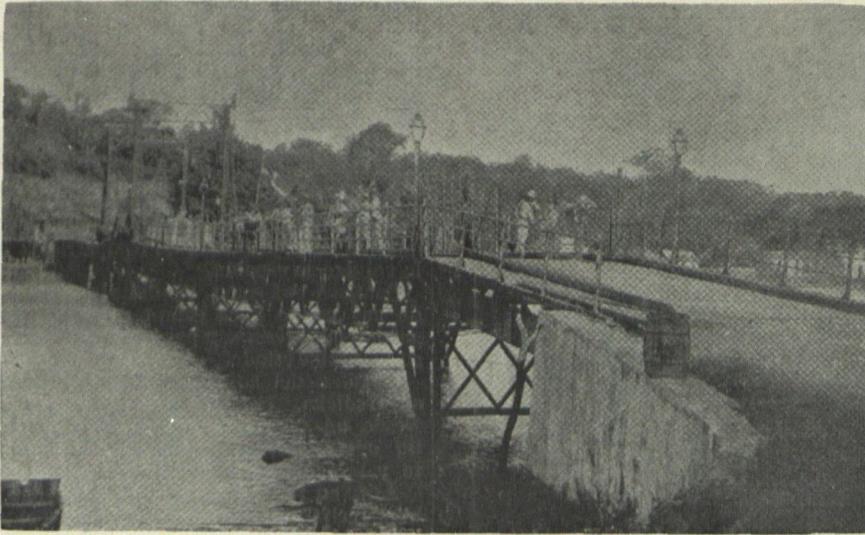
—¿Se puede, señorito?, preguntó detrás de la puerta una cascada voz.

—Adelante, Micaela.

Oyóse el chirrido de unos goznes, y una viejecita pálida y arrugada entró en la pieza.

—¿Qué se ofrece?

—Son ya cerca de las doce, y si el señorito quiere almorzar hoy...



SANTO DOMINGO. — Puente sobre el Ozama (une á la ciudad con Villa Duarte)

—Sí quiero.

—Es que... como se me acabaron las siete pesetas del otro día, no he ido á la compra esta mañana.

—No importa; avisa en el café de enfrente que me traigan una tortilla con jamón y media botella de vino.

Y como la anciana permaneciese inmóvil en su sitio, repuso el artista:

—¡Ah!, ya caigo, pobre Micaela, no tienes un céntimo... ¡Toma!

León hundió el pulgar y el índice en el bolsillo del chaleco y palideció como un cadáver.

—No me acordaba, pudo balbucir, he gastado en materiales y modelos más de lo que poseía, y tampoco yo tengo dinero.

Y permaneció á su vez inmóvil de tal suerte que, á vestir el traje de la época, hubiera podido pasar por una figura arrancada del cuadro que á su espalda se veía.

—No se apure el señorito: conozco á un camarero del café, el cual nos fiará... ¡Virgen, qué cabeza la mía! Esta carta han traído para usted.

Y la anciana, después de sacar de su bolsillo la misiva y entregársela al pintor, desapareció por donde viniera.

León, pensativo, rompió maquinalmente el sobre; pero animándose de pronto, dijo para sí:

—¡Calle, una letrita! Viene como anillo al dedo. Dios aprieta, pero no ahoga... ¡qué verdad es! Una primera de cambio á ocho días vista... ¡Ah, ocho días aún! No perdamos tiempo; vamos á almorzar, si es que nos fian, y en seguida á procurar la aceptación.

Dicho esto, abandonó el estudio, no sin antes arrojar una mirada triste y carifiosa sobre el cuadro en el mismo ejecutado.

II

En el piso tercero de una dertartalada y vieja casa situada en un barrio extremo de Madrid, un hombre como de cuarenta y pico de años y un niño que á lo sumo contaría diez ó doce, sentado el primero y en pie el segundo junto á una desvencijada mesa, examinaban algunas cuentas ó facturas en varios papeles contenidas. Ambos ofrecían el aspecto enfermizo y melancólico que las privaciones y fatigas suelen imprimir en quien las sufre. La escasez y el deterioro de los muebles, la tosquedad mugrienta de las paredes; la desnudez del suelo, cuyos ladrillos eran ordinarios y se meneaban al pisarlos, todo respiraba en torno una indigencia abrumadora. A un lado de la habitación, que era bastante capaz y con dos balcones á la calle, pues se había habilitado la sala para despacho y almacén, veíase

un miserable mostrador tras el cual se alzaba hasta el techo una estrecha anaquelera conteniendo algunas piezas de paño de diferentes dibujos y colores. En el extremo opuesto al mostrador entreabría una puerta de cristales sin visillos, á favor de la cual podía descubrirse parte de un pequeño gabinete con



SANTO DOMINGO. — Calle de Mercedes — Morada del Presidente de la República

—¡Queréis callaros, malditos! Vuestra hermanita enferma está durmiendo y la vais á despertar.

Siguió á estas palabras un movimiento de retirada de los rapaces, quienes agrupados en un rincón del almacén comenzaron á cuchichear con tal viveza, que remedaba su conversación el murmurio de la brisa entre el ramaje.

Era la que acababa de hablar una mujer de unos treinta y cinco años, alta y delgada, hermosa todavía á pesar de lo derrotado de su traje y del consabido aspecto enfermizo y melancólico por las privaciones y fatigas impreso en su semblante. Procedente de la alcoba y dando el pecho á un rorro de seis meses, fué á ocupar la silla que poco antes abandonara Perico, situada al lado opuesto de la mesa junto á la cual se hallaba sentado su esposo.

—Y bien, Nicolás, le dijo, parece que estás triste.

—¿Cómo sigue nuestra hija?, preguntó él, eludiendo la respuesta.

—Mejor, á Dios gracias, acaba de dormirse.

—¿Será la difteria, crees tú?

—Nada puede pronosticarse todavía; ni el mismo médico se ha atrevido á asegurarlo... Pero estás preocupado..., ¿qué te pasa?

—Mujer, lo de la niña...

—Algo más te aflige... ¡Dímelo!

—Pues bien, D. Pedro Crespo, el fabricante de paños de Alcoy, nos ha girado el pequeño saldo de su cuenta.

—¿Importa mucho?

—Cincuenta y tres pesetas.

—¿Y no las tienes en caja?

—Me faltan treinta y seis.

—¡Dios mío!

—Como los tiempos están tan malos y no se vende un metro de género...

—¿Ves? ¡Lo que yo digo! Si alquiláramos una tienda... Aquí arriba nadie se entera ni se toma la molestia de subir.

—Mujer, lo de la tienda, dado caso que se encuentre, supone muchos gastos y nosotros estamos siempre con el agua al cuello.

—Sin embargo...

—No es bastante reclamo, di, el rótulo que tengo puesto en el balcón? Además, ¿no hago frecuentes viajes á los pueblos comarcanos? ¡No me desgafito un día y otro por esas calles de Dios, con el lío á cuestras y vociferando la mercadería! Desengáñate, Ramona, lo difícil de las circunstancias y la escasez del beneficio causan únicamente nuestro apuro.

alcoba, donde se aposentaban en montón los numerosos individuos de aquella familia desgraciada.

No lejos de la mesa en que el hombre y el niño trabajaban, hallábanse entregados á sus juegos infantiles, alborotando y arrastrándose por los ladrillos, sin hacer caso de las frecuentes advertencias del primero, cuatro desarrapados rapazuuelos de ambos sexos, de los cuales el mayor no contaría nueve años.

—Basta, Perico, dijo de repente el hombre, hemos concluído y lo celebro, porque me estaban ya aturdiendo esos diablillos.

Y mientras dirigíase el aludido á aumentar la zambra por sus hermanitos promovida, el padre, pues tal era, de codos en la mesa, murmuró tristemente pensativo:

—¡Diez y siete pesetas en caja y á pagar cincuenta y tres! ¿De dónde saco yo las otras treinta y seis?... Dispongo, por fortuna, de ocho días y en este plazo Dios dirá.

—Y... ¿qué piensas hacer con la letrita cuando te la presenten?

—Aceptarla.

—¡Aceptarla! Yo pediría un nuevo plazo al fabricante.

—¡Imposible! El negocio es el negocio y hemos abusado ya de nuestro crédito.

—¿Sabes á lo que te expones firmando un compromiso que tal vez cumplir no puedas?

—La letra es á ocho días vista: tengo tiempo, haré un esfuerzo y Dios dirá.

—¡Y yo que iba á pedirte!

—¿Qué?

—El médico ha recetado á la niña... ¡Toma!

El desgraciado padre exhaló un suspiro, y abriendo un cajón de la desvencijada mesa, entregó con mano temblorosa á su mujer la referida cantidad.

—¡Pobre Nicolás mío!, dijo ella. No te quedan más que dos duros para el pago de la letra. En cuanto á la cena de hoy...

—No te dé cuidado; sabes que me basta una friolera.

En aquel momento sonó la campanilla.

Los ojos de la pobre madre se agrandaron como esperando á un comprador.

—Perico, llaman; anda á ver quién es, ordenó al mayorcito, quien después de auxiliar á su padre en el trabajo, seguía charlando con sus hermanitos.



SANTO DOMINGO — Calle de Santo Tomás (de Oeste á Este)

Al volver de despedir al joven en la escalera, encontró á sus hijos llorosos, asustados, mirando hacia la alcoba. Precipitose en ella

como el rayo, y mientras el niño á quien Ramona diese de mamar lloraba y perneaba en su cunita, vio á su mujer sollozando junto al lecho de la pequeña enferma que, ya despierta, se ahogaba.

—¡Qué cruda, dijo entonces Nicolás en ademán desesperado, qué cruda es la batalla de la vida!... ¡Dios mío, ten piedad de nosotros!

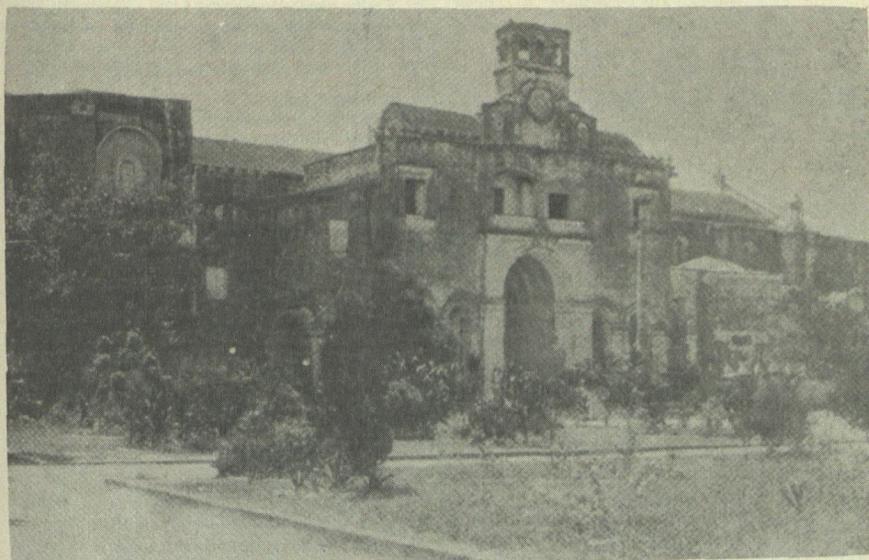
III

Ocho días después, casi á la misma hora, el pobre negociante se hallaba sentado á su mesa de despacho, más pálido que nunca.

Aquella semana había sido de prueba para él. Después de recorrer no sólo las calles de la villa sino los pueblos circunvecinos pregonando su mercancía, con la redoblada angustia de no vender lo necesario y el doloroso recuerdo de su hijo á quien asesinaba la difteria, habiase encontrado aquella mañana, al regresar, con otro niño pequeño al cual la traidora y contagiosa enfermedad acababa de invadir.

Apresuróse, en vista de ello, á mandar á todos sus hijos sanos á la calle, acompañados de Perico, el mayorcito, y mientras su mujer cuidaba en la alcoba de los dos enfermos, devanábale él los sesos en busca de un remedio á tantos males.

Todo el género depositado en los anaques había desaparecido, no en pos de los compradores sino de los prestamistas, empeñado de cualquier modo con el objeto de hacer frente á los enormes gastos de aquellos días.



SANTO DOMINGO — La Catedral Primada de América — Fachada lateral que da al parque de Colón

Transcurridos breves instantes, León, el joven y mísero pintor á quien hemos visto terminar su cuadro, apareció en la estancia.

Paseó, después de saludar con embarazo, una tímida mirada en torno suyo, y al ver el miserable aspecto de la sala, la escasez de muebles y de género, el aire abatido y enfermizo de los circunstantes, oprimiósele el corazón de lástima, temiendo al mismo tiempo que no fuese aceptada la letra que traía.

Alargósele, no obstante, á Nicolás, quien la tomó, examinóla y murmurando un *es conforme*, firmó el *acepto* y devolviósela al pintor.

Hubo un momento de silencio durante el cual aquellos dos hombres se miraron. Nicolás estaba pálido, León vestía un traje de elegante corte, pero raído y un si es no es mugriento. Como si presintiera cada cual las penalidades que al otro combatían, una repentina corriente de simpatía establecióse entre los dos, y el mercader dijo al artista:

—¿Por qué no se sienta usted un momento? Está esto tan alto y apartado...

—Muchas gracias, no puedo detenerme, respondió León con amable sonrisa.

Y como acto continuo se dirigiese hacia la puerta, Nicolás, so pretexto de que aquél no conocía la casa, salió á hacerle los honores.



SANTO DOMINGO — Estatua de Colón en el parque de su nombre

Nicolás, harto de cavilar inútilmente, levantóse y entró á ver á los enfermitos, encontrando casi exánime á la niña, y al niño presa de una terrible calenturón y sacudido por una tos que estremecía.

—¿Cómo están?, preguntó á su mujer.

—Ya lo ves, le respondió Ramona cuyas lágrimas cayeron sobre el pequeñín que estaba mamando.

—¿Ha venido el médico?

—Esta mañana, antes que tú.

—¿Ha recetado?...

—Sí, pero la botica cuesta un dineral y ya no queda una pieza que vender ni que empeñar...

—Si tú quisieras...

—¡Calla, Ramona, calla! ¡La honra antes que la vida!

Iba la desgraciada madre á replicar cuando sonó la campanilla.

Nicolás fué á abrir y entró luégo en el despacho seguido de León.

También la semana había sido de prueba para el artista. Con el agua al cuello, también él, y agotados todos los recursos, la letrita que venía á cobrar, importe de un antiguo crédito, era su única esperanza.

—Vendrá usted cansado, siéntese usted, le dijo tristemente Nicolás.

El pintor se dejó caer sobre la única silla de enea que quedaba en el despacho.

Semejante invitación, el aire abatido y la lentitud con que se movía el mercader, hicieronle augurar para el anhelado cobro un triste desenlace.

Pero Nicolás abrió con trémula mano un cajón de la mesa, y alargando un puñado de plata á León, dijo tomando la letra que éste le tendía.

—Cincuenta y tres pesetas. Vea usted si están cabales.

—Muchas gracias, ¡eso es!, contestó el artista guardando en un bolsillo, después de contarla en monedas diferentes, la mencionada cantidad.

En seguida echó en torno una mirada maquina, y allá, en el umbral de la puerta vidriera de la alcoba, hecha un mar de lágrimas, muda, pálida, rígida como la estatua de la desolación, vio á Ramona con el rorro al pecho.

—¿Tienen ustedes muchos hijos?, preguntó, estremeciéndose.

—Siete, contestó lacónicamente el negociante.

—Si al menos todos estuvieran buenos, si los negocios...

Un sollozo convulsivo embargó la voz de la desventurada madre que no pudo concluir.

En la alcoba sonaron al mismo tiempo golpes de horripilante tos y algo parecido al estertor de un moribundo.

León, confuso y estremecido, murmuró algunas palabras incoherentes de consuelo y despedida, y se dispuso á abandonar la habitación.

Nicolás, como en la visita anterior, quiso acompañarle; pero las fuerzas le faltaron y volvió á caer sobre su asiento.

—¡Mis hijos se mueren..., Virgen Santa! ¡Si tuviera al menos con qué comprar la medicina!..., sollozo la mujer, precipitándose de nuevo hacia la alcoba.

—¿Dios justo, Dios misericordioso, ten piedad de esas inocentes criaturas!, exclamó Nicolás en el colmo de la angustia.

No bien hubo proferido estas palabras, vio á León, que ya estaba en el pasillo, retroceder precipitadamente hacia el despacho, arrojando sobre la mesa el importe de la letra y profiriendo:

—Tome usted, ya cobraré otro día.

—Pero...

—Mi buena salud me permite esperar...

—Al menos recoja usted la letra, replicó el negociante, estupefacto.

—Es igual, tengo completa confianza en su honradez.

Y León, sin tomar el documento que le alargaba el mercader, precipitóse de nuevo hacia el pasillo.

Nicolás, loco de gratitud y de sorpresa, lanzóse tras él y le alcanzó al acabar de abrir la puerta.

—Siquiera, le dijo, tome usted á cuenta un par de duros.

El artista vaciló un momento.

—No, ni un céntimo, contestó al fin, bajando á saltos la escalera.

León se acostó sin cenar aquella noche; pero había girado á Dios una letra espiritual de gran valor, y como Dios es un banquero infinitamente rico, que da ciento por uno, ocho días después el cuadro de nuestro pintor había en la exposición las delicias de los inteligentes, indicábasele para el premio de honor y era adquirido por el Estado mediante una importante suma que percibió León.

En cuanto á los hijos de Nicolás, gracias al cielo y á las medicinas adquiridas con el dinero de León, fueron de los pocos á quienes perdona la difteria.

El afortunado padre, cuyos negocios más tarde mejoraron, no sólo satisfizo al fin su deuda, sino que encima regaló á su acreedor, en señal de gratitud, un corte de pantalón que con noble orgullo viste aún el laureado artista.

JUAN TOMÁS SALVANY.

FLORES DEL TRÓPICO

(PARA EL ÁLBUM DE LAS SEÑORITAS MARIANA Y ELVIRA VILLATORO)

Aurora!..... Cuando ríca de luz y poesía
De tu soberbio alcázar la puerta abres al sol,
Y se alza á las alturas en ondas de armonía
El himno que preludian al saludar el día
La fuente, el ave, el bosque y el césped y la flor;

Y el incitante seno de ardiente primavera
Palpita y bulle y se hincha con voluptuoso afán;
Y en el celeste pálido se envuelve la ancha esfera,
Y en ánfora de aromas se torna la pradera,
Y alienta en los espacios la vida universal,

La sombra del continuo pesar que me acompaña
Más triste y más espesa proyéctase ante mí:
Doquier tiendo la vista, mis horizontes baña
De ajenas latitudes la claridad extraña,
Extraña á las riberas en donde yo nací.

Allá donde el invierno jamás con sus rigores
Desnuda á las campiñas de su verdor gentil;
Do el cielo es un derroche de luz y de colores,
El bosque jaula inmensa de alados trovadores,
La fuente alegre música y el césped un jardín,

Que aquí tras los calores del fuego del verano,
Tras los quemantes rayos de un sol canicular,
El aterido bóreas con inclemente mano,
Aviva las torturas del corazón humano
Helando en las pupilas la lágrima fugaz!

Oh, noche!... Cuando asomas, y el alma sus querellas
En tus amigos brazos á breve olvido da,
Y prendes de tu manto tu ceñidor de estrellas,
Y reina del vacío, en pos va de tus huellas
La cándida viajera, la de argentina faz;

E igual al eco ronco de temporal lejano,
Del mundanal bullicio llega hasta mí el rumor,
Y tu silencio agosto, de mi tristeza hermano,
Despierta en mis sentidos con ósculo inhumano
De mis recuerdos íntimos la lastimera voz,

El alma mía en alas de inextinguible anhelo
A sus nativas playas el vuelo osa tender;
De las marinas brumas rasga el tupido velo,
Y muestra á mi infortunio la claridad de un cielo
Que ignoro si algún día me arropará otra vez.

Un cielo en el que apenas el ángel de la tarde
Apaga con sigilo la amarillenta luz
Que en el remoto ocazo cual tibia fanal arde,
Levántase la luna de brillo haciendo alarde,
Con nimbo de luceros y bajo un palio azul.

Allá donde no hay nieblas ni se oscurece el día,
Ni lágrimas de nieve la noche vierte allí;
Do en medio de las sombras hay urnas de ambrosía,
Y flores que se abren y alada sinfonía,
Y espíritus que aman en embriaguez feliz.

A tardes que se visten con negros nubarrones,
Suceden aquí noches de intensa oscuridad;
Y apagan las escarchas las dulces ilusiones,
El fuego en las pupilas, la fe en los corazones
Y en los ensueños castos la luz del ideal.

Por eso cuando tantos hechizos y primores
Reunidos vi en vosotros, oh, lirios en botón!
De los fecundos trópicos los plácidos rumores
Dijéronme al oído: "No pueden tales flores
Brotar en este suelo, ni abrir bajo este sol!"

ALIRIO DÍAZ GUERRA.

New York—1898.

LA NOCHE DE JUAN SOLDADO

DESDE EL CAMPO DE MANIOBRAS

Con una noche interminable y fría,
el cuerpo sin calor, los pies sin calma,
te escribo estos renglones, madre mía,
por ver si al menos me caliente el alma.

No sé cuántas hogueras he corrido,
pues todo el campamento es paja ardiendo;
y así paso las horas aterido,
y á humo de paja por doquier oliendo.

Humo grato que trae á la memoria
las mieses y pajares de mi tierra,
envueltos en el humo de la gloria,
que dicen que es el humo de la guerra.

Y algo debe de haber, pues te aseguro
que ser soldado no es cuestión de nombre;
la patria es más que el pueblo, y me figuro
que sirviendo á la patria, soy más hombre.

Si llego á general... ¡Oh, madre mía!
perdona mi ambición si te da enojos,
pues toda mi ambición... es que querría
que te besara un general los ojos,

Y hacer á Filomena generala;
y con ella excelente y yo excelencia,
verte abuela, bullendo en la antesala,
como escolta de honor, tu descendencia.

Lo que hay es que la gloria en que soñamos,
es un sol perezoso que aún no asoma;
pues en esta campaña en que ahora estamos,
salvo el hambre y el frío, todo es broma.

**

Un toque de clarín, en este instante,
corta el discurso de mi charla vana,
con la voz agudísima y vibrante
que tiene el primer toque de diana.

Y á poco, como gallos en la huerta,
después del primer toque, se oyen ciento,
entre el vago rumor con que despierta
la colmena marcial del campamento.

¡Qué hermoso despertar!... El rumor crece...
ruidos por doquier, voces de mando,
relinchos, trompeteo... Esto parece
un monstruo que se está desperezando.

El día, con gracioso titubeo,
empieza á derramar su luz curiosa;
arriba palidece el centelleo,
y abajo cobra vida cada cosa.

Y entre el vaho nocturno y la humareda
que aún sigue despidiendo tanta llama,
se forma una neblina, que remeda
un campamento entre algodón en rama.

**

Los toques se suceden... crece el ruido...
la punta de columna rompe marcha...
Miro en torno, y contemplo sorprendido
todo el suelo con sábana de escarcha,

Sobre el cual la columna se dibuja
con andar y cambiantes de culebra,
que aquí lo angosto del camino estruja,
y allá la vuelta de algún monte quebra.

Por fin, te he de dejar: mi regimiento
á seguir la columna se prepara...
y beso este papel, y beso al viento
por si llegan sus ondas á tu cara.

Que te digan también, pues se lo encargo,
que en volver al lugar cifro mi empresa,
y que el fusil que sobre el hombro cargo,
más que en los hombros, sobre mi alma pesa.

El sueño que soñé, sólo fue sueño;
el frío hace soñar cosas extrañas;
mas ya me veo al sol, y soy pequeño,
con un amor muy grande en las entrañas.

¡Adiós! y de los besos que te envío,
dale alguno en mi nombre á Filomena...
y díla que al llegar el nuevo estío,
con la vuelta de Juan, saldrá de pena.

M. MORERA Y GALICIA.

ATCHUM !

I

—Pero, mamá.....

—No hay: "Pero mamá" que valga: te casarás con Luis.

—Sin embargo.....

—Sin embargo qué ¿ acaso te desagrada ?

—De ningún modo... es un buen amigo y baila muy bien.....

—Y entonces, tontuela por qué no te casas con él. ¿ Juzgas que no será un buen marido ?

—No puedo decírtelo á punto fijo.

—Naturalmente que no puedes decírmelo.

Eres una chieuela á quien es preciso encarrilar.

En este asunto si tuvieras buenas razones creo que las harías valer.

—No se trata de razones, mamá; sino de sentimientos, de impresiones. ¿ Qué quieres ? me parece que no seré feliz con él.

—Vaya! ¿ Es que amas á otro ?

—No amo á nadie.

—Entonces tu resistencia no tiene sentido común. Luis es un mozo encantador para todo el mundo; inteligente, rico, y además hijo de uno de nuestros más íntimos amigos: hace



SANTO DOMINGO.—Ruinas: Palacio de Gobierno — 2º patio

tonces brotaron de repente y en medio de dolorosos gemidos se arrojó sobre su lecho, exclamando:—Nó,... nó,... jamás,... no le amo..... Mamá es muy cruel.

II

Podría dudar la señorita Fanny Courbal de que mientras ella se desconsolaba tomando á Dios por testigo de los sufrimientos morales que una madre demasiado inhumana le infligía, en una casa vecina, una escena semejante acababa de verificarse.

—Confiesa más bien que amas á otra.

—No amo á ninguna ni estoy deseoso de amar; y además, ¿ quién me apura para casarme ?

—Qué quien te apura ? yo, que no quiero saber de aquí á mañana que estás neciamente enamorado de una muchacha sin dote. Tenemos la fortuna de que nuestros amigos los Courbal que están en una magnífica posición poseen una hija: este matrimonio que anudará aún más si cabe los lazos entre las dos familias nos colma de gozo á tu madre y á mí y no será sin duda porque al señor le gusta un género de belleza especial por lo que se romperá este enlace. Te prevengo, pues, mi querido, que si rehusas no te doy ni un sueldo más, entiendes ? Entretanto te doy hasta mañana para reflexionar.

III

La eterna historia de la razón del más fuerte. Fanny podía resistir largo tiempo la voluntad decidida de sus padres. En cuanto á Luis, cáspita! el argumento decisivo empleado por M. Courty al fin de su discurso produjo todo su efecto:—Ni un sueldo más, entiendes ?

Por consiguiente de las dos partes fue preciso ceder; mas si el joven y la joven se rindieron fue con la secreta esperanza de un acontecimiento cualquiera que surgiría durante el tiempo de los esponsales para romper á tiempo los lazos que querían imponerles: Fanny había leído algunas novelas donde en el último momento todo se arregla; y en cuanto á Luis meditaba un plan.

—Dejemos á estos niños que hablen á solas de sus proyectos, decían los padres, después de la petición oficial.

—Veamos qué hago para desagradarla, pensaba Luis.

Pero no tuvo tiempo de buscar la frase que necesitaba porque Fanny le dijo de repente.

—Es por orden de mis padres que consiento en casarme.

—Justamente como yo, señorita.

—No os amo.

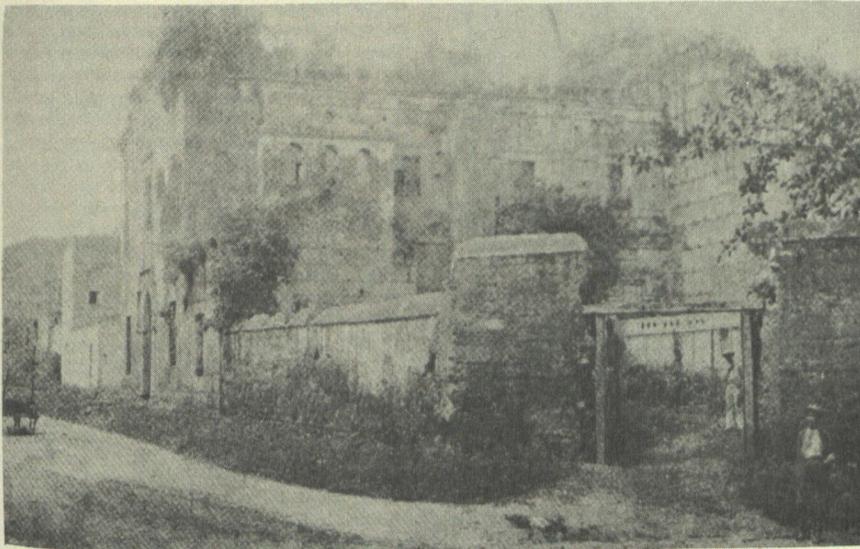
—Ni yo tampoco.

—Ah! qué dicha.

—Qué contento estoy.

Se adivina á qué fin debía conducir una plática comenzada de semejante manera. Al fin de cinco minutos los jóvenes eran los mejores amigos del mundo, se entendían á las mil maravillas y maquinaban ya su complot.

Hacemos creer á nuestros padres que nos amamos y delante de todo el mundo nos conducimos como dos prometidos que se adoran; de esta manera esperamos el día del matrimonio. En el momento que lleguemos á la alcal-



SANTO DOMINGO.—Ruinas de San Nicolás — (Iglesia edificada bajo el Gobierno del Comendador Don Nicolás de Ovando)

diez años que las dos familias deseamos ver realizado este matrimonio que te empeñas en impedir por capricho, por nada, por contrariar nuestros proyectos. Tu padre y yo estamos resueltos á hacernos obedecer ó á lo menos á que nos digas por qué rehusas casarte.

—Pero!

—Basta! vuelve á tu cuarto y reflexiona sobre lo que acabo de decirte. Mañana volveremos á hablar y espero encontrarte más razonable.

La orden era formal y al ver las cejas fruncidas de su madre, la señorita Fanny Courbal comprendió que el momento no era á propósito para replicar y tuvo que someterse por la fuerza; pero una vez encerrada en su alcoba las lágrimas que había contenido hasta en-

—Y por qué no quieres casarte ? decía M. Courty á su hijo Luis.

—Porque no la amo, papá.

—Que no la amas ? vea usted. Una niña deliciosa, con un hermoso corazón.

—Pero es de un género de belleza que no me gusta.

—Ah! ah! ¿ Conque el señor tiene preferencias por ciertas bellezas ? Son quizás los cabellos color de caoba los que hacen falta á Fanny para que haga impresión sobre tí ?

—No he dicho eso, papá: reconozco que es una joven encantadora, que baila muy bien; la aprecio mucho y he experimentado un vivo placer cuando por casualidad la volví á ver; pero de aquí á declarar que quiero casarme con ella hay mucha distancia.

día y cuando se nos diga la fórmula:—¿ Señor, recibe usted por esposa á la señorita Fanny Courbal? un *nó* magistral, sorprendente, estupendo, encolerizado. Delante de un hecho semejante acaso se resignen á dejarnos tranquilos. Y Luis, mozo astuto, agregaba:—Como durante el tiempo de los esposales papá no me negará nada, repleto mi portamonedas por si acaso después del “*nó*” el autor de mis días ejecuta su amenaza de dejarme sin un céntimo.

—Y bien, han hablado ustedes largamente? dijeron el señor y la señora Courbal y el señor y la señora Courtry abriendo la puerta del salón.

—Sí; y hemos descubierto que existen en nosotros muchas ideas semejantes, dijo Fanny.

—Y la señorita es completamente encantadora, agregó galantemente Luis.

—Voto al chapíro, dijo M. Courtry; y se volvió hacia los padres de la joven: están completamente identificados. Desde hace ocho días que hablé á Luis de este enlace no ha soñado en otra cosa.

—Como mi hija, añade la señora Courbal, cuando le hablé de nuestro hijo.

Los jóvenes cambiaron una mirada significativa, se tomaron las manos y se miraron tiernamente, mientras los padres, en el extremo opuesto del salón, hablaban de la dote y de los gastos.

IV

—Son muy hermosos.

—Están demasiado enamorados uno de otro.

—Hemos hecho bien en obligarlos á este matrimonio.

Tales eran los pensamientos de los Courbal y de los Courtry en presencia del extremado amor que delante de ellos fingían los jóvenes.

Es demasiado, murmuraban de cuando en cuando los padres..... Estos niños deberían contener por más tiempo los ímpetus de su corazón. Debemos evitar dejarlos solos todavía.

—Te aseguro, decía algunas veces la madre al joven, que es necesario un poco de más moderación..... cuando pienso que en nuestra presencia no dejas de besar la mano á Fanny.

Igual observación hacían á Fanny sus padres:—Cuando tu padre ó yo te dirigamos la palabra parecía que no nos escuchabas; tus ojos no se separaban entonces de tu prometido. Amalo con todo tu corazón; pero evita el que se juzgue que tratas á tus padres con desprecio.

Los jóvenes oían estos consejos riendo solapadamente y sin responder una palabra.

Esto va bien, se decían cuando después de comer se contaban los acontecimientos del día.

Sí; decía Luis, se puede afirmar que nuestra táctica da los mejores resultados. ¿Qué harán ellos cuando dentro de tres días, delante del señor Alcalde.....

—Dentro de tres días! cuidado amigo como usted no hace bien su papel.

—Cómo *nó*. ¿Por quién me toma usted?

—Quiere que hagamos una nueva prueba para estar más seguros?

—De buena gana: y Luis colocaba dos asientos delante de una mesa y representaba la escena del matrimonio, ejerciendo sucesivamente las funciones del Alcalde, del cónyuge y de la cónyuge.

—Estamos convenidos mi seudo-novia: usted responde “*sí*” á fin de no despertar sospechas de repente.

—Está usted seguro de que mi “*sí*” no me comprometerá á nada?

—A nada: él no tiene ningún valor si mi respuesta no corresponde á la de usted. Y como mi “*nó*” será un trueno.

—Vaya, diga usted su “*nó*” para ver qué efecto producirá.

—*Nó!*

—No está mal; pero usted está algo ronco.

—Sí; amanecí un poco resfriado y parece que tengo un gato en la garganta; pero dentro de tres días desaparecerá.

—Le ruego que se cuide, mi amigo..... Un “*nó*” vigoroso, con resolución ¿no es esto?

—No tenga usted cuidado: responderé un “*nó*” que hará temblar la sala.

V

Llegó el gran día.

En la gran sala están las dos familias esperando la celebración del matrimonio; y junto á ellas los testigos y una multitud de parientes y de amigos.

Naturalmente, los futuros esposos son objeto de numerosas felicitaciones.

—Serán felices.

—Una pareja proporcionada.

—Tienen garantizada la dicha.

Todos elogian la belleza de la novia y la circunspección y buena presencia del doncel. Qué lástima que esté acatarrado y que en momentos tan solemnes tenga los ojos húmedos y esté obligado á sacar cada tres minutos el pañuelo.

Pobre amigo, decía bajo Fanny: vuestro “*nó*” será tierno, según veo.

—En efecto, este maldito catarro perturba un poco mis facultades. Anoche para dormir tuve que cubrirme la cabeza de algodones. En fin; un “*nó*,” vibrante ó débilmente lanzado es siempre un *nó*. Tened confianza; y después de mi respuesta mirad el pismo de la familia: os aseguro que valdrá la pena.

Una puerta se abre y los asistentes vienen á ocupar sus puestos en la sala matrimonial. Murmullo... Cada uno se sienta, según el grado de parentesco, en el lugar designado. Cuchicheos. Emoción en la familia. Las mamás enternecidas se enjugan las lágrimas.

El portero aparece y anuncia con voz exténtorea:—El señor Alcalde.

Luis y Fanny, los héroes de la jornada, bien que riéndose disimuladamente y haciéndose señas, se mantienen aparentemente con la gravedad que el caso reclama.

El magistrado se sienta, se levanta, lee los artículos del Código.

Llegó el momento supremo:—Señorita Fanny Courbal, consiente usted en tomar por esposo al señor Luis Courtry?

—Sí señor: un sí ligero, amable y resuelto al mismo tiempo, que ha sido acogido lisonjeramente por la asamblea.

—Señor Luis Courtry, consiente usted en tomar por esposa á la señorita Fanny Courbal?

Fanny mira á Luis con ansiedad; los concurrentes observan atentamente la fisonomía del novio.

Cómo va á decir su “*sí*.” Con fuerza y decisión sin duda.

Luis se da perfecta cuenta de la curiosidad que suscita. Un segundo de vacilación, lo bastante para preparar el efecto, abre la boca presta á arrojar sobre el representante de la ley y á la faz de la multitud allí reunida el “*Nó*” teatral que debía, como una bomba, hacer de repente su explosión.

—N.....

Maldito catarro! La boca entreabierta no pudo volver á cerrarse á gusto de su poseedor; y en lugar de la negación sobre la cual tantas esperanzas diversas se fundaban no se oyó más que un formidable: Atehúm!

Dios os bendiga, señor, dijo el Alcalde, que no era enemigo de una buena chuscada; y agregó gravemente:—En nombre de la ley os declaro unidos.

—He!

Ninguno de los asistentes conocía los tenebrosos proyectos del joven. ¿No era, pues, natural que tomaran su estornudo por un consentimiento?

Por otra parte la inclinación de cabeza instintiva que acompaña á las fluxiones nasales

de esta naturaleza, debía pasar por una fórmula muda de aquiescencia.

Algunas palabras sentidas del magistrado para desear á los recién casados toda la dicha de que eran dignos; y luégo los abrazos de los padres, tías, tíos, primas y primos.

En fin todo terminó y Luis y Fanny pudieron aislarse un instante.

—Esto es indigno, grita Fanny.

—Perdón, gime Luis.

—Así, pues, hénos aquí casados no obstante nuestros.....

—No lo he hecho de expreso; os lo juro. Maldito catarro. Atehúm, atehúm.

El pobre muchacho inspiraba lástima.

—Evidentemente no es vuestra la falta, dice Fanny; y merecéis tanta compasión como yo.

—Qué haremos en el porvenir? Casarse sin amor es afrentoso: si á lo menos ahora que la cosa está hecha yo tuviera la esperanza de que usted.....

—Si me fuera dado esperar.....

En este momento ellos se miraban con atención y los invitados, que se apretaban para desfilarse, los empujaron uno contra otro y sus rostros se rozaron.

—Oh, Luis, me ha besado usted. Y no obstante su aire de reproche se sentía turbada.

Un silencio de algunos instantes.

Después de todo ¿quién sabe? dijeron desorientados. Acaso ese atehúm nos traiga la dicha. Además, los padres saben mejor que nadie lo que conviene á sus hijos.

PAGINAS PARA LAS DAMAS

(Colaboración especial de EL COJO ILUSTRADO)

Extravagancias de la moda.—El invierno y las flores.—Ecos de París.—Regalos de Año Nuevo.—El delirio en joyas.—En pos de la dicha.—Mesas aristocráticas.—Una pulsera original.—La Reina de España y los niños pobres.—Regia adolescente.—Cariz de los días.—El Carnaval madrileño.

Madrid: 1898.

Señor Director de EL COJO ILUSTRADO

Caracas.

La caprichosa moda, por este año, lectoras mías, se empeña en suprimir el frío en Europa, si hemos de juzgar por los ligeros abrigos, que en pleno Enero pone en circulación. De los abrigos llamados, “salidas de baile y teatro”, se han desterrado acolchados y pieles; lo elegante consiste en usarlos de seda, flexible y delgada, ¿hasta de tul! sin forro de ningún género, y para complemento de tan extravagante capricho, es de buen tono salir de los bailes y de las reuniones, con la cabeza descubierta, afrontando el riesgo de una traidora pulmonía. La higiene y el buen sentido, protestan con sobrada razón, pero de momento, no puede asegurarse que triunfen en la empeñada porfía.

Como si la moda hubiera resuelto declarar guerra al frío, bajo todos sus aspectos, nunca como este invierno abundaran las flores en los atavíos femeninos. Para calle, se llevan pequeños grupos de violetas y de flores de acacia, sobre los manguitos, medio ocultas, entre encajes y cintas; para sociedad, los más bellos trajes de nuestras juveniles hermosuras, tienen por todo adorno profusión de flores. Bien es verdad que el arte de jardinería realiza verdaderas maravillas para engañar á las cándidas hijas de los prados, y obligarlas á que florezcan al abrigo de la templada estufa. Nunca condenaremos las corrientes de la moda, que inducen á la mujer á adornarse con flores. ¿Hay acaso nada más bello y poético en el mundo?

Particularmente en París, la afición á las flores este año raya en lo increíble, pues las más aristocráticas mesas se han cubierto por completo de ellas, al celebrarse las comidas de Pascua; y además, el regalo de novedad



SANTO DOMINGO. — Ruinas del templo de San Francisco

para felicitar la entrada de año, ha sido una góndola, una bandurria, un codre, una pandereta, y hasta un perro, un pájaro, y un lagarto, todos de flores, combinando de manera artística y original, los colores de las mismas. Naturalmente, labores de esa especie, son de una delicadeza infinita, necesitan manos muy hábiles para llevarlas á cabo, y la novedad y el tiempo empleado, se pagan. Algunos de estos encantadores objetos, cuya lozanía dura contadas horas, se han adquirido, al precio subidísimo de una joya.

Y no crean por lo que llevamos dicho, nuestras amadas lectoras de EL COJO, que la afición á las flores, perjudica en la época actual al arte de joyería, nada de eso, el capricho y la novedad alcanzan á todo, y si se pagan las flores á extraordinarios precios, los joyeros por su parte, han logrado poner en circulación número tan excesivo de dijes, medallas, broches y pulseras, que los deslumbramientos son inevitables, allí donde se reúnen las damas elegantes. Nuestra época, es extremada en todo, y de acuerdo con sus pronunciadas tendencias, el capricho extrema también sus antojos. Las joyas se usan con profusión tal, que es de buen tono lucir en un solo brazo seis ó siete pulseras diferentes, cuelgan los dijes de cadenas de reloj y de brazaletes en gran número, y las cabezas de las bellas se adornan tanto en sociedad, con plumas salpicadas de brillantes, como con broches, imperdibles, hebillas y alfileres. En la calle, cosa por demás chocante en Madrid, cuyas damas suelen distinguirse por la sobria elegancia con que visten siempre, en Madrid este invierno, se ven en los paseos muchas cabezas femeninas luciendo peinetas y ahuecadores de brillantes, perlas y esmeraldas. Desde luego, no en todos los casos son finos estos adornos, porque valdrían un dineral, mas como es de rigurosa moda llevarlos, la que no los tiene de joyería compra las imitaciones.

Todos los años por esta época, los amuletos ó *porte-bonheur* tienen oportunidad encantadora, hallándose sus variantes sujetos á las leyes casi despóticas de la moda, siquiera se trate de un país tan democrático como la republicana Francia. Pues bien, el *porte-bonheur* de actualidad es un perro, real ó imitado y también unas monedas de oro y aun de cobre, taladradas por un extremo en el cual se coloca una esmeralda. Son originalísimos esos amuletos y hay dama que siente verdadero fanatismo por ellos, olvidando que el verdadero amuleto portador y garantía de la dicha, es la bondad del corazón, revelándose en todas las circunstancias de la vida.

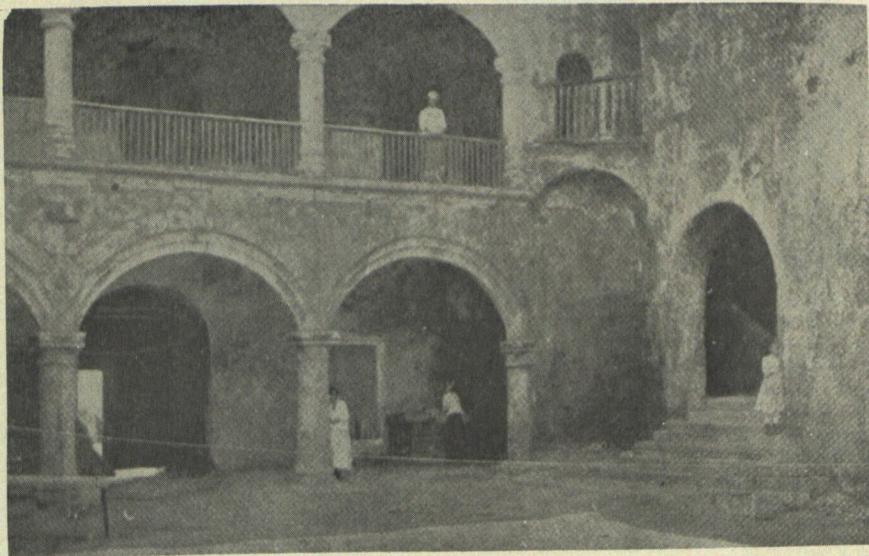
Por no ocuparnos siempre de los trajes, ya que el buen gusto de la mujer debe revelarse en todo, y muy especialmente en el interior de la casa, diremos hoy á nuestras queridas lectoras venezolanas, que los comedores europeos más elegantes, se tapizan ahora con cue-

brillar en los salones, y como para la mujer escribimos, en modo alguno queremos prescindir de estos detalles de la moda, íntimamente relacionados con las solicitudes femeninas, y con el bienestar y la dicha familiar, tan caras á todas las almas, nacidas para las expansiones del cariño.

El Emperador de Alemania ha regalado á su joven esposa en las pasadas Pascuas, una pulsera, de la cual pendían siete medallones de marfil, orlados de brillantes, en cada uno de los cuales destacaba la encantadora cabeza de uno de los hijos del imperial matrimonio. Del medallón central, ocupado por la princesita, pendía otro medallón más pequeño, con el retrato del Emperador que es padre cariñosísimo, y esposo amante como pocos.

Ha sido triste este año la Noche Buena madrileña, porque nuestro pueblo siente como ninguno las amarguras de la guerra, porque no hay hogar donde no falte un sér querido, y la ausencia es enemiga declarada de la alegría y con mayor razón cuando el ausente tiene en constante peligro la vida. Las clases elevadas por su parte tampoco hansolemnizado la noche en que nació Dios, con las espléndidas cenas de otros años, si alguna de estas fiestas ha tenido lugar, se ha dado á la misma, un carácter marcadamente interno, porque no sería patriótico otra cosa, cuando el país entero se halla entregado á hondísimas preocupaciones.

La Reina Regente, con la infanta Isabel, salieron á pie una tarde de las vísperas de Pascua, yendo á la Plaza Mayor donde se co-



SANTO DOMINGO. — Palacio de Gobierno — primer patio

ro, paño ó papeles de un solo color, siendo los adornos preferidos para ellos, además del indispensable juego de mesas, aparadores y sillas, las grandes plantas verdes sin flor, colocadas en jardineras talladas. Los manteles novedad, son de finísima *etamine*, y también de lienzo glaseado, adornados con cenefas, entredoses y encajes. La porcelana blanca con delicados rameados, y cifras decoradas, es de muy buen efecto y de una distinción suprema; respecto á la cristalería, copas, jarros y platos centrales, los más nuevos, tienen dibujos de flores en blanco, que armonizan muy bien, con el conjunto de una mesa primorosamente dispuesta, siendo los cubiertos, hoy en boga, de plata repujada unos, y con mango de porcelana ó cristal otros. Se cuida con extremado esmero, con refinada coquetería, del efecto que produzca el conjunto del comedor, al invadirlo los invitados, y ello constituye un legítimo timbre de orgullo, para la inteligente ama de casa. La mujer ha nacido para embellecer el hogar, tanto ó más, que para

locan los puestos de los feriantes, eligiendo por sí mismas multitud de juguetes, que después hicieron las delicias de los niños pobres. En un camión de la Casa Real, ha sido enviado luego, cuanto las augustas damas compraron al Asilo de los Hijos de las Lavanderas, y al Colegio de María Cristina, cuyos asilados recibieron con el alborozo consiguiente, juguetes y golocinas. La madre del Rey no ha olvidado á los niños pobres, á los huérfanos, á los pequeñuelos, que no tienen quien les regale esas bagatelas, que tanto significan en la infancia y entrañan en esa risueña edad el colmo de las aspiraciones humanas. Las maternales solicitudes de la soberana, reveladoras de un alma tiernísima, la hacen cada día más querida de nuestro pueblo, sensible como ninguno, á las manifestaciones del cariño.

La Princesa de Asturias empieza á figurar en los actos solemnes de la vida palatina, su simpática personalidad, desde finales de año, ha cobrado algún relieve, y los habituales

concurrentes al teatro Real, viendo distraerse su expresivo perfil de adolescente, en el palco-regio, al lado de su virtuosa madre, se complacen en formular juicios y vaticinios, sobre el porvenir que espera á la Princesa, una vez haya entrado resueltamente en la esfera de la juventud, donde poderoso germina el amor. Pero la Regente no piensa por ahora en nada que tenga relación con proyectos matrimoniales para su augusta hija, y cuantas novelas ha difundido á este propósito la prensa europea, carecen en absoluto de fundamento.

Los primeros bailes de máscara celebrados en la villa y corte con escaso lucimiento y éxito, han dado aviso de la proximidad del Carnaval, viejo empedernido y loco, que durante algunos días, arrastra á las muchedumbres á las mayores locuras. Sin embargo, tan gastada se halla ya entre nosotros, esa grotesca diversión, que á poco esfuerzo prescindiríamos de ella, si á la misma no prestaran simpáticos reflejos, el arte moderno, la prensa y los bailes de niños, porque el Carnaval madrileño hundido en el fango de las calles, siendo irrisorio juguete del populacho inculto, en modo alguno satisfaría los anhelos de una generación innovadora que con las auroras del siglo futuro, se siente llamada á mayor expansión y progreso en todos los órdenes de la vida humana.

JOSEFA PUJOL DE COLLADO.

CRONICAS LIGERAS



BIOGRAFIAS

Es asombroso el movimiento biográfico actual. Gracias á él todos los días salen á la luz pública, en calidad de personas notables, una multitud de criaturas, antes ignoradas.

Abre un periodista una sección rotulada así, por ejemplo: "Nuestros oradores" ó "Poetas contemporáneos," ó "Escritores venezolanos," y no pára hasta que nos da á conocer el último de sus amigos.

—Ya he visto que estás "publicando" los oradores, le dice uno.

—Sí; efectivamente.

—Supongo que no vas á olvidarte de mí. Tú sabrás que yo hablo.

—¿Ajá? No he tenido el gusto de oírte.

—Pues, sí. La última vez que hablé fue en una sociedad benéfica, y gusté mucho.

—Hombre; me alegro.

—Si quieres, puedo enviarte mis discursos.

—Bueno; y tus datos, para "sacarte" mañana.

—Los datos puedo dártelos ahora mismo.

—Mejor que mejor.

El orador toma la pluma, y deja consiguientemente, que nació en tal ó cual parte, que estuvo en varias escuelas federales, y que ha hablado en público dos veces (con expresión del motivo, y demás circunstancias).

Con este material fabrica el biógrafo su orador, y nos lo presenta al día siguiente, haciendo notar que si el agraciado ha pasado inadvertido hasta aquel momento, ha sido

por su exagerada modestia. Y en suma, que ahí donde ustedes le ven, que parece un sér insignificante, es un orador elocuente, amante de su familia, honrado y trabajador.

Lo propio acontece con las secciones destinadas á la exhibición de poetas, escritores, periodistas, médicos y abogados, todos notables.

—¿Ves? le decía á un barbero, amigo mío, su esposa. ¿Ves? Aquí "publican" á Pepito Ripín, como poeta contemporáneo.

—¿Y qué?

—Que él no es más poeta que tú.

—Ni más contemporáneo tampoco, aunque no debiera yo decirlo.

—¿Y por qué no habías de decirlo? ¡Siempre esa modestia mal entendida! A buen seguro que Ripín haya escrito composiciones mejores que aquellas que te publicaba *El Serrucho*, en la sección Remitidos.

—¿Y qué quieres tú que haga?

—Hombre; moverte. Y no permitir que salgan biografiados antes que tú otros que valen menos. ¿Quién es don Federico? qué ha hecho de particular? Nada? Pues yo he leído su biografía con retrato, y todo

—Pero fíjate en que la sección se titulaba "Hombres buenos."

—¿Y tú eres malo?

—No; soy regular. Deja que le toque á los "Hombres regulares," y entonces.....

—Tú no saldrás nunca de la oscuridad.

El Gobierno, por su parte, da á los biógrafos material abundante y apreciable.

Diariamente nos obsequia la prensa con los "rasgos" de funcionarios públicos, acabados de estrenar. En los cuales rasgos, á vuelta de apreciaciones político-sociológicas más ó menos digeribles, y después de los dases y tomares sobre nacimiento del individuo, sus padres, su educación, y sus antecedentes políticos, se concluye diciendo: "Ultimamente el Presidente de la República, inspirado en el propósito de rodearse de los más sanos elementos, le ha honrado con el cargo (tal). Y el país espera confiado en que él (el agraciado) sabrá revalidar, en el desempeño de tan honroso puesto, los títulos que tiene á la gratitud nacional, y á la admiración de sus conciudadanos. Vayan estas líneas como un homenaje de (aquí el nombre del periódico) á sus reconocidos méritos."

El Gobierno, las ciencias, los oficios, y la amistad, parece que se emulan en la obra patriótica de comunicar impulso al movimiento biográfico.

Total: que se siente uno tentado á andar por la calle con el sombrero en la mano, no sea que por una distracción imperdonable pase sin descubrirse junto á una cualquiera de las notabilidades que nos circundan.

JABINO

EL MILAGRO DE LA NOCHE-BUENA

CUENTOS PUERTO-PLATEÑOS

A LA SEÑORITA JOSEFITA CESTERO

—Mamá, sabes que el Niño va á ponerle esta noche á Pepito muchísimos dulces y juguetes en los zapatos? Me lo dijo, que su papá se lo había asegurado. Y yo quiero que á mí me ponga también. Caramba, que el año pasado me dejó esperando.

La madre sintió que se le agubaban los ojos y oprimió contra su seno al hijo querido que se iba á acostar la noche-buena sin más cena que la ordinaria, y amanecería el sábado de Pascuas sin otro juguete que el palo de la escoba. Había hecho todo lo posible por ahorrar algo para comprarle un caballito de madera que le había gustado, pero todo fue inútil y llegó el día con la misma miseria que los anteriores.

—Luisito—le dijo para consolarlo—la Virgen es muy buena. Rézale la oración que te he enseñado. Pídele con devoción que te mande esta noche al Niño con muchos regalos y verás cómo te lo concede, querubincito mío. Arro-díllate y reza, que la Virgen nos oye.

—Y me traerá el caballito?—balbuceó el chico, soñoliento ya, con los ojos medio entornados.

—Sí, hijito. Te lo traerá para que juegues, y muchos dulces y confites.

—Pues bueno—replicó él, y se puso de hi-nijos frente á su madre, lleno de unción, las manos palma con palma á la altura del pecho, y la cabeceita rubia echada hacia atrás, circundada de rizos que tembloteaban al menor movimiento. Luégo empezó, en su adorable media lengua:

"Dios te salve, María. Llena eres de gracia".....

El sueño bajaba como una venda sobre sus ojos, y cuando terminó la oración apenas le quedó tiempo de preguntar á su madre:

—Tú crees que me lo traerá?.....

—Sí, queridito mío—le respondió ella, besándolo y estrechándolo en su regazo, donde al momento se quedó dormido, con la serena placidez de los niños, con esa respiración tranquila y pausada, encanto de las madres.

En cuanto amaneció, Luisito saltó de la cuna, sonriente la carita mofletuda, con los ojos todavía abotagados por el sueño. Metió la mano del lado en que estaban sus zapatitos, con la seguridad de quien sabe dónde está lo que busca, y retiró un lujoso cartucho, lleno de confites y juguetes.

—Mamá,—gritó—mira lo que me trajo el Niño! Qué bonito!

La madre, asombrada, no sabía qué responder, sin darse cuenta del milagro de aquel regalo que no había traído ella.

—Yo lo vi cuando me lo dejé. El pobre..... Me dio más pena..... Lo mató ese diablo.

—Cómo, que tú lo viste?—le preguntó la madre más asombrada todavía.

—Sí. Yo estaba acostado, y todo se puso claro. Creí que era de día y pensé llamarte, cuando vi al Niño, que entraba por la pared, ahí, al lado de tu cama. Era chiquitito y tenía puesta una gran capa de pieles como esa de los reyes, que tú me cuentas. Le arrastraba un pedazo largo, largo. En la cabeza traía su coronita, á los dos lados, de color de frijoles colorados, y me miraba con sus ojitos, como diciéndome: "Todo esto es para tí, Luisito;" y yo contento, gritándole que caminara; porque mira, mamá, todavía no ha aprendido á andar y venía gateando con el cartucho entre los dientes, arrastrándolo despacio, como si le pesara mucho.

—Pero tú soñaste todo eso, Luisito—le interrumpió la mamá, sonreída de orgullo por la relación de su chichelero.

—No señora, que lo vi bien. El pobre..... Ya estaba junto á mis zapatos cuando llegó el diablo, con sus ojazos de candela, y sus uñas de garfio, y su rabo..... un rabo así, de este tamaño; y sin decirle nada, saltó sobre el Niño, y lo mordió en el pescuezo y lo mató. Cuando yo lo oí gritar me dio un miedo... que no pude ni hablar para llamarte. Que malo es el diablo! Debe de haber estado escondido detrás del baúl, asechando al Niño, calladito, porque yo no lo vi ni lo oí, sino cuando le cayó encima. Jesús, cómo lo mordía y le desgarraba su capita con aquellas uñas!.....

—Pero, ya ves que es sueño, hijito. Aquí estarían el cuerpecito y los pedazos de la capa.

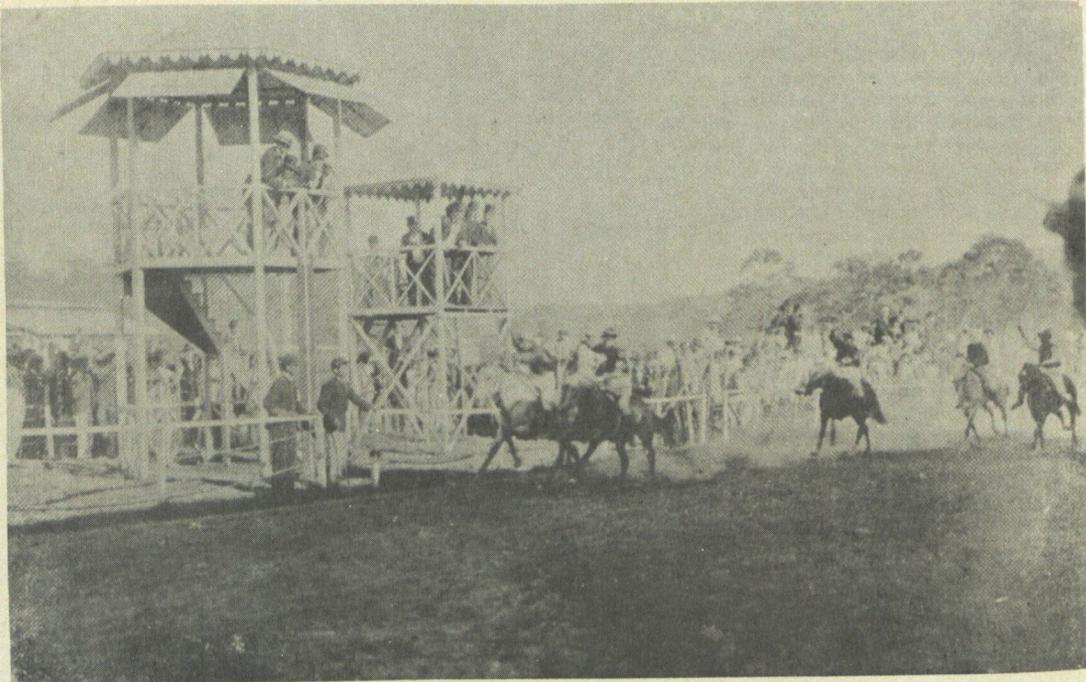
—Sí, te parece..... Porque se lo llevó á la cocina y allá fue que se lo comió crudo. Anda y verás los pedazos. Ah, tú no quieres ir? Anda á verlo.

La madre, por no contrariarlo, pasó á la cocina, y efectivamente, debajo de una mesa encontró la huella del crimen. Allí estaban los restos de un ratón que *Pusito* había destrozado esa noche.

Entonces se dio cuenta de aquello, que era como milagro de la Virgen en favor de Luisito.

Los ratones habían hecho un agujero en la pared medianera, comunicando así el dormitorio con un aposento de la casa contigua, que era de una familia rica. Un ratón se pilló el cartucho que los padres le habían colocado debajo de la cama al niño, y lo traía arrastrando para llevarlo á su cueva, cuando al pasar por debajo de la cuna de Luis lo asaltó *Pusito* y le quitó la bolsa y la vida, quedando el rico botín de confituras y juguetes, que el gato no apetecía, como regalo de Pascuas del niñito, que había soñado la tragedia idealizada, mientras se estaba verificando.

JOSÉ R. LOPEZ.



EN EL HIPÓDROMO DE SABANA GRANDE

EL RAMO ANÓNIMO

RA el día 31 de Diciembre, en que es costumbre enviar regalos á todas las amigas en Francia. Llegaban flores y más flores, lindísimas, en cestas elegantes, perfumando con sus aromas el ambiente del salón.

Ana las recibía, unas tras otras, de manos del criado; acogíalas con una mirada indiferente, inclinaba la cabeza un momento para leer en la tarjeta el nombre del amigo que enviaba el obsequio y decía



después, invariablemente:

- Juan, déjalo ahí.
- Y se ponía á mirar cualquier otra cosa.
- Desde las diez de la mañana llegaban, sin cesar apenas, regalos y regalos, acompañados todos de la tarjeta correspondiente, encargada de comunicar el nombre de la persona cuya generosidad debía ser agradecida.
- Decían ó querían decir, por ejemplo:
- Admire usted estos crisantemos, del conde Armando de Saverne.
- Estas orquídeas que le regala Roberto de Villetes, deben haberle costado un dínal.
- ¡ Ah ! ; Si pensara usted un poco, ingrata amiga, en el pobre Rafael Blenheim, que tanto la adora ! Ese *bibelot*, separado por él, para usted de una colección célebre, no merece que usted le consagre un rinconcito aparte en su corazón ?
- Etcétera, etc.
- Tales recuerdos no lograban el efecto apetecido por los interesados en el corazón de Ana. En cambio, ¡ cuánto hubiera dado ésta por un ramo de rosas de cuarenta céntimos, por una rosa nada más, ofrecida únicamente por el gusto de ofrecérsela.

* * *

A las tres de la tarde, y hallándose Ana sola en su gabinete, Juan le presentó un nuevo regalo: un sencillo ramo de rosas.

—Bueno, bueno, déjalo por ahí—dijo Ana, sin volver la cabeza.

Pero al momento, sintiendo, á pesar suyo, la curiosidad natural, preguntó:

- ¿ De quién es ?
- Juan examinó el ramo, buscó la tarjeta sin encontrarla, y respondió al fin:
- No trae tarjeta, señora.
- Ana se levantó.
- ¿ Cómo ? ; No trae tarjeta ? ; La habrá usted dejado caer ?
- Quizás—contestó el criado. Miró bien por la alfombra, volvió sobre sus pasos, recorrió de nuevo el salón inmediato, fue hasta el vestíbulo, y tornó diciendo:
- Nada, señora. No debía traer tarjeta.
- Ana sintió en el corazón un estremecimiento dulce y suave como una caricia.
- Está bien. Deme usted ese ramo—balbuceó, mientras sus mejillas se coloreaban súbitamente.
- ¡ Qué rosas tan lindas ! ¡ Qué aroma tan delicioso y penetrante desprendían de sus pétalos !

- Ana cerró los ojos, y mientras aspiraba el perfume, sentíase poseída de intensa emoción.
- Pero ¿ quién podía haberla enviado aquellas rosas ? ; Fourqueux acaso ? ;..... No. ; Jorge Lac, aquel joven que la hacía la corte tan discretamente, un año tras otro ? A menos que..... ; Sí ! Debía ser Olonzac..... ; quién había de ser más que Olonzac ? ; El, seguramente, el galanteador empedernido ! ; No le había confesado ella misma en casa de Vireilhes que se moría por las rosas ? ; Claro que sí ! ; Ella misma ! ; Detrás de aquel *paravent* Luis XV, mientras que las muchachas servían el café.
- Ana llamó.
- Juan, ¿ ha sido usted quien ha recibido este ramo ?
- Sí, señora.
- ¿ Quién lo ha traído ?
- Un *groom*.
- ¿ De parte de quién ?
- Me parece que era el criado de Mad. Garbois, la florista de la calle de Francisco I.
- Ana tembló nuevamente. Olonzac vivía en aquella calle. Pero ¿ es que no vivía allí nadie más ? ; No podía ser todo aquello una coincidencia. Y nada más que una coincidencia !

Durante algunas horas, Ana sintió lo que jamás había sentido. Cometió la imprudencia de ir á casa de la flo-

rista. Supo allí que el caballero que había encargado el ramo no había dejado tarjeta alguna, porque—según dijo—“ no valía la pena.” Preguntó por las señas de aquella persona y quedó convencida casi, pensando en las que le dieron, de que se trataba, efectivamente, de Jorge Olonzac..... La tentación maldita llegó á sugerirle peligrosas ideas. Cuando cerró la noche, Ana, reclusa de nuevo en su gabinete, dudaba aún...

Dieron las siete y media ; abrióse la puerta de la elegante habitación en la que languidecían, acariciadas por el tibio ambiente, las rosas anónimas, y Ana se encontró frente á frente de su esposo.

- Buenas noches, Ana—dijo éste, abriendo á su mujer los brazos.—¿ Has recibido mis rosas ?
- ¿ Qué rosas ?
- Las que te he enviado esta tarde.
- ¡ Ah ! ; Pero eras tú ? —exclamó Ana sin poderse contener.

—Pues claro. Te oí la otra noche, cuando se lo decías á Olonzac, que cada día te gustaban más las rosas ; vi unas lindísimas en casa de Mad. Garbois y..... ; pero qué tienes ?

Nada, nada....—respondió ella, pálida como una muerta.—Nada.... la alegría.... ¡ Qué bueno eres !

Repúsose un tanto y preguntó:

- ¿ Pero por qué no las enviaste con tu tarjeta ? ;.....

- ¡ Mujer.... entre nosotros !
- Se manda siempre la tarjeta cuando se envía un regalo—añadió Ana, dando á sus palabras una intención que sólo ella misma podía comprender.

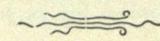
Juan entró en el gabinete, llevando otra magnífica cesta de orquídeas.

En la tarjeta que acompañaba al nuevo presente Ana leyó: *Jorge Olonzac*.

—¿ Tú lo ves ? —exclamó Ana, dirigiéndose á su marido. ; Mira cómo Olonzac manda su tarjeta !

Dio orden á Juan para que llevase aquella *corbeille* al salón donde estaban reunidos todos los demás regalos que apenas habían despertado en ella sentimiento alguno ; dirigióse hacia la mesita en que había dejado el ramo de rosas, cogió una y la prendió en el cuerpo de su elegante vestido..... sobre su corazón.....

JUAN ROMEAU.



Más allá de la muerte



N los archivos polvorientos del viejo monasterio dormía desde hacía cuatro siglos este bello cuento de amor que ensayo relataros.

Paula de Lys agonizaba. La ignorante incapacidad de un hombre la arrebatada, llena de vida, al cariño de su amado.

Su sangre corría gota á gota. El blanco toisón que tapizaba su cuarto tenía una enorme mancha de púrpura que contemplaba con horror su cortejo; el que había hecho el mal se había huído, temeroso de la cólera y de la venganza del Señor, y Paula quedaba sola, en medio de sus damas, que lloraban.

Ella apoyaba su pálida cabeza sobre el alto espaldar finamente esculpado; sus pies desnudos temblaban sobre las calientes pieles; sus bellos ojos negros de mirada dulce, sus bellos ojos llenos de amor, agrandados por la angustia, miraban, á lo lejos, el camino distante.

En un supremo esfuerzo ella se inclinó hacia la estrecha ventana.

"Aymard, dijo ella con pasión, Aymard, amado mío, ven hacia mí. Por ventura moriré sin volver á verte."

Su cabeza cayó nuevamente hacia atrás; ella tenía un último temblor. Sus damas la escucharon cómo murmuró nuevamente:

"Aymard, Aymard mío."

Después el silencio se hizo en la estancia. El cortejo, de rodillas, esperaba la vuelta del Señor, rogando por la que yacía, tan bella y tan tranquila que parecía estar durmiendo.

La noche había caído.

Aymard de Lys cabalgaba por los senderos umbríos. Se apresuraba. Una inquietud secreta alteraba su bello rostro masculino.

Súbito su caballo hizo una cabriola. Aymard palideció á pesar de su valor.

"Paula, dijo, con una voz ahogada."

Próxima á él, medio perdida entre el follaje, una sombra surgió lentamente. A pesar de su palidez, á pesar del velo que cubría sus facciones, el caballero de Lys reconoció á su amada. El quiso lanzarse, tomarla entre sus brazos, pero la sombra pasó rápidamente.

Aymard había sentido un soplo de una dulzura inefable acariciar su frente, él había oído la voz de su Paula adorada que, muy queda, le decía:

"Tuya, siempre tuya; en la vida y en la muerte."

Pocos minutos después, el caballo, moribundo, cae á las puertas de la mansión de Aymard.

Todo está sombrío; todo en silencio.

Aymard, la angustia en el corazón, franquea la entrada.

La sombra ha dicho la verdad? El goce de su corazón, el orgullo de su vida, se han por siempre desvanecido? Su bella, su noble Paula, su valiente compañera lo ha abandonado? Había verdaderamente partido aquella cuya sonrisa era su fuerza.

Sus piernas tiemblan; pero nada, un esfuerzo más, ha llegado, ha visto.

Un grito sordo se le escapa. El se prosterna, y su cabeza sobre los pies de la muerta adorada, gimió hasta exhalar su dolor en salvajes imprecaciones.

Las damas respetan su angustia; él permanece solo con lo único que le resta de su amor.

Aymard se levanta. La belleza inmaterial de su amada llena su alma de una calma misteriosa. El se acuerda de la aparición del camino, y comprende ahora la promesa que le había hecho temblar de espanto:

"Tuya, siempre tuya; en la vida y en la muerte."



EL CONFIDENTE DE CUPIDO

Y cada noche, hasta la última hora, cuando el caballero de Lys entraba en su cuarto, un dulce temblor, un rozamiento casi insensible le revelaba la presencia sobrenatural de Paula. Algunas veces, al pálido rayo de la luna, veía una forma ligera, de graciosos contornos.

"Paula" murmuraba Aymard suplicante.

La sombra entonces se inclinaba; un ruido de alas llenaba el oscuro cuarto, una brisa refrescante pasaba sobre los labios del caballero, y los ojos, los grandes ojos negros de Paula lo miraban con una expresión de inefables ternuras, repitiendo muy quedo á Aymard:

"Nuestro amor es más fuerte que la muerte."

Se cuenta que desde entonces, cuando un hijo de la noble familia de Lys recibe en el bautismo el nombre sagrado de Paula, su abuela, la graciosa castellana de los antiguos buenos tiempos, se inclina hacia la débil criatura adormecida y le da su cabellera de reflejos negros, sus dedos finos, su estampa maravillosa, sus bellos ojos, llenos de amor, y sobre todo,—dón supremo,—una parte de su misterioso poder.

L. BIRON.



LOS CASTORES Y LOS CANGREJOS

EPISODIO FABULOSO

CON RECTIFICACION Y MORALEJA

(Expresamente para EL COJO ILUSTRADO)

Por aquel tiempo florecía, á fuerza de trabajo de la industriosa raza que la poblaba, una hermosa ciudad acuática, fundada hacia ya inmemoriales años por una colonia de castores, cuyas sucesivas generaciones, con su natural y prodigioso ingenio llegaron á darla tal esplendidez y fortaleza, que bien podía rivalizar con la misma Venecia, pues como la Reina del Adriático, tenía canales grandes y chicos, puentes cubiertos, atracaderos y otras varias obras de las que el arte construye, poniendo utilidad y belleza en donde las aguas sólo ofrecían inconveniencias y peligros. A semejanza también de la célebre ciudad de las lagunas, vivían sus habitantes en casas levantadas sobre la líquida superficie, que no por ser fabricadas dichas habitaciones con hierbas y lodo, eran menos cómodas y holgadas que los soberbios palacios de los magnates venecianos, dada por supuesto, la diferencia de razas.

Sin ser de profesión guerreros y sin haber estudiado en parte ni modo alguno aquellos habilidosos roedores arte tan necesario á la conservación de las repúblicas, profesaban el principio que los humanos batalladores de remotos tiempos elevaron á la categoría de axioma, diciendo, para mayor claridad en latín, *Si vis pacem para bellum*; así es que en previsión de que cualquiera codiciosa nación ó raza pudiese algún día intentar su conquista, habían construido fuertes y muy bien calculadas obras

de defensa para resguardo de su ciudad, aprovechando con tal objeto el ímpetu de las corrientes, la cortada profundidad de los cantiles, la falaz apariencia de los falsos vados, y todo aquello que en ayuda de su ingenio les ofrecía el capricho de las aguas.

A muchas leguas de esta venturosa villa de los castores, hubíase establecido, desde tiempo muy remoto, una tribu de cangrejos; raza de natural estúpido, holgazana y medroso, que moraba al uso troglodita, en agujeros que taladraban en la blanda y fangosa tierra, sin nociones de arte ni progreso de ningún linaje, desprovista de las aspiraciones y estímulos del espíritu, consagrando el sublime dón de la existencia á comer para vivir; y esto mismo procurado en cobardes merodeos durante las noches silenciosas y oscuras.

Y sin embargo de tan prosaico y material modo de vivir, sentíanse contentos y satisfechos los míseros cangrejos; en lo cual, mirándolo bien, acaso tenían razón, pues suelen la civilización y el progreso traer consigo á la ambición, que es aguijón emponzoñado; á las necesidades, que son tiranos insaciables; y á los cuidados por lo adquirido y poseído, que casi siempre inquietan el ánimo con zozobras y recelos sin cuento.

Amor al terruño, eso sí que lo tenían. No llamaremos, en el presente caso, patriotismo á ese sentimiento, pues no cuadra el alto nombre de patria al lodazal en que los pobres cangrejos vegetaban; pero aun conviniendo en que aquel amor á su pantano pudiese llamarse cuando más *pantanimismo*, no por ello es virtud menos apreciable, sobre todo, en quienes no poseían otra.

Heridos en lo más vivo de este noble sentimiento viéronse cierto día los humildes animalillos, por la llegada de una expedición



LA NOVIA DEL MARINERO. — Cuadro de Marcus Stone

de despiadados exploradores, quienes más por crueldad que por otra cosa, dieron en la flor de perseguirlos de muerte, obligándoles por fin á tomar la más fiera y dolorosa de las resoluciones: la de la expatriación.

En noche propicia para el caso, la incontable tribu cangrejil abandonó sus subterráneas viviendas, y sin más aguja ó brújula que el aguijón del miedo para buscarse un rumbo, púsose en marcha en pos de nueva tierra.

Ignórase cuanto tiempo estuvo andando aquella aventurera caravana, pero debieron ser muchos los días, ó mejor dicho las noches, porque como es sabido, tales horas son las preferidas por los individuos de esta especie para sus trajes todos. Lo que sí está completamente averiguado, aunque antes de ahora no haya sido escrito, es que los caminantes, por mera casualidad, ó por revelación de su instinto, ó por lo que fuera, toparon con la acuática ciudad de los castores, ya descrita.

Pasmados de admiración quedáronse por algún tiempo los cangrejos al contemplar aquella portentosa metrópoli; mas apenas repuestos de la emoción y salidos del alelamiento ó encanto, surgidos por el deseo de disfrutar de algún alimento y refocilo, tras tanta fatiga y continuada abstinencia como habían sufrido, arremetieron á invadirla. Loca determinación, por cierto, que resultó en desastre horrendo para ellos, dándose el espectáculo, (que hasta el describirlo espeluzna y con turba), de legiones enteras, compuestas de muchos millares de acometedores, reventados contra los muros de la ciudad, y flotando sobre las aguas islas de cadáveres vidriosos y calcáreos, que no parecía sino que del cielo hubiese caído, hecha añicos, toda una inmensa fábrica de cacharros, volada por la dinamita. ¡Harto ruín apariencia, en verdad, para tanta gloriosa hecatombe de héroes!

No repitieron los cangrejos la intención. Persuadidos de que jamás llegarían á tomar la ciudad por la fuerza, reuniéronse en Consejo los más prudentes varones de la tribu, y convinieron en que ponerla sitio hasta rendirla por hambre sería lo mejor.

Entre tanto, aunque victoriosos no del to-

do confiados los castores, reunían también una asamblea de próceros y de padres de familia; y fue lo primero que hizo la respetable junta, el preguntarse qué clase de enemigos podrían ser aquellos que en tan enorme número se les habían venido encima.

—Son cangrejos, declaró uno de los más viejos castores allí congregados: es gente pacífica y holgazana, poco ó nada entendida en el arte de la guerra, mas júntanse y propáganse en tan extraordinarias multitudes, que bien pudieran, con un ataque mejor concertado, caer en masa sobre nuestras fortificaciones, derribarlas con el sólo peso de sus cuerpos y degollarnos á todos; porque habéis de saber, conciudadanos, que esos enemigos poseen enormes muelas dotadas de tal fuerza, que una vez cogida entre ella su víctima, no hay que pensar en que la suelten sino después de extinta por completo la vida. Debe ser una muerte horrible, amados hermanos míos; y sin que para nosotros valgan por nada los dientes y colmillos que contra otros enemigos nos sirven, pues estos animales están naturalmente cubiertos por una como armadura resbaladiza que los pone á prueba de dentelladas y mordiscos. Por tanto, yo os aconsejo, compatriotas, solicitar capitulación. Nada perderemos con que esa raza extranjera y singular viva con nosotros, si tal condición nos fuere impuesta. No nos despojarán ellos de nuestras casas, porque su gusto es habitar en agujeros y cavernas; no consumirán nuestras provisiones, porque su manjar y regalo de preferencia es el lodo, detestable afición que será para nosotros de gran provecho, como quiera que mientras más se harten ellos más limpios quedarán nuestros canales; y por último, y saliendo al atajo de cualquiera de nuestra orgullosa raza que pueda alegar que el íntimo contacto con esa raza exótica traiga el inevitable cruzamiento de sangres, me apresuro á decirlos que semejante cruzamiento nos vendría muy á pelo, porque nuestra desgracia consiste cabalmente, en este pelo tan rico que tenemos, por adquirir el cual, sombrero y peleteros nos persiguen, nos matan y desuellan. La fama de los sombreros de castor y de los abrigos de castor nos cuesta cada año millares de vidas preciosas. Los can-

grejos carecen absolutamente de pelos. De la fusión de nuestras dos especies resultarían dos especies nuevas y flamantes, á saber: el cangrejo cabelludo, (y allí se las hayan ellos), y el castor sin pelo, que sería el desideratum. Por todas estas razones, concluyó el orador, estoy porque capitulemos.

De perlas pareció á la asamblea toda el prudente discurso de aquel prudentísimo conciudadano, y al recogerse los votos, no hubo uno tan sólo que no fuese por la capitulación inmediata, sin pérdida de momento.

—No todavía, dijo el anciano castor; no todavía debemos dar ese paso. Ello será oportuno cuando los enemigos vuelvan grupas.

—¿Cómo?—exclamó en coro la asamblea sorprendida al oír tamaño disparate en hocico enantes tan discreto?—¿Cómo es eso de que cuando vuelvan grupas los enemigos debemos arriar nosotros bandera?

—Yo sé lo que me digo, contestó con aire de misterio el venerable sujeto; y no habló más, aunque bien trataron algunos de sacarle las palabras con cuchara, como ellos, á haber sido vulgo, hubieran dicho.

A la misma hora en que esto sucedía en la ciudad sitiada, reuníase en el campo enemigo una junta semejante, en la que tomaron parte los cangrejos, si no de más seso, sí los de mayor longevidad y experiencia. Procedió el Consejo proponiendo, en su orden, las siguientes cuestiones:—Qué clase de individuos eran los que habitaban aquella maravillosa ciudad;—qué ventajas podrían los cangrejos derivar, al cabo, de la guerra en que se habían metido; y—qué copia de elementos de boca poseían ellos, los sitiadores, para sostener el cerco hasta que los sitiados hubiesen agotado los suyos.

Concedióse la palabra en primer término á cierto respetable sujeto, todo un archicangrejo, quien por haber sido una vez, allá en sus inexpertas mocedades, presa de unos coleccionistas de crustáceos vivos, fué llevado y traído de Ceca en Meca por toda Europa, de lo que le resultó salir con cierto conocimiento del mundo, pues nada hay que ilustre tanto como el viajar, como él viajó, por países diferentes y extraños.

—En mi humilde concepto, comenzó por decir el personaje, la campaña que hemos emprendido será para nosotros desastrosa. Los enemigos que tenemos por delante son los llamados castores, que es de donde se extrae el odioso aceite de castor, cuyos efectos son espantosos y casi mortales. Bastará que esos animales infesten el agua derramando en ella su atroz droga, y yo os aseguro que con dos sorbos que pruebe cada uno de nosotros, no quedará en todo nuestro ejército uno sólo para contar el cuento. En verdad os digo que con estos ojos que se ha de comer la tierra, he visto hombres fuertes caer y revolcarse en medio de dolorosos retortijones, bascas y otras miserias, con sólo haber tomado un par de cucharadas del nefando aceite de castor, aceite de esos caballeros que tan inofensivos parecen. Mi opinión, es, pues, que debemos levantar el campo y retirarnos con la música á otra parte. He dicho.

Este corto, pero elocente discurso, produjo un efecto formidable en los miembros de la junta, quienes inmediatamente dispusieron la retirada del ejército. Empeñóse ésta en buen orden al principio, mas á poco se convirtió en pavorosa estampía, pues faltaba allí un Jerjes que organizase tan peligroso movimiento en las grandes multitudes.

—; El enemigo se retira á toda prisa, gritan los castores desde sus garitas y atalayas ! ; Se van ! ; Huyen ! ; Victoria !

—; Desdichados ! vocifera entonces el anciano consejero, corriendo de fortaleza en fortaleza. ; Desdichados !; el enemigo no huye sino que avanza impetuosamente contra nosotros. Capitulemos !; apresurémonos á proponer capitulación si no queremos quedar á la merced del vencedor !

—Estáis loco !, decían indignados los guerreros jóvenes y fogosos. ; Habéis perdido el juicio, viejo de todos los demonios ! ; No véis que los enemigos van de huida, que á todo correr retroceden !

Así os parece, en verdad, pero es porque no sabéis jota de historia natural, estúpida juventud. Sabed, pues, que los cangrejos tienen la peculiaridad de marchar andando hacia atrás. La bandera de parlamento, ahora mismo, la bandera, ó estamos perdidos !

Así habló, á grandes y penetrantes voces aquel pozo de saber y de prudencia ; y como era natural, impuso su consejo, pues á todos pareció cosa terrible, incontestable, un enemigo que avanzase á reculones.

La bandera blanca fue izada, y partió veloz el parlamentario á proponer la capitulación á los cangrejos, que ya se perdían de vista.

RECTIFICACIÓN.—Ni el aceite de castor se extrae del castor, como lo creyeron los cangrejos y como mucha gente cree, ni los cangrejos avanzan andando para atrás, como los castores dieron por un hecho, y como personas mal informadas lo repiten diariamente.

MORALEJA.—La erudición á la violeta lleva en unos casos al error, en otros al ridículo, y en ocasiones al desastre. Ejemplo de lo último lo ofrece patente este interesante episodio, en el cual se ve que por erróneas nociones en ambos combatientes, los cangrejos perdieron el valor y la vergüenza, y los castores quedaron, si bien ilesos, deshonrados para siempre.

N. BOLET PERAZA.

Nueva York: febrero de 1898.



LA PRIMOGENITA



PETERMANN, ministro de la religión reformada de Lausana, era un hombre austero, que tenía nueve hijas.

En el momento en que comienza esta simple y melancólica historia tenía la mayor de las hijas diez y nueve años y diez la menor.

Eran todas gordas, mórbidas y bien formadas. La naturaleza tiene sus ironías. ¿No habéis notado á menudo que los más graves, serios y pretensiosos sucesores de aquel Calvino tienen las hijas más hermosas y tentadoras? Se dicen enemigos del pecado y tienen hijas que son ocasiones de pecar. Extraños engendros que no son otra cosa que revanchas de la materia sobre el Espíritu, que aseguran la marcha y subsistencia de la humanidad.

Nombres bíblicos tenían las tres hijas mayores de Petermann: llamábanse, Lia, Noemi y Josabeth; las tres siguientes nombres ingleses: Kate, Betsy y Norah, y Leonora, Desdémona y Dorotea se llamaban románticamente las tres más jóvenes.

Todas eran bonitas ó por lo menos graciosas; pero la mayor sobre todo, Lia, era bellísima. Una rubia soberbia, tranquila, serena, que habiendo servido en cierto modo de madre á sus ocho hermanitas, tenía cierto aire encantador de seriedad y paciente dulzura, algo que á la vez inspiraba respeto y confianza. Nada tenía de coqueta, lo cual no podría asegurarse de las otras hijitas de Petermann.

Las nueve hijas del pastor habían hecho, hacían ó se proponían hacer excelentes estudios. Así las mayores tenían ya sus diplomas tan honrosos como podían serlo, y las otras seguían innumerables cursos en los que ocupaban siempre los primeros puestos.

Demás está decir que todas hablaban inglés y alemán, y que no había secreto para ellas en lo que á costura y cocina se refería.

Además M. Petermann, como padre amante y previsor, había desarrollado en ellas el gusto por el arte. Noemi tocaba piano, Josabeth violín, Kate la flauta, Betsy, con su preciosa voz, cantaba con tanto arte como aplomo. Norah era una maravilla en la acuarela y Leonora declamaba con tal arte, que M. Legouvé, el único hombre que sabe leer en este tiempo, no habría tachado nada en su dicción.

Si las dos menores no habían descollado en nada todavía, ya descollarían; M. Petermann lo aseguraba. En cuanto á Lia ella condensaba, reunía en sí misma, todos los encantos distribuidos entre sus hermanas. Aquella Lia, sin aparentarlo, sabía de todo; hasta tocaba el violoncello modesta y maravillosamente . . .

En fin M. Petermann, pensando siempre en el porvenir de sus hijas, las educaba en el temor de Dios.

Aquella era una familia ejemplar; cada cual tenía su talento propio y peculiarmente empleado, como en esos circos ambulantes en que el padre y los hijos componen todo el personal. Y en efecto la familia Petermann hubiera podido ella sola formar un circo; porque sus hijas en el gimnasio, en el evreket y en el lawn-tenis eran tan diestras como en todo lo demás; hubieran podido dar conciertos y hasta fundar una Universidad.

* * *

Pero nada se ha hablado todavía de la señora Petermann, de aquella mujercita flaca y arruga-

da, que hacía tan poco ruido que casi no ocupaba lugar en la casa. Y sin embargo, ella era la madre de aquel grupo encantador de muchachas hermosas, la concha de aquellas perlas. No obstante, cuando llevaba sus hijas á la escuela nadie podría figurarse que de aquel tronco raquítico y seco hubiera brotado aquel manojito de rosas lozanas; que de aquel cuerpo ajado y viejo de institutriz miserable, hubiera surgido aquella pléyade de radiantes hermosas.

Sin embargo, esta persona insignificante, á la vez que fecunda, gozaba de gran consideración en la sociedad protestante. Todo porque era hermana legítima del pastor Agrippa Curchod, una de las gorias de la iglesia reformada, que unía al recuerdo de haber sido un gran liberal-ortodoxo y un santo auténtico, el de haber escrito: una historia del protestantismo en dieciocho volúmenes, una colección de sermones y como cien caricaturas antipapistas sobre la armonía de la razón y de la fe, de la Revolución y de la iglesia, del cristianismo y del libre pensamiento, de Venecia y del Gran Turco.

Y la señora Petermann no pasaba un minuto sin hablar de su ilustre hermano, á quien llamaba siempre "nuestro buen Agrippa;" en tanto que M. Petermann, menos comunicativo, lo llamaba "nuestro santo."

* * *

Ninguna casa más alegre que la de Petermann, pues sus hijas eran encantadoras; hacían alarde de su educación en los idiomas, en la física y en las matemáticas y hasta de literatura hablaban, diciendo, que el suizo Toppert era uno de los escritores más espirituales del siglo.

La familia Petermann recibía á sus amigos una vez por semana; veladas en que se tocaba música, se leían versos y se jugaban inocentes juegos.

Frecuentaban estas reuniones varios jóvenes y entre ellos el doctor Otto Rosenzweig, interesante y tan sabio como todos sus compatriotas; pero á la vez delicado y suave con cierto tinte de soñador. En las reuniones no desamparaba á Lia, y en los juegos en que se dividía el campo en dos partidos, si Lia dirigía el uno él presidía el otro. Toda su atención se concentraba en Lia; con ella hablaba de todo; llamábala la "señorita Razón," en tanto que á las demás hermanas las trataba como niñas, inclusive Noemi, una loquilla que se complacía en hacerse con él la niña mimada.

En el corazón de Lia se despertó un amor profundo por Otto. En los conciertos sólo por él ejecutaba el instrumento, diciéndole con la voz profunda de su violoncello lo que no osaba expresarle de palabra.

El día en que el padre de Otto, en traje de ceremonia, solicitó de los padres Petermann una entrevista particular, experimentó Lia estremecimientos de júbilo, esperando con ansiedad y confianza el término de la visita.

Y terminada ésta, partido que hubo el padre de Otto, preguntóle solícita á su padre: ; Consentís, padre mío?

—Tú lo sabías? contestó M. Petermann: porque tanto tu madre como yo nos figurábamos que era por tí que él visitaba la casa.

—Y hé aquí, agregó la señora Petermann, que nos pide para Otto la mano de Noemi. Yo no me explico esto. Tú habías notado algo, Lia?

—En fin, reflexionaremos; rogaremos á Dios que nos ilumine, dijo el pastor cerrando los ojos.

—Amigo mío, exclamó la mujer de Petermann, yo me hago siempre la misma pregunta: en idéntica circunstancia que hubiera dicho, ¿qué habría hecho, nuestro buen Agrippa?

* * *

Un mes estuvo Lia melancólica y enferma; y cuando empezó á mejorar celebráronse ale-



DESCANSO. — Cuadro de Camilo Bellanger

grememente los desposorios de Otto y Noemi, yéndose la feliz pareja á Berna donde aquel había sido nombrado profesor.

Reabriéronse alegremente las veladas de Petermann. Continuaba Lia presidiendo los juegos de salón, y haciendo gemir en los conciertos las cuerdas de su violoncello; pero tan tristemente que daba compasión.

Un día, uno de los amigos de Petermann presentó en la casa á un joven pintor francés, arrogante, jovial, lleno de vida, llamado Pierre Charbonneau, y que en sus artículos de costumbres se firmaba: Petrus Carbounel.

Petrus fue bien pronto uno de los más asiduos y familiares asistentes á la casa. En ella atendía preferentemente á las hermanas menores; apenas hablaba con Lia, á quien miraba á hurtadillas.

—Me tenéis miedo, señor Petrus? díjole ella alegremente un día.

—Sí, señorita, respondió él simplemente: sois tan hermosa! . . .

Y Lia empezó á soñar, á construir sobre aquella frase ambigua un idilio amoroso. Para ella no había duda; Petrus la amaba; su conducta era precisamente contraria é inversa á la de Otto, y lo que era por su parte ella se sentía también dispuesta.

Pero al día siguiente Josabeth la llamó aparte y en tono de misterio le dijo:

—Tengo que confiarte un secreto: Petrus me ha dicho que sería feliz si me casara con él, si consentía en ser su esposa. Tú que eres sabia y prudente, qué me aconsejas? qué debo yo hacer?

Lia se puso un poco pálida y le dijo:

—Y tú amas á Petrus, Josabeth?

—Creo que sí lo amo.

Lia en esta ocasión no se enfermó, pero la noche del matrimonio de Josabeth tenía los ojos irritados . . .

Algún tiempo después visitaba á la familia Petermann un joven protestante, llamado Ary Mikils, recién salido de la Facultad de Teología é hijo de amigos antiguos de la casa. Tenía bellos bigotes sedosos y era al mismo tiempo circunspecto y jovial. A Lia le agradó desde el primer momento aquella gravedad precoz y aquel equilibrio de la razón en un hombre tan joven. Pero ella había tomado ya una resolución: no volver á amar á nadie.

Mikils tenía el dón de adaptar sus palabras y maneras á la edad, sexo y condición de las personas con quienes conversaba.

Así, era paternal y alegre con Leonora, Desdémona y Dorotea; alegre y respetuoso con Norah, Kate y Betsy; respetuoso y galante con Lia. Y esta comenzó á pensar y á decirse: es un hombre correcto; no tiene, ni de Otto la engañosa insinuación, ni de Petrus la excesiva reserva, quizás no sea como ellos tan cruelmente indiferente.

Elocuente, como un chubasco de otoño, fue el sermón que, en la iglesia evangélica, pronunció M. Mikils sobre el liberalismo de Jesucristo, á quien unas veces llamaba Cristo y otras Jesús.

Y al presentarle Lia sus cumplidos, díjole:

—Nada más satisfactorio para mí que contar con la aprobación y el aplauso de un alma tan santa como la vuestra. Y, creedmelo! sólo por vos he hablado.

Aquello encantó á Lia; pero ese mismo día sorpendió en un corredor á M. Mikils besándole las manos á Kate, que indolentemente se oponía.

En esta ocasión Lia ni siquiera palideció. Y al día siguiente, entre caricias y ternuras reprendió fuertemente á Kate, haciéndole ver

la enormidad de su falta. Aconsejada por su hermana mayor, y llena de contrición, se arrojó Kate á los pies de M. Petermann confesándole su amor y su crimen. Tres semanas después era Kate la esposa venturosa del pastor Mikils.

Trascurrió un año entero sin que ningún pretendiente serio se presentara casa de M. Petermann. Tenía todavía cinco hijas casaderas (sin contar á Lia,) y aunque todas eran bonitas y bien educadas, él no podía dotarlas sino con veinte mil francos á cada una, lo cual era bien poco para los tiempos que corren.

En tal emergencia la señora Petermann se preguntaba: "¿Qué hubiera hecho nuestro buen Agrippa en caso análogo?" No hay duda de que alguna voz interior le contestó, porque una mañana de primavera la doméstica tribu preparó sus equipajes y partió á hacer un gran viaje de exploración. Paseó M. Petermann su turba femenina por todas aquellas ciudades en que existían parientes ó amigos. Esta gira turística correspondió á maravilla. En Montauban conquistó Betsy un abogado; Norah unió su suerte á la de un comerciante del Havre; Leonora se casó con un médico de Strasburgo, y Desdémona con un profesor de la Universidad. El viejo Petermann bendecía al Señor y bajo su espesa barba de macho cabrío sonreía lleno de satisfacción.

Pobre Lia! cada vez que se había presentado un nuevo candidato en la casa había creído que ella era el motivo; y en cada ocasión había recibido un nuevo y doloroso golpe en lo más íntimo de su corazón. Y era tanto más desgraciada cuanto que todo el mundo la tomaba por confidente y consejera de sus aventuras, considerándola como una persona de extraordinaria prudencia y muy por encima de las pasiones humanas. Pero ella no hablaba, y sólo en las veladas musicales era que daba,

en las notas de su violoncello, la expresión de sus crueles torturas íntimas.

Y por qué, se preguntaba, no me he casado yo? Quién lo sabe? Quizás por la razón simple de que el primer pretendiente escogió por esposa á la menor de todas, y los demás siguieron el mismo proceso, ir de menor á mayor. Lia era la hermana mayor, el ángel custodio de la casa, la segunda madre, una especie de tía; era tan bella, tan perfecta, tan bondadosa, tan sencilla, tan exenta de pretensión y coquetería, que quizás la misma admiración que inspiraba impedía que se la amase como mujer.

**

Lia regresó á Lausana con su única hermana soltera Dorotea. Se entretenía en tejer escarpines para los sobrinos, que ya pululaban, y como ferviente cristiana que era, leía, con devota asiduidad, los libros santos, y concibió la idea de hacer un cuaderno de trescientas sesenta y cinco páginas, para escribir al principio de cada página un versículo de las santas escrituras. Este cuaderno estaba destinado á sus sobrinos para cuando tuvieran uso de razón; y entonces debían escribir bajo el texto bíblico las reflexiones piadosas que el versículo les hubiera sugerido. Así pasó un mes Lia, copiando y recopiando aquel cuaderno de meditaciones . . .

Al fin se cansó; sus sobrinos, á pesar de que los quería y por ellos trabajaba, le repugnaban . . . Pero de nadie hacía conocer su pena recóndita; las notas de su violoncello eran las únicas quejas que surgían de su corazón lacerado . . .

**

Presentóse entonces en la casa Petermann, frecuentándola con gran asiduidad, M. Müller, un hombre serio, ya maduro, que asediaba á Lia con atenciones y cumplimientos. Hablábale á menudo de las tristezas é inconvenientes del celibato; y por ciertas reticencias y suspiros de la conversación comprendió Lia que él la deseaba por mujer.

Por supuesto que era incapaz de inspirarle á ella una pasión viva, pues era algo viejo (tenía cuarenta y cinco años y ella veintiseis;) sin embargo, ella le tenía gran estimación, y pensando además que con un hombre tan correcto no podría ser desgraciada y que llegaría quizás hasta á ser madre, deseaba con ahínco que él le declarara sus sentimientos. Esto no se hizo esperar. Un día que se encontraron solos en el jardín, M. Müller, haciendo un prodigio de valor, comenzó así:

—Señorita, necesito de toda vuestra indulgencia para hacer una petición de las más delicadas. Ya yo no soy joven pero estoy todavía vigoroso y sólido, gozo de ciertas consideraciones entre mis conciudadanos y tengo algunos bienes de fortuna. Me siento en capacidad de amar profunda y tiernamente. Creéis que alguna mujer puede ser feliz conmigo?

—Yo lo creo! respondió Lia bajando los ojos.

—Pero hé aquí, agregó M. Müller con embarazo, que Dorotea es demasiado joven . . . Creéis que ella consienta en ser mi esposa! . . .

**

Lia comunicó á Dorotea la proposición de M. Müller; y la tontuela, que apenas tenía diez y seis años, al saber que un hombre tan considerable, miembro del Consejo federal, se hubiera fijado en ella, no cabía en sí de gozo.

—Piénsalo bien y reflexiona, le dijo Lia, M. Müller tiene cuarenta y cinco años.

—Y á tí qué te importa!, le contestó Dorotea. Esa es envidia que me tienes! Tú quisieras arrebatarlos todos nuestros maridos!

Esa noche estaba Lia invitada á un baile casa de un rico comerciante de Lausana. Profundamente pálida lucía, en medio á su traje rosa. Sin advertirlo siquiera bailó varias ve-

ces con un arrogante húsar francés; y lánguida como estaba abandonábase melancólicamente en los brazos de su pareja, sin notar que la estrechaba algo más de lo conveniente.

Mientras duraba el valse murmurábase el húsar al oído palabras enloquecedoras:—Sois incomparablemente hermosa y quisiera amaros con locura. . . .

Los ojos de Lia brillaban con intensos fulgores; toda su fisonomía se iluminó. Aquello no duró sino un instante: bruscamente se arrancó de los brazos del húsar, sin articular una palabra.

**

Cuando entró en su alcoba, abrió la ventana, y sudorosa y jadeante púsose de codros en ella. Una desesperación inmensa invadió su alma. Llegó hasta desear la muerte; pero cuando vino á su memoria la extraña declaración del húsar, aquella pobre niña tan juiciosa se dijo para sí: "Quién sabe! . . . Puede ser!"

Y entonces y por primera vez surgió á sus labios esta ironía:

—Qué haría en mi lugar nuestro buen Agrippa?

Súbitamente sintió que el frío de la noche azotaba sus espaldas y se acostó con fiebre ya.

En tres días la arrebató una pulmonía, y murió sin decir una palabra.

**

Al regresar del cementerio decía á Petermann el pastor Winkelmann, en medio á vuestra desgracia tenéis un consuelo, el de que vuestra hija murió cristianamente, con admirable resignación.

JULES LEMAITRE.

ANZOÁTEGUI!

Á TOMÁS HERNÁNDEZ.

Pasaste como rayo, como sueño: fue tu sublime, arrollador empeño torbellino de luz para la Historia: como tu vida, fulguró tu espada; y sucumbiste en la feliz cruzada, ungido por el dios de la victoria.

Tú fuiste siempre un triunfador, un grande; tú domeñaste la altivez del Ande, al lado de Bolívar prodigioso; tú supiste luchar con fe en la idea, y al par que en el consejo, en la pelea, te revelaste digno del coloso.

La histórica ciudad, la veterana, la que supo inmolarse, sobrehumana, en la suprema lid del patriotismo, esa tu patria egregia: Barcelona! que hoy con orgullo maternal pregona la heroica intrepidez de tu civismo.

Te partiste hasta el Sur, como un cometa, y "San Félix" te vio gallardo atleta dar nuevos timbres á la patria mía: y toda Venezuela, conflagrada, te contempló, cual vívida alborada, por el oriente de radioso día!

Al gran Bolívar, que admirarte supo, la insigne gloria de ceñirse cupo ígnea corona que alcanzó tu mano; pues fuiste en la comarca granadina espada prestigiosa que fascina, y corazón de aliento soberano.

Puente de Boyacá! sagrado puente por do pasó la valerosa gente que Bolívar condujo á la victoria!.....

Allí, cual Nelson, triunfador caíste! allí corrió tu sangre! allí supiste dar á Colombia libertad y gloria!

Oh, prócer! oh, mimado de la suerte! te salió al paso deslumbrante muerte, brillando aún tu juvenil aurora..... más Boyacá tu patriotismo aclama, y, con Bolívar, redentor te llama, y con eterna gratitud te adora!

Oh, prócer! oh, magnífico guerrero! tu noble patria, con fervor sincero, quiere en el bronce eternizar tu fama! tu fama, que es crisol que nos depura! tu fama, que es un astro que fulgura, y savia y vida por doquier derrama!

Dichoso tú que tu misión cumpliste! esfuerzo y sangre por la patria diste, y fue propicia tu sublime ofrenda: nosotros, que tus glorias veneramos, ay! entre nieblas de discordia vamos, y no salimos de la obscura senda!

ENRIQUE PEREZ VALENCIA.

DILEMA

(POR MANUEL BUENO)

(BILBAO)

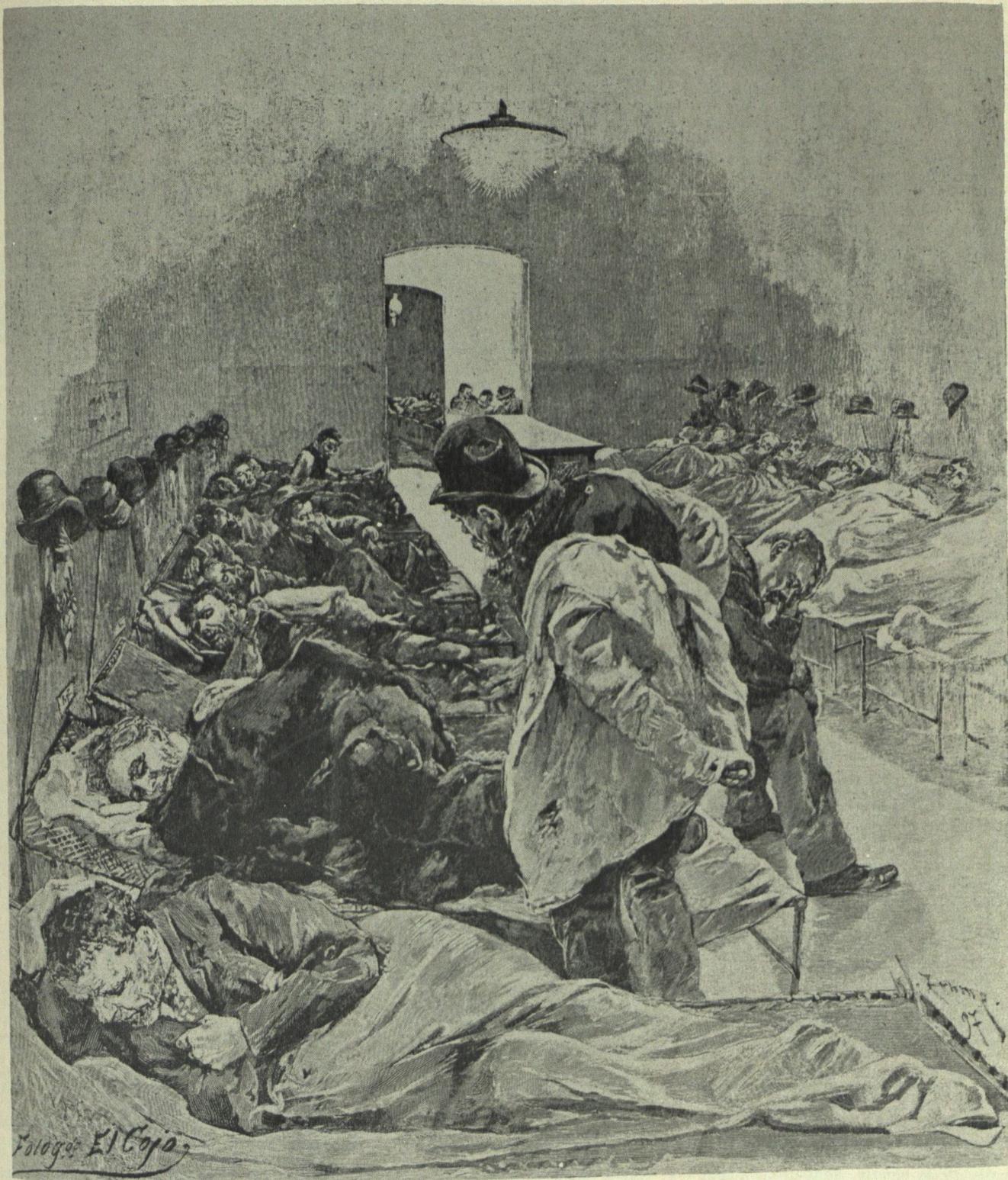
I



NA tras otra, desfilaron por delante del lecho del enfermito, con leve taconeo amortiguado en la alfombra que pavimentaba la alcoba, hasta ocho lumbreras de la ciencia de curar; lo más granado del protomedicato. Escarbando en el cerebro, atiborrado de viejas fórmulas terapéuticas, ninguno de los médicos dio con la idea salvadora. Tentativas, ensayos de experimentación que consistían en

aplicar al enfermo los procedimientos curativos de invención más reciente, aquellos que, expuestos en las revistas y admitidos como valederos y eficaces por media docena de médicos, no han alcanzado aún la sanción total de los sabios; todo en vano; el niño se moría. Se moría, á menos de no impedirlo Dios con un milagro.

El pronóstico del doctor Fernández Salgado, joven médico tenido, en justicia, como una gloria de la patria medicina, no dejaba el menor resquicio abierto á la esperanza. "Se trata, señores,—dijo el doctor Fernández Salgado á sus compañeros, en la última consulta,—de un caso gravísimo. La enfermedad, muy acertadamente diagnosticada en sus prodromos, por mi ilustrado compañero el doctor Bortal (éste hace una inclinación de cabeza), empezó siendo crup diftérico. La época del año—el mes de Abril—la más propicia al desarrollo de este linaje de padecimientos, la edad del niño enfermo—cuatro años—y sus antecedentes patológicos, que nos le ofrecen como una víctima de frecuentes catarros, hacían recelar que el mal no podría ser contenido dentro de los límites de un simple crup. La enfermedad se ha agravado, y hoy estamos enfrente de un caso de difteria séptica, caracterizada como todos sabemos, por la ingerencia en la sangre, de los productos descompuestos de las falsas membranas y de



ASILO DE NOCHE, EN BERLÍN

los tejidos; y mucho me temo, que ese principio de colapso, unido á la paresia cardiaca que hemos notado en el enfermo, acaben, de aquí á la noche, con su vida..."

II

El hombre, el padre, estaba solo; la compañera faltaba años há. Huyó del nido llamada por la muerte, que la arrebató del hogar en edad temprana, y á los once meses justos de sus desposorios. En aquel trance, el hombre creyó morir. Hecho ya á la dulcedumbre del amor léito, gozado en las intimidades de aquel hogar, á la sazón

abandonado y silencioso, la pérdida de la compañera, solidaria afectuosa en la obra mancomunada de crear una familia, laceró profundamente su corazón. Cuando se llevaron su cuerpo—él lo recordaba todavía—sintió el hombre algo así como un inmenso desgarrón en sus entrañas, como si la muerta se llevase algo que integraba el sér del esposo que dejaba. Al cabo—obra del tiempo—la herida dejó de manar sangre; el hombre se resignó á medias, porque la compañera, al ausentarse para una eternidad, dejaba un niño que debía perpetuar la unión de los esposos á través de la muerte.....

Y ahora, el niño se moría; allí, á cuatro pasos, sin que humano poder fuera bastante á impedirlo. La difteria, la maldita difteria tenía agarrotado en el lecho, á cuya cabecera velaba la abuelita. En un ángulo de la alcoba, recién sahutada con romero y hojas de laurel, el padre, arrellanado en una butaca, meditaba, si es posible meditar cuando un soplo de locura barre del cerebro, á modo de escoria, todo lo que puede convertirse en ideas.....

Era media tarde. Más que de primavera tenía de invernal el día. La tonalidad plomiza del cielo, comunicábase á las almas.

Allá, con la puesta del sol, moriría el ángel; cosa segura. La ciencia, antes de alejarse de aquella casa, habíalo pronosticado.....

Entre cinco y seis de la tarde, la hora del crepúsculo, el niño empezó á rebullirse; el cuerpecito, agujoneado por el dolor, estremeciéndose sacudido por la calentura. Las manitas, gordas y tersas, querían clavarse en el cuello duro y rígido, pretendiendo arrancar de allí algo que atenaceaba, algo que quemaba cerrando el paso al aire que nutre los pulmones..... Era la agonía.

III

...Dios de Dios, déjame el niño, aulló el padre, rompiendo en un sollozo... ¡Ah, la fe! La fe nativa, la fe recibida con las primeras ternuras maternas, no se había del todo apagado en el viejo corazón. No siempre el olvido es muerte definitiva. Algo sobrevive á las angustias del espíritu solitario, preso en la cárcel de la vida, en medio de las sollicitaciones de la carne glorificada, de la maldad triunfante... ¡Ah, la fe! Emanación divina, infunde alientos de virtud hasta en el malvado, porque la fe, es confianza en las propias fuerzas y la confianza en el propio valer, á par que engendra el contento de vivir, tiñe con las coloraciones de la victoria el horizonte lejano.....

El hombre, el padre, era un ignorante. Contratista de minas, enriquecido á costa de muchas vidas, su educación, puramente fragmentaria, se fundaba en media docena de periódicos, leídos aquí y allá, en el tráfigo de su inquieta vida de negociante, que todo lo reduce á numerario. La esfera intelectual en que había transcurrido lo más de su vida, le vedaba el monopolio de las ideas grandes, esas ideas á cuya formación concurren la observación directa y personal, y el libro. Algo y no poco le humanizó el matrimonio, purgándole de cierta rudeza primitiva, que le hacía aparecer hosco y antipático en sociedad, pero, en el fondo, quedaba siempre el contratista de minas, hecho á ver sin horror el cuerpo de un hombre lanzado al espacio, al estallar un barreno, entre una lluvia de piedras.

Ya enriquecido, aburguesado en la vida muelle del que á vuelta de muchos años de azares, se retira á su casa con el riñón cubierto de oro, intentó ganar en cultura, ejercitando su espíritu en la contienda intelectual que provoca el libro. Vano empeño; la tosquedad nativa prevaleció por cima de todo. Siguió tan zafio como antaño; siempre el contratista de minas.....

IV

Ignorante y todo, su corazón se abrió á la fe. El, quería la vida del nene, á trueque de la suya propia, á cambio de todo, de todo. Y los hombres, los sabios, no podían darle esa vida. Entonces, pensó en Dios. Allí cerca, en la habitación inmediata, en el cuarto de la muerta, nido de amores en otro tiempo, había un Cristo tallado en madera, bajo un dosel de terciopelo granate. Enfrente, *pendant* á la imagen del Hombre-Dios, estaba el retrato de la compañera, la madre del niño que agonizaba.....

Al penetrar en aquella habitación, cerrada lo más del año, en la cual, sólo á él le estaba permitido poner los pies, un vaho suave de violeta, el perfume favorito de la esposa muerta, orecó el rostro del atribulado padre, aliviando su corazón. Se sentó cerca del lecho, y la vista de aquel mueble le trajo á la imaginación el recuerdo de los honestos placeres de su vida conyugal; reclinó la cabeza sobre los cojines, y puso los ojos en Jesús..... En torno, el silencio.....

No fue oración vocal; los labios no se

movieron. Una conversación muda, sostenida en la región de lo inmaterial, por las almas del hombre y su esposa, con Cristo, cuyo costado herido sangraba aún... El hombre hablaba con la compañera ausente; y ésta, libre ya de terrenas máculas, hablaba con Dios. La vida del nene—decía el hombre angustiado—su vida á cambio de la mía, á cambio de todo. Y la esposa, la madre muerta, trasladaba la petición á Quien podía rechazarla.....

La intercesión de la compañera, no fue vana. Dios, todo misericordia, consentía que el niño viviera; pero, exigía sacrificios del padre, y más todavía del contratista enriquecido á expensas de los pobres. Todo ese capital—decía el Señor—fruto de una larga expoliación, debe ser restituido á los desdichados que lo amontonaron sudando sangre, para un hombre sin entrañas... Muchos niños como el tuyo agonizan de hambre, y si yo salvo la vida de tu hijo, justo y legítimo es, que tú salves de la miseria á esos infortunados retoños. Muchas madres me piden amparo, como tú, para sus hijos; esas mujeres tienen sus compañeros en las minas, en las fábricas, en los andamios; la conquista del trozo de pan, cuestales á veces la vida. Ya ves tú si son desdichados.....

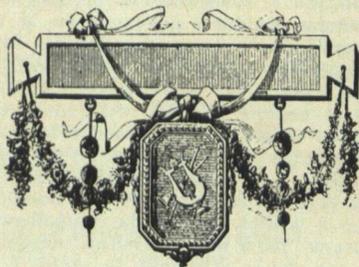
El contratista era padre, y era hombre, y antes de aceptar la divina proposición, vaciló un minuto. Vio la mina, sepulcro innominado de muchos hombres, la mina á la que tendría que volver para procurarse el alimento indispensable á la vida; vio al pequeñito sano ya, pero, víctima propiciatoria de la familia, con los pies desnudos, rodando en el arroyo, como ruedan los niños de los pobres, con los vestidos hechos guñapos, con las caritas pálidas manchadas del barro de la calle... La abuelita, la madre de la muerta, en lo más avanzado de una senilidad sin amparo, condenada á morir en brazos de la caridad reglamentada de un asilo, y finalmente, vióse él, dando barrenos en la cantera, en aquella cantera matadora inconsciente de hombres...

El dilema era atroz, terrible, como impuesto por el Dios del Sinaí, el Dios que dará á cada uno lo suyo.....

En aquella rápida sucesión de visiones internas, sintióse desfallecer el pobre hombre. El alma humana, derivación perfeccionada del instinto, revelábase en toda su innoble pequeñez. Dios pedía mucho, era demasiado exigente, demasiado cruel; aquel pacto era inadmisibile... ¡No! ¡No! gritó enloquecido el contratista, avanzando con los puños cerrados hacia el Cristo colocado sobre el dosel granate... ¡No! prorrumpió, en un estado frontero entre la lucidez y la locura, mirando con extraviados ojos la imagen de su esposa muerta... ¡No! antes morir, morir todos, el nene, yo, la vieja, todos, todos... pero volver á la mina, eso no, jamás.....

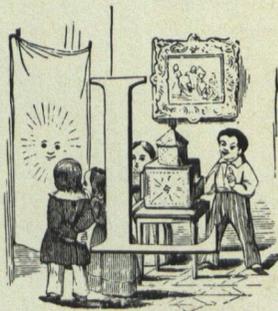
No pudo continuar; la abuela entró para decirle que el niño había muerto. Corrió, tambaleándose, para besar al pequeño. Antes se volvió. Miró á Jesús con dureza, con expresión de protesta dolorida.

Cristo, sonrió compasivamente.



El cielo ultra-sensible

(PÁGINAS DE TEÓFILO GAUTHIER)



AS palabras humanas no pueden expresar la sensación de un alma que, libre de su prisión corporal, pasa de esta vida á la otra, del tiempo á la eternidad, y de lo finito á lo infinito. Mi

cuerpo en absoluto inmóvil y ya revestido de esa blanchura mate, libre de la muerte, yacía sobre su fúnebre lecho, rodeado de religiosas en oración, y yo estaba tan desprendida de él, como la mariposa de la crisálida, cáscara vacía, despojo informe, abandonada para abrir sus jóvenes alas á la luz desconocida y repentinamente revelada. A una intermitencia de sombra profunda, había sucedido un deslumbramiento de esplendores, un ensanche de horizontes, una desaparición de todo límite y todo obstáculo, que me embriagaban de indecible alegría. Las expresiones de los nuevos sentidos me hacían comprender los misterios impenetrables al pensamiento y á los órganos terrestres.

Desembarazada de esa arcilla sometida á las leyes de la gravedad, que antes me sujetaba, me lancé con loca jovialidad en el éter insondable. Las distancias no existían ya para mí, y mi simple deseo me llevaba donde yo quería ir. Trazaba grandes círculos con un vuelo, más rápido que la luz á través del vago azul de los espacios, cruzándome con enjambres de almas y espíritus.

Una luz que chispeaba, brillando como el polvo del diamante, formaba la Atmósfera; pronto advertí que cada grano de este brillante polvo era un alma. Se dibujaban en él, corrientes, ondulaciones, remolinos, curvas, cual en ese polvo impalpable que se extiende sobre las tablas armónicas para estudiar las vibraciones sonoras, y todos esos movimientos causaban en el esplendor recrudescencias de brillo. Los números que las Matemáticas pueden dar al cálculo, sumergiéndose en las profundidades del infinito, no podrían con sus millones de ceros agregados al enorme poder de la cifra inicial, dar una idea, siquiera sea aproximada, de la asombrosa multitud de almas que componen esta luz, tan diferente de la luz material como el día de la noche.

A las almas que habían pasado ya por las pruebas de la vida, desde la creación de nuestro mundo y los otros universos, se unían las almas en expectativa, las almas vírgenes, que esperan su turno para encarnarse en un cuerpo, sobre un planeta cualquiera. Había bastantes para poblar durante millones de años todos estos universos, expiación de Dios, que debe reabsorber, trayendo hacia sí su soplo, cuando se cause de su obra.

Estas almas, aunque desemejantes en ciencia y aspecto, según el mundo que debían habitar, á pesar de la infinita variedad de sus tipos, recordaban todas el tipo divino, y estaban hechas á imagen de su Creador. Tenían por elemento constitutivo la chispa celeste. Estas almas son blancas como el diamante; otras coloradas como el rubí, la esmeralda, el zafiro, el topacio y la amatista. Por falta de otros términos, que no pudieras comprender, empleo estos nombres



IGLESIA DE SAN JOSÉ, DE PORT-AU-PRINCE — (Haití) — Antes del incendio

de pedrería, guijarros, cristales opacos, tan negros como la tinta, y que los más brillantes no son sino manchas sobre este fondo de vivos resplandores.

De cuando en cuando pasaba algún Ángel superior llevando una orden de Dios, atravesando el infinito, haciendo oscilar los universos con las palpitaciones de sus inmensas alas. La Vía Láctea, extendiéndose por el cielo, es río de soles fundidos. Las estrellas que yo veía bajo su forma y tamaño verdaderos, en su enormidad, de la cual la imaginación del hombre no podría formarse ninguna idea, brillaban como llamaradas inmensas. Detrás de ellas, y entre sus intersticios, en profundidades cada vez más y más vertiginosas, distinguía otras y otras todavía, de manera que no había fondo por ninguna parte del firmamento, y que hubiera podido creerme encerrada en el centro de una prodigiosa esfera, toda cuajada de astros. Sus luces blancas, amarillas, verdes, rojas, azules, tenían tal intensidad, que á su lado parecía negra la claridad del sol; pero que los ojos de mi alma soportaban fácilmente. Iba, venía, subía, bajaba, recorría en un segundo millones de leguas á través de luces de aurora, de reflejos de iris, de irradiaciones de oro y plata, de fosforescencias diamantinas, de fugas estelares, de todas las magnificencias, todas las beatitudes y todos los arrobamientos de su luz divina.

Yo oía claramente la música de las esferas, cuyo eco llegó á los oídos de Pitágoras; los numerosos Misterios, ejes del universo, marcaban el ritmo. Con un sonido armonioso, potente como el trueno y dulce como la flauta, nuestro mundo, arrastrado por su astro central, giraba lentamente en el espacio, y yo abarcaba de una sola mirada los planetas, desde Mercurio hasta Neptuno, describiendo sus elipses acompañados de sus satélites. Una intuición rápida me revelaba los nombres que tienen en el cielo. Yo conocía su estructura, su pensamiento, su objeto; ningún secreto de su vida prodigiosa me era desconocido. Leía como en un libro abierto, en ese poema de Dios que tiene soles por letras. ¡Ah! ¡si me fuera dado explicar algunas páginas! Pero tú vives todavía entre las tinieblas inferiores, y tus ojos cegarían ante estas claridades fulgurantes.

IGLESIA DE SAN JOSÉ, DE PORT-AU-PRINCE — (Haití) — Después del incendio
(Véase sección de "Nuestros Grabados")

La carta perdida

(POR PAUL ROUGET)

I

—...Y el día en que nos casamos, Juan, cuando hacíamos el camino de la quinta á la aldea, el ojiacanto estaba en flor y todo lo perfumaba. ¿Te acuerdas?

—Me acuerdo, Rosina.

—Cuán azul estaba el cielo! Nunca he visto primavera más hermosa que la de aquel año; jamás los cerezos, ciruelos y manzanos, habían florecido tanto, ni los pájaros cantado de aquel modo en los huertos. Te acuerdas?

—Sí; respondió. Y dijo á su vez:—Rosina, de eso hace ya cuarenta años. Yo tenía veintiocho y pronto tendré setenta: tú te acercas á los sesenta, lo cual no impide sin embargo conservar los recuerdos. Vuelvo á

ver como si fuera hoy á todos los invitados tu padre, mi madre, el viejo tío Fermín, alegre y decididor..... Y las campanas, todavía oigo las campanas que celebran nuestras bodas. ¿Las oyes tú también?

—Sin duda. Era el viejo Noidant quien las repicaba; y todos los demás al salir de la prefectura disparaban sus fusiles, lo cual me daba miedo. ¿Te acuerdas como me apretaba contra tí?

El la dirigió una larga y dulce mirada:

—Me acuerdo, dijo.

En la terraza del jardinillo, tomando el café después de comer, el señor y la señora Mirenet se entretenían recordando las cosas pasadas, y súbito enternecimiento precipitaba los latidos de sus corazones y enrojecía un poco sus amarillentas y apergaminadas mejillas.

Allá en el horizonte el sol desaparecía entre nubes de rosa; y del campo, que se oscurecía poco á poco, se levantaban melancólicos rumores: gritos lejanos, el distante toque del Ave María, sordos gemidos de un carruaje traqueteando en el camino hondo.

Ella prosiguió:

—Veo todas esas cosas como si hubiesen sido ayer. No puedo creer que daten de casi medio siglo. Ah! la vida pasa pronto cuando uno se acuerda y se comprende. Y nosotros siempre hemos estado de acuerdo ¿verdad, Juan?

En los arrugados labios de éste se dibujó una sonrisa:

—Seguramente. Aunque, después de todo, no éramos ricos, la dicha nos seguía á todas partes. Los escudos no nos estorbaban, lo que no impedía que tuviéramos buenas esperanzas cuando establecimos nuestra tienda de mercadería en Langres. Y con razón, puesto que supimos hacerla prosperar y alcanzamos la comodidad y el derecho de reposar ahora en esta casita.

—Nada se tiene sin pena—dijo ella—y luego añadió:

Contra nuestra buena armonía nadie puede decir nada: yo te he amado siempre como el primer día y creo que por tu parte ha sucedido lo mismo; y su voz tembló al pronunciar las últimas palabras.

El fingió no haberlas oído; pero se estremeció y permaneció con los ojos bajos como si estuviese bajo el peso de súbita tortura.

Hubo un espacio de silencio: la anciana ha

bía acabado de beber el café que perfumaba su taza y continuaba mirando á su marido con sus ojos los morenos, brillantes todavía entre los arrugados párpados.

Y como el silencio se prolongase, continuó: Por qué no me respondes? ¿por ventura te han hecho daño las palabras que acabo de pronunciar?

II

De repente el viejo levantó la cabeza. Rosina, murmuró trémulo, puesto que estamos en el capítulo del pasado, fuerza es que te confiese algo penoso y grave.....

La anciana pareció muy sorprendida, y, sin embargo, una sonrisa ligeramente irónica, apenas visible, muy rápida, se deslizó en sus labios.

—Algo penoso y grave, ¿has cometido un crimen?

—No; pero he estado á punto de cometerlo, no he sido, pues, menos culpable.

—Jamás me habías hablado de semejante cosa.

—No podía... si tú supieras.....

—Estás lleno de misterios: temas á los gendarmes? y al decir esto se burlaba.

—No te chancées, te lo ruego, porque es serio.....

—Y contra quien iba dirigido ese crimen?

—Contra tí, Rosina. Oh! me perdonarás porque eres buena, y además hace ya tanto tiempo. Ves? prefiero no guardar el secreto. Soy viejo, puedo irme de un momento á otro y necesito tener limpia la conciencia.

—Qué has hecho, Dios mío.

—He estado á punto de engañarte.

—Oh, oh, eso es grave en efecto, señor mío.

—El se apresuró á añadir:—Pero no te he engañado, tranquilízate... Sólo tuve la intención, el deseo, y juzgo que una falta es casi tan grande.....

—Ciertamente.

El semblante de la anciana parecía hacerse cada vez más severo.

—Ah! el señor era veleidoso, el señor pensaba en otras, el señor la echaba de galanteador mientras que yo, cegada por el amor, no le veía sino á él siempre, siempre.....

—Rosina, Rosina, no digas por Dios eso;... mi falta, mi locura de una hora, no se ha removido jamás... Y vas á ver que no soy tan culpable como supones.

—Explíquese usted, señor mío, y no trate de engañarme.

La sombra crecía más y más; el crepúsculo como impalpable llovizna de ceniza gris, caía lentamente, ahogaba el paisaje y poco á poco lo borraba.

III

Después de haber tosido dos ó tres veces para afirmar su voz, el anciano comenzó así su confesión:

—Hacia seis años, Rosina, que nos habíamos casado y hasta entonces te había amado tiernamente, sin que por un minuto siquiera me ocurriera la idea de que podía amar á otra mujer.

Te acuerdas de que para aquella época teníamos buena amistad con los Pourot, sombrereros de la calle de las Hadas. Debes acordarte también de que en su casa hicimos conocimiento con una de sus parientes, joven viuda que iba á menudo á visitarles y que se llamaba Margarita Remercier. Era aquella mujer la que debía perderme.

Pude notar desde las primeras ocasiones en que nos encontramos, el modo singular con que me miraba, pero no le dí importancia alguna á aquel hecho; sólo que un día en que fui casa de los Pourot, no sé con que objeto, encontré sola á aquella mujer y permanecí en su compañía.

Era alegre, viva y complaciente, y, á fe, que comprendí claramente que yo agradaba á la viudita.

Todo hombre, cualquiera que sea, no puede menos de sentirse feliz y lisonjeado cuando una mujer le manifiesta deferencia. Sin embargo, te lo juro, no me ocurría la idea de traicionarle. Respondí á la señora Remercier que mi corazón no me pertenecía ya y que no debía amarla.

Pero ella no se desanimó. Después de muchas tentativas supo volver á encontrarse sola conmigo, suplicándome que no rechazase su ternura. Diríase que había hecho la apuesta de despedazar mi dicha, de dividir nuestro querido hogar.

Una noche en el café del Comercio el mozo deslizo una carta en mis manos: era de la señora Remercier. Me decía que estaba resuelta á todo si no le respondía, si no aceptaba la cita que me daba.

Me mataré, escribía.

Hoy tengo la certidumbre de que había exageración en aquella carta, pero en el momento la juzgué sincera. De modo, pues, que era verdad: aquella mujer me amaba! Y yo le destruía el corazón, iba á ser quizá la causa de una desgracia!

Oh! Todavía pensé mucho en tí, Rosina, en todo lo que te había jurado, y, en el fondo, me decía que era necesario resistir, que no responder era mi deber.

Pero: ah! Momentos hay en que el deber se olvida y el espíritu malo se impone.

Respondí la carta brevemente.

En pocas líneas avisé á la señora Remercier que asistiría á la cita; y aun tuve la debilidad de terminar diciéndole que le enviaba un beso.

Después cerré la carta y la metí en el bolsillo prometiéndome dejarla en el correo aquella misma noche.

Toda la tarde fui y vine por el almacén y la trastienda como si estuviese extraviado. Por fin á la caída de la noche salí, como acostumbraba hacerlo, y me dirigí á la Administración de Correos. Pero cuando fui á buscar la carta para echarla en el buzón, advertí que no la tenía en el bolsillo.

La había perdido... ¿Cómo?... No lo sabía ni podía saberlo.

Inmediatamente me corrió por el rostro un sudor frío. Seguramente la había encontrado uno de nuestros dependientes, y quien sabe si iba á servirse de ella para prevenirme.

Cuando regresé tuve necesidad de hacer un rudo esfuerzo de voluntad para aparecer tranquilo, para no dejarte sospechar nada; me sentía como sobre carbones encendidos.

Durante los días subsiguientes no se calmó mi zozobra; á cada momento me parecía que ibas á saber la noticia fatal; á enterarte de aquella carta maldita.

Y al mismo tiempo se presentaba el remordimiento. Yo no pensaba asistir á la cita que había aceptado. Te aseguro que la señora Margarita Remercier no contaba ya mucho conmigo y que mi debilidad de una hora estaba suficientemente redimida por mi firme resolución de permanecer fiel en adelante, cualquiera que fuesen las circunstancias en que me encontrase.

Oh! cómo me pesaba lo que había hecho tontamente escribiendo aquella carta en uno de esos momentos en que se pierde la voluntad, y no se puede resistir la necesidad imperiosa de obrar mal.

Créeme, Rosina, he expiado aquella falta de un instante; los remordimientos que he sentido te han vengado. He sufrido bastante, vaya!.....

IV

Nuevo silencio.

El buen viejo había acabado de hablar y la señora Rosina, con la cabeza baja, callaba.

Por fin preguntó:

—Y no has vuelto á ver jamás á esa mujer?

—Nunca; abandonó á Langres. A su vez los Pourot, como tú sabes, fueron á vivir á Dijón. No supimos más de ellos y nunca me volvió á asaltar la menor tentación. Después,

te lo juro, Rosina, mi pensamiento te ha permanecido fiel, muy fiel!

Otra vez callaron.

Ya entonces la noche había cerrado por completo; no se distinguía el paisaje; el valle parecía negro abismo en cuyo fondo dormiese la vida; y una brisa tibia y suave acababa de levantarse produciendo leve rumor entre las hojas de los árboles vecinos.

Esta vez fue la anciana la que primero rompió el silencio:

—Y no has oído hablar más de tu carta.

—Nunca más; y durante largo tiempo aquello me inquietó. Acechaba en los ojos de nuestros dependientes una luz, un indicio cualquiera; frecuentemente escuchaba oculto sus conversaciones, esperando sorprender algo por aquel medio; pero nada pude descubrir.

—Y podías ocultármelo todo?

—Sí, Rosina, y por ello sufría, te lo repito. Después de numerosas tentativas estuve á punto de confesártelo todo, de pedirte perdón. Después pensé que no olvidarías jamás aquella debilidad.

Ella arrojó un suspiro:

—Frecuentemente hay mucha bondad en el corazón de la mujer—murmuró—y, por este respecto es superior al hombre.

—Quizás tienes razón.

—Sin duda alguna... y podía probártelo.

—¿Qué quieres decir?

—Sencillamente, amigo mío, que yo estaba en posesión de ese secreto que juzgabas tan bien guardado.

Y, si he encerrado mi pena en lo más profundo de mi sér, es porque he pensado que valía más hacerlo así; porque, ciertamente, una vez pasado el capricho verías la enormidad de tu falta y volverías á mí curado y amante... como en tiempos pasados... Y no salieron mis cálculos fallidos... Comprendiste, en efecto, que hacías mal, y volviste al buen camino... y no lo has abandonado más.

El la oía sorprendido.

Se sentía profundamente emocionado ante aquella grandeza de alma, ante aquella generosidad á la cual había debido quizás una existencia de quietud y de dicha.

Y cuando ella terminó, le preguntó con voz trémula:

—Entonces, aquella carta..... la has leído sin duda... ¿verdad?... pero quién la encontró?

Ella le miró y respondió dulcemente.

—Yo.

Epico

PARA LUCILA CESTERO DE R.

(POR MIGUEL A. GARRIDO)

La batalla ha cesado.

Lamento funerario puebla el espacio.

Viciado con el espeso humo de la pólvora y el acre olor de las heridas que se desbordan en sangre, el ambiente es un veneno mortal.

En lo alto se desgarran el cielo ceniciento de la mañana para mudar de lampos, y encenderse en la púrpura satinada de un sol de Otoño.

Los muertos se corrompen.

Los vivos que van á morir, no tienen fuerzas con qué arrojar de sí el lúgubre hervidero de cuervos que se adueñan de aquel campo que la derrota hizo inmortal.

Una nueva batalla, más inhumana, más ímpia, más inicua quizás, empieza á aquella hora.

Cómo salvar siquiera las pupilas que miraron á Dios en la Esperanza, y los corazones que se santificaron con la obediencia del ideal en las ardientes vísperas de la ruda pelea? Cómo salvarlos de las garras del cuervo, que no tiene piedad?

En las convulsiones fatídicas de la agonía, los heridos, los que van á morir, semejan

un oleaje de serpientes que se enroscan, que se crispan para producir ahogadamente alaridos desgarradores, ó sacudidas de nervios que se petrifican con la muerte.

A lo lejos, al pie de una encina temeraria que el tiempo declaró inmune por la edad, descansa de sus compases bélicos y roncós como gruñidos de titán, roto, deformado, el atambor de los vencidos.

Por un lado de una de sus caras, redondas cual caras de millonarios imbéciles, dos agujeros que la carabina prusiana hizo á quema ropa miran la extensión sangrienta.

No tienen lágrimas, porque aquellos ojos no saben sino de la oscuridad del abismo, y de la sublime ceguera de la inercia.....

Sobre el atambor en ruinas, un cuervo aletea formidable la marcha apocalíptica del imperativo redoble, á cuyos sonos se irguen, resucitados de súbito por el coraje renaciente, los que se declaraban prisioneros indultables de la Muerte.

—A las armas!, exclaman aquellos bravos desfallecidos por la hemorragia, creyendo insensatos que los redobles que escuchan anuncian la aparición tardía de las reservas lejanas. A las armas!; y cayendo unos, desplomándose otros, van en fantástica embestida militar, sin hacer caso del hervidero de cuervos que les siguen picoteando las espaldas aquí, desgarrándoles el cráneo más allá, para extinguirse todos en la tenebrosa soledad del engaño, mientras sigue aturdiendo el espacio el eco funeral del atambor deformado aleteado por el cuervo solitario de la inmensa llanura!.....

La isla virgen

(EDMOND HARCOURT)

Jamás diré en que latitud se extiende este precioso país, pues su encanto consiste en su modestia, y su gloria le viene de ser ignorado. Los países bellos son como los pueblos felices: no tienen historia. La historia es del hombre; pero la belleza es de Dios, y lo que el hombre gana sobre la naturaleza es que Dios lo pierde. La verdadera belleza se va cuando nosotros entramos.

No, no entréis en esta isla; Dios la abandonaría. No la llenéis con vuestros *chalets* ó *cottages*, con vuestra gracia y vuestro espíritu; ella tendría miedo de desaparecer como un sueño.

Ella está fuera del siglo, enclaustrada entre bellas aguas azules; moriría de sólo ser tocada, y no puede vivir sino en exilio, virginalmente.

Ella está llena de pudor, y defiende el misterio de su belleza. Es necesario suavizarla para descubrirla, y su conquista es lenta. Algunos turistas la visitan; pero sin verla.

Ella posee, según se dice, una roca móvil, que bambolea en el aire; esto expresan los guías. Es hacia ese peñasco que se va. Las gentes quieren verlo y marchan apresuradamente.

—; Es más lejos aún,—interrogan;—llegaremos pronto?

Al fin viene oscilar el bloque. Después se vuelven, siempre apresuradamente, sin alcanzar á ver la isla misteriosa.

La isla virgen guarda su secreto. Pero yo no puedo decirlo nada. Prestad atención, acereáis: yo hablaré bajo, para que ella no sepa cómo divulgo su secreto.

La pequeña landa lejana está perdida en la mar, como una gota del mundo que la mano creadora hubiera dejado caer de sus dedos después de haber petrificado el continente. Aquello es una negligencia de Dios, una obra inacabada, incompleta, y que parece informe, pero cuyas formas son divinas. Como sus contornos son abruptos, como

está erizada de rocas, resulta que el hombre no ha podido enriquecerla, cultivarla, habitándola. Ha permanecido ella al través de los tiempos, como al principio, inmutablemente virgen.

Su virtud consiste en ser infecunda, y su fuerza en ser estéril. Excluyendo el esfuerzo de nuestras artes, dueña de sí mismo, al abrigo de nosotros, sus líneas austeras se desarrollan con la majestad de un canto lírico, mientras que sus colores se exhalan como una oración.

En la impecable pureza de sus tonos nada disuena. Cada mañana las brisas, pulcras servidoras, barren la landa, despolvan las rocas, pulen el cielo y tanzan la luz.

Toda brisa de yerba es materialmente lavada, después enjugada; ninguna flor muere ni cae en tierra, ningún fango mancha el tapiz. Todo es allí muy pobre, pero muy aseado, muy noble, como en la choza de una princesa que fuese una hada.

Los muros, de granito color de carne, están tapizados de líquenes cuyo verdor es tan suave que hace pensar en un salón de un infante real, lleno de tísidos preciosos. Las sombras son allí violetas, y las medias tintas lilas.

El vivo carmín de los arbustos y la malva de los tomillos florecidos se mezcla á la palidez de los manzanillos silvestres. Allí ni la misma yerba osa desplegar un fuerte verdor. Los rayos del sol al atravesar los prismas salitrosos de la atmósfera, se refractan, se quiebran, á fin de que su claridad no sea nunca directa.—y que la luz por todas partes asalte y envuelva las cosas. Ella acareta, penetra, y baña los matices. Como un follaje sería demasiado duro y demasiado poderoso, les está prohibido á los árboles subir mucho hacia el cielo delicado, y los que nacen allí son pequeños, casi arbustos. Muy grandes serían una mancha; y la isla virgen no quiere mancharse. Ella ha hecho voto de pobreza, puesto que á este precio ella puede permanecer idealmente pura, y su recogimiento le vale todas las riquezas.

Medio oculta entre los pliegues de una roca, una chocilla con su tejado de paja oscura, sale de la tierra aunque disimulándose y doblando su espalda bajo la disciplina del viento.

De noche la pequeña casuca exhala una niebla de humo, como de algo que arde dentro. Poquíssimas veces las ventanas se aclaran pues los huéspedes de la casuca se acuestan cuando el último lampo enrojece el horizonte.

Esta noche, sin embargo, una ventana se iluminó. ¿Por qué?

Dos mujeres están sentadas en la única sala: una candelera que arde en el rincón de una mesa grasosa hace palpar la sombra en todo el cuarto; y hace que aparezcan más hondas, más profundas las dos caras, como dos cajones de madera, que parecen dos grutas incrustadas en la pared.

Las dos mujeres, dos viudas, bajan la cabeza, y sus cofias por encima de las caras invisibles, parecen dos manchas blanquecinas en medio de las tinieblas.

La más joven recose ropas viejas y llora en silencio. Sus lágrimas caen una después de otra, sin precipitarse, todas parecidas, como si contasen el tiempo, y mojan la ropa. Se diría que esta mujer llora sin saberlo y no pone atención sino en remendar las piezas agujereadas. Compone una camisa azul con un pedazo de tela rosada.

La de más edad, la espalda encorvada, las manos juntas entre las rodillas, mira á la tierra, y habla. Ella dice:

—Qué quieres tú, Catalina; es necesario entrar en razón. Yo también lloré mucho cuando mi primogénito partió; y me acuerdo de que el síndico nos había enviado á la misma hora noticia por medio de la cual supimos cómo se llamaba á Francisco para

el día siguiente en la mañana. Yo estaba como tú, llena de dolor.

Lloré toda la noche acomodando las camisas, y mi Francisco nunca regresó. Qué quieres tú, Celina, es necesario acostumbrarse. Cuando llamaron á mi segundo hijo, lloré mucho, pero menos, porque él partió con su padre. Tampoco han regresado. Qué quieres tú, Celina, es necesario tomar la vida como ella es.

Así hablaba la vieja viuda, para consolar á la joven; cuando ella concluyó empezó nuevamente,—y la candelera ardía toda la noche.

Del fondo empañado del horizonte el huracán avanza sobre la mar. El agua violácea se ve atravesada por olas glaucas, y se degradan los colores desde el fondo del cielo hasta el borde de la tierra.

Una banda color de tinta se despliega en el horizonte, se alarga bajo el peso de las nubes que descienden hasta ella; las nubes se agrietan y ruedan hacia abajo como si unas á otras se empujasen, y se inflan en forma de bóvedas. El viento se pára. Las ondas no espuman en las rocas. Un silencio inquietante se extiende sobre las aguas inmóviles y parece salir de la mar. Se diría que alguna cosa se ha ido, no se sabe qué. Una ausencia flota en la atmósfera.

Es que el horizonte sube ó que las nubes descienden? Como un largo beso largo tiempo ansiado se dan el cielo y el mar, se unen y no forman á lo lejos sino uno sólo.

Entonces, de repente, una ola asalta las rocas, se deshace en espuma y gime sobre la peña viva, llenando el aire con su música extravagante.

Bruscamente el espacio se aclara con una luz pálida que no viene de ninguna parte y que trata de huir no sabemos por qué ríncones del cielo.

—Se ha salvado ella; no duró sino un instante.

Un viento súbito desgarró las nubes.

La mar en un momento se hace pálida, y todo lo visible: las ondas, las islas, las costas, las landas, desaparecen en medio de la lluvia. La lluvia cae á torrentes, intensamente; sus columnillas serpentean, empujadas por el viento, y llenan la ensenada monumental.

A lo lejos, los islotes rocallosos, como suspendidos en las nieblas, se ciernen como inmensos granos de polvo.

No hay en esta isla sino mujeres y niños, con más algunos viejos. Los hombres ó han partido ó se han muerto.

Un marino regresa esta noche; no se le había visto después de tres años.

La que no es viuda está sentada en las rocas, cerca del muelle; espera: ya es la hora aproximadamente del retorno anunciado.

El mar desciende: ya está muy bajo. La noche oscura está como cribada por puntos luminosos: las estrellas, que palpitan y tiemblan como si la noche fuese á extinguirlas.

Los promontorios informes entran en la mar y allí se borran confusamente, en la obscuridad.

Por todas partes hay mil ruidos extraños; la ronca voz del mar, á lo lejos, canta una canción sorda, confusa infinita. Otros murmullos nacen sin origen, no se sabe de donde, y parecen ruidos de multitudes que avanzan ó de trenes que corren en la llanura silenciosa, en medio de la noche oscura y llena de pavor.

En fin, escuchad el susurro mojado de una barca que se deshiza, escuchad el viento en las velas; el choque de remos contra el agua.

La mujer que aguarda sobre las rocas se levanta y desciende. El hombre que tripula la embarcación adivina y grita lleno de regocijo:

—Ana—María.

Ella, á su vez, grita:

—Juan—María.

Después ellos se callaron, por pudor estoico; para no mostrar á nadie, para que nadie se apercibiese de su emoción ni de su amor. Y en medio de la noche espesa y pluviosa el ruido de los suecos respondió solamente á las voces de afecto y de salutación.

El aire estaba húmedo.

La luna comenzaba á aparecer por detrás de una nube.

Noche de insomnio

A LA SEÑORITA JOSEFITA CESTERO

(POR JOSÉ R. LÓPEZ)



A figura atlética de Otelo surge de las sombras, y mientras admiro sus formas de Apolo etíope, me habla sin palabras, me satura de sus ideas y de sus sentimientos, pone su alma dentro de la mía, y me hace vivir con una intensidad desconocida.

Mi mundo moral se ensancha. Cada idea se magnifica, toma cuerpo inmensamente mayor que antes, y siento que ya no soy yo, sino un sér de mentalidad enorme, con una sensibilidad encubierta, que disfruta en un solo cerebro y en un solo corazón de las ideas y del sentimiento que no cabían en millares de hombres.

¿Habrá vivido Otelo en Shakespeare? ¿Encontraría el poeta aposentado en su corazón el tipo de la tragedia? Envidiable y compadecible entonces. Porque el punto culminante de la humanidad es ese desbordamiento de la pasión, ese afinamiento de la impresionabilidad que no deja ocioso un nervio, que pone á contribución todas las facultades, que muere, hiere, besa y llega al paroxismo ó al desmayo de un zarpazo ó de una caricia, viviendo á la vez todas las vidas.

Yago! También estás ahí. Déjame, traidor, á solas con Otelo. Ese negro es el León. Es noble, es grande, me fio de él. Tú eres la zorra cobarde y engañosa. Tú eres el limo que enturbia la linfa de los torrentes salidos de madre..... Sí, lo sé; pero no me lo digas. Yo sé que nadie llega á poseer por completo el corazón de una dama. Sé que la infidelidad, siquiera mental, empaña los más sinceros, los más delicados, los más ardientes amores. De repente una sombra pasa por su frente, y se distraen, mirando sin ver, sus ojos. Hé ahí la infidelidad! Es que ha cruzado por su mente el recuerdo de otro hombre. Contempla su imagen con arrobamiento, y su alma se entrega, aunque sea un segundo, á aquella alma que habría deseado poseer. Despierta, perjura! Vuelve del éxtasis! Aun estoy aquí y ni las sombras han de tocarte. Eres mía, tan sólo mía. Lo oyes? No hay virtud, no hay crimen. Sólo hay fidelidad y perjurio. Para la primera todos los premios, contra el segundo todos los castigos, todas las venganzas, todas las represalias. Con ó sin derecho, lo que el corazón exige. El derecho, en amor, es la necesidad de amar.

Pero es Yago, el réprobo, el agrio, el mezquino. El horizonte de mi alma se ha hecho infinito y él se prevalece de esa visibilidad inmensa para guiar mis miradas hacia las perspectivas monstruosas. Basta que me insinúe un indicio, para que yo vea toda la escena pasada y la reconstruya punto por punto..... Sí, yo también me fijé, malvado. Un rayo del sol moribundo de la tarde doraba sus cabellos circundan-

do de un nimbo su cabeza. Parecía bajo-relieve de capilla, en el marco de la ventana. Estaba pensativa, y de pronto se irguió y volvió hacia el interior de la habitación. Yo adiviné sus pasos, uno á uno. Me traicionaba con el pasado, con las tumbas de la memoria. En la ventana se acordó del sér que alguna vez, allá lejos, á la espalda del presente, hizo palpitar su corazón; y fué al cofre, á contemplar de nuevo el lazo que adornaba su talle el día que el mancebo le pareció más hermoso y más galante. Y yo? ¿No soy el más enamorado, no tengo pasión para enterrar bajo la nfa todas las que le precedieron?.....No me haga sentir el vértigo de púrpura, el vértigo que ciega.....

Eres tú, hermosa mía. Con los primeros rayos de la aurora que entran á mi alcoba, llega también tu dulce imagen, sonreída blanda, casta. Yago se avergüenza, huye, desaparece. Otelo se entenece y veo con claridad la verdadera escena. Paloma sin hiel, buena y pura; diosa de las primeras luces tenues del día, de los tonos suaves del amanecer, perdóname. Un resplandor brillante luce dentro de mí, alumbrándolo todo. Veo ahora que no conturbó tu espíritu un recuerdo de ayer. Quizá—dichoso yo si fuese cierto—pensabas en mí, y fuiste á contemplar algo que encarnara ese recuerdo. No te alejes. Quédate en el corazón, rocea con tus miradas ese cerebro, y Otelo, el africano rebelde, será manso; y Yago el odioso, el cruel, el implacable, no osará murmurar en la sombra sus protervos consejos.

LO QUE PIENSA UN OBELISCO



Todo, en París, era glacial aquella tarde. Detrás de los enormes cristales, cerca del calentador que crujía de cuando en cuando, la blanca perspectiva que se espaciaba ante mis ojos me atería el espíritu. Nada bullía á mi alrededor. El edificio colosal se había ido vaciando poco á poco del enjambre rumoroso que lo llenaba. Parecíame sin embargo, que el aire helado y sutil que debía silbar fuera vahcaba sobre mi rostro y me hacía estremecer.

No podía separar la vista del gran monolito que estaba allí á pocos pasos, inmóvil y erguido sobre centenares de esqueletos de árboles, que se sacudían, dejando caer en largos canelones la nieve cuajada de sus ramas sin hojas. Se me antojaba que corrían fugaces escultofríos por la piel rugosa de aquella mole hecha por siglos á los ardores del sol africano y al hálito abrasador del desierto. Erigida por la vanidad humana en un suelo de clima casi tropical, la habían trasplantado á un suelo de clima casi boreal. El frío de mi alma me figuraba que debía morder sus entrañas de piedra.

Lo veía allí, como espectro de edades remotísimas, evocado por la universal desolación de la naturaleza, privado del calor fecundante, para ser testigo de otra vida en otro mundo diverso. El que vio desfilan, grave y mudo, las pompas guerreras de los Thutmes y de los Ramses, reyes hijos de dioses y dioses visibles ellos mismos, miraba ahora la procesión interminable, abigarrada y brillante de otros hombres que obedecen á reyes impalpables y reverencian á dioses invisibles.

La tierra estaba muerta; pero el hombre hormigueaba vigoroso en su superficie helada. En torno, delante del obelisco, pasaban veloces magníficos trenes, arrastrados por soberbios tríos de corceles con vistosos penachos, y atestados de mujeres y hombres arrebujados en pieles, deslizándose sin parar uno y otro y otro y mil, á cual más brillante, á cual más

rico, á cual más rápido, agujados por no sé cual imperioso afán de ir adelante, de prisa, en pos de algo inaccesible que se dibujaba en la blanca lontananza, sin duda para desvanecerse, pues la carrera silenciosa no paraba jamás.

Y sin poderlo evitar, prestaba yo mis pensamientos exóticos al inerte obelisco, y me parecía que por los extraños signos que tallaban sus caras hablaba y decía:

“Yo he visto multitudes afanosas, con brazos y pies desnudos, en la tierra que el limo del sagrado Nilo fertiliza; yo las he visto, en fila interminable, ir abrumadas á depositar su carga como una ofrenda, ante el déspota que temían y veneraban para levantar monumentos imperecederos á su soberbia mortal. Apenas caía uno en el camino arenoso, otro ocupaba el hueco; y la tarea y el afán no cesaban nunca. A no ser por el tamaño, hubiera confundido aquellos hombres con la diminuta hormiga que pasa así la existencia colaborando en obras gigantescas é inútiles.

“He visto después precipitarse sobre ellos como tromba impetuosa hordas de gente extraña, que pusieron el alfanje en sus manos, y los arrastraron á una nueva tarea de esfuerzo y de sangre, para levantar otros monumentos en que inscribieron en otra lengua otros nombres. Pasaron predicando, saqueando y matando, y siguieron á otras comarcas para predicar, saquear y matar. Y su obra de destrucción y edificación no se detenía nunca.

“No sé cuantos años, ni cuantos siglos pasaron. A mis pies veía siempre sucederse, como las olas de un mar sin orillas, las generaciones de hombres, siempre encorvados en una carrera sin fin, para ir á rematar una obra interminable.

“Un día su afán incesante se volvió contra mí. Me arrancaron del suelo en que se amasó la roca que me forma y me trajeron á una región extraña, donde todo es diverso. ¿Qué iba á ver en torno mío? Cuando empecé á familiarizarme con estos hombres nuevos, cuando supe interpretar el rumor de trueno subterráneo que sale de esas inmensas colmenas que desde aquí descubro, y las trepidaciones que producen á su paso esos monstruos empenachados de humo que vuelan sin alas entre la tierra y el cielo, el espectáculo de esta marea humana que viene á romperse contra mi base inmóvil nada me dijo que no supiera. Estos hombres no van descalzos, ni se humillan ante un tirano amasado de su mismo barro, ni ensangrientan la tierra por una quimera irisada y fulgurante; pero van sin embargo, más premiosos, con más ahínco, con mayor fatiga, devorando el espacio, recortando, mutilando, abreviando el tiempo, al mismo fin incógnito, erigiendo trofeos más altos, que han de caer no obstante, amontonando edificios más altaneros, que se derrumbarán al cabo, engarzando, encadenando poblaciones para formar ciudades, provincias, que caerán al fin en ruinas; queriendo hacer más y más pronto y mejor que los pasados, y haciendo á la postre lo mismo; afanar, afanar, desvariar, pretender volar, y al cabo en un instante desaparecer.

“He visto, sí, millones de hombres en millares de años; los he visto cambiar de traje, de moradas, de gestos, de lenguaje, de ideas. No los he visto cambiar de apetitos, ni de pasiones. ¿De qué les sirve correr, deslizarse, precipitarse, volar con tan regocijado ímpetu, sin querer parar, si no pueden parar cuando quisieran?”

Caía la noche y los últimos reflejos de la tarde fría se quebraron en chispas sobre el ápice del obelisco, y me pareció que pestafiaba el ojo triste de un cíclope melancólico.

(Cuba.)

E. J. VARONA.



SECCION RECREATIVA



LAS TRES GRACIAS

El pasado

Es costumbre antigua. Cuando pasa el tiempo y están de mi mesa los cajones llenos, un día me cuadro, me pongo muy serio y digo: "¡Imposible, no puede ser esto! A pasar revista, y á mandar severo lo que sirve, á un lado; lo que estorba, ¡al fuego!"

Será una rareza, pero cuando empiezo á sacar sin orden papeles diversos y veo mezclados en raro concierto la cita de amores, la escuela de un muerto, el plan de un saineite, el acta de un duelo, extraño conjunto de penas y afectos, y que es en la vida lo fijo, lo eterno, parece que escucho saliendo de dentro, confuso y lejano lo mismo que un eco que trae en sus ondas envuelto el recuerdo, quejidos de muerte,

rumores de besos, aplausos de triunfo, protestas del genio, cantares de orgía, lamentos de duelo, mezclados, sin orden, confusos, revueltos, extraño conjunto de penas y afectos, y que es en la vida lo fijo, lo eterno.....

Quando esto me ocurre, no sé lo que siento; se turba mi mente, se excitan mis nervios, hasta que, vencidos por un gran esfuerzo, me digo: "¿Qué importan las cosas que fueron? Placeres y penas pasadas, ¡al fuego!" Y allá van sin orden, igual que vinieron, la cita de amores, la escuela del muerto, el parte de boda y el acta del duelo; extraño conjunto de luchas y afectos que miro impasible borrarse en el fuego. ¡Ceniza, humo, sombras... el pasado es eso!

CELSEO LUCIO.

Sobre Dreyfus

No es solamente en Francia donde el asunto Dreyfus ha tenido el don de apasionar la opinión. Hasta en el extranjero ocupa cada vez más las imaginaciones. Ya ha entrado en la leyenda; pertenece á la literatura y lo ponen en escena. Una persona dice que en el teatro del palacio de la Industria, en Amsterdam, una compañía neerlandesa representa actualmente un drama de los más penetrantes titulado: *Dreyfus ó el Martirio de la isla del Diablo*. La "primera función fue un acontecimiento sensacional; el Todo-Amsterdam se apresuraba allí y seguía con un interés apasionado el desarrollo de la fábula dramática. Desde entonces, el salón está lleno hasta la noche, no admiten gente en las puertas del teatro, y el público que asiste al espectáculo muestra un extraordinario entusiasmo, solloza desde las ocho hasta las doce, desprecia el Consejo de guerra y aclama con frenesí al actor encargado del papel de mártir.

La voz de los eunucos

Todo el mundo ha oído hablar de la voz de eunuco, "voz eunucoide" como dicen los médicos; "voz de gallo" como la llama todavía el vulgo; la cual no tiene nada de agradable, ni para los mismos que la poseen. Este timbre vocal es transitorio en el hombre durante la pubertad y desaparece en seguida; pero cuando se hace permanente persiste para siempre.

La explicación, admitida hasta hoy, del fenómeno era un espasmo de los músculos de la laringe ó movimientos atáxicos de estos mismos músculos. El doctor Kraus cree inexacta esta explicación, y atribuye la voz eunucoide de la pubertad á una desproporción entre el crecimiento de los cartílagos y el de las cuerdas vocales; ni más ni menos que un instrumento mal templado. Esta desproporción generalmente desaparece, pero suele hacerse persistente en algunos casos.

Según Kraus pueden observarse en esta evolución incompleta tres tipos de voz eunucoide: los que no tienen otro timbre de voz que ese; los que á favor de esfuerzos pueden hacer más grave el timbre de la voz, y los que sólo cuando levantan la voz hablan como eunucos.

Claro está que si el defecto reside en una imperfección del aparato vocal, podía fácilmente corregirse; y esto es lo que ha hecho el profesor Kraus con un aparato rectificador que ha aplicado á varias personas, logrando que hablen como todo el mundo. Es un verdadero tratamiento ortopédico de la laringe, á favor del cual, asegura M. Kraus, desaparecerán las voces eunucoides.

El tratamiento consiste en la aplicación de un aparato enderezador de la laringe que restablece la disposición normal de las cuerdas vocales. Así en algunas semanas ha logrado M. Kraus transportar en voces viriles timbres eunucoides. Si algunas veces ha sido necesario más tiempo, el resultado siempre ha sido satisfactorio, y es de esperarse que el tratamiento será siempre eficaz para los interesados, entre los cuales figuran en primer término algunos profesores de canto que tienen voz eunucoide.

Mariposas

"No recordamos ahora qué poeta llamó á las mariposas flores que vuelan.

No era tan fantástica la metáfora, puesto que cada día se descubre un nuevo hecho que la justifica.

Observaciones que revelan un parentesco estrecho entre algunas especies de plantas y algunas mariposas.

En la India acaban de hallarse confirmadas las observaciones que hace tiempo se hicieron respecto del particular en el Brasil.

Ciertas mariposas fecundan á las flores y éstas abriga y nutren las larvas de aquellas.

The Journal of Botany dice de las plantas *Asclepias curasawicas*, casadas, digámoslo así con la mariposa *Danaus euripus*.

La mariposa rara vez se separa de la flor que fue su cuna y su nodriza, la mariposa fecunda la flor. La flor y la mariposa se confunden en la identidad del color.

"¡Vé, recorre la ciudad para tu trabajo; vé donde quieras ó fuere menester.....pero torna al hogar, donde yo te espero guardando tus hijos, nuestros hijos!" dice *Lilicopowe* en una poesía.

A ciertas plantas luminosas se acaba de ver en la India que corresponden mariposas fosforescentes."

Las lágrimas en estrados

Acaba de suscitarse un curioso asunto jurídico ante un tribunal de Tennessee [Estados Unidos]. Trátase de saber si es permitido á un abogado derramar lágrimas, lágrimas de verdad, al defender la causa de su cliente, sin que dicha manifestación, capaz de impresionar al jurado en modo anormal y excesivo, dé motivo á declarar nulo el veredicto.

El juez decidió que las lágrimas constituían un argumento como cualquier otro, y que no era posible disentir su legitimidad.

De lo que se deduce que el abogado tiene derecho de conmovir á los jueces como mejor lo entienda, y de emplear con este objeto todos los medios que pueda tener á su disposición.

No es ésta, tampoco, la primera vez que se le ocurre á un abogado poner en acción la sentencia del viejo Horacio: *Si vis me flere dolendum est*. Cítase un célebre abogado de Boston que debió á la docilidad de sus glándulas lagrimales el mejor de los triunfos alcanzados en su carrera.....

El duelo de la víbora y del erizo

Este combate, sumamente original, ha sido observado más de una vez ya en la naturaleza, ya en ciertos animales enjaulados expresamente por los aficionados á este género de sport. Los dos enemigos se conocen muy bien y se observan con desconfianza mutua: el erizo está á punto de enrollarse como una bola y la víbora no le quita la vista. Sin embargo, acaba por cansarse y cambia de posición arrastrándose con esa lentitud que le es propia. El erizo aprovecha el momento conveniente: corre con toda velocidad sobre la cola de la víbora, la estrecha entre los dientes é inmediatamente se enrolla.

Tiene el instinto de no apretar demasiado los dientes, á fin de no cortar la cola del enemigo. Esta se vuelve furiosa y se lanza sobre la bola de espinas, la muerde y la estrecha también entre los dientes. En seguida, la arrastra violentamente, con saltos desesperados: el erizo se deja hacer todo, y en fin, la víbora extenuada por las numerosas heridas, sucumbe.

Cuando los últimos movimientos convulsos han cesado, el vencedor devora á su víctima empezando por la cola que mantiene siempre entre los dientes; pero tiene gran cuidado de no comersela la cabeza: sabe muy bien que el veneno reside allí, pero ignora evidentemente que una vez ingerido en el estómago es absolutamente inofensivo.

El erizo vive particularmente de moluscos, insectos, gusanos de tierra, etc., pero agrega á este alimento ordinario huevos de pájaros, frutas, etc.

Está, pues, señalado como animal destructor de caza.

En Versalles, cerca del bosque de Satory, habían puesto en un gran jardín rodeado de muros, un cazar de erizos con dos pequeñuelos. La interesante familia fue domesticada muy ligero: venían á beber la leche que colocaban á la entrada del jardín. Este, que estaba invadido por legiones de limazas y de caracoles, quedó también limpio por los erizos; en la primavera era imposible encontrar un solo caracol.

Regalos á Su Santidad

Se calcula en más de cinco millones de liras el valor de los regalos que ha recibido S. S. León XIII con motivo del sexagésimo aniversario de su primera misa.

El duque de Norfolk le envió un giro por 8,000 libras [B. 200,000]; los obispos de Austria 100,000 florines; el obispo primado de Hungría igual cantidad; los obispos españoles 100,000 pesetas y los obispos alemanes 60,000. La cruz de diamantes que regalaron al Santo Padre los católicos de los Estados Unidos, se estima en 250,000 bolívares.

Ingenioso invento

Hay pianistas de pianistas. Todo el mundo sabe que según sean los dedos que hieran las teclas del piano, así serán también los sonidos musicales del instrumento. O de otro modo: que un mismo instrumento con el mismo diapason resonará de modos diversos según sea el ejecutante.

No hay duda de que existen pianistas que no pueden ó no saben servirse de sus propios dedos; y la misma observación se hace, pero más tangible todavía, en los ciclistas. Los hay, que nunca en su vida aprenderán á mover los pedales; se agotan en esfuerzos incoordinados y cualquier niño lo pasa en la carrera. Es que ignoran en absoluto el arte de utilizar los pies. Así en los pianistas de ambos sexos, se encuentran algunos de dedos refractarios, que atacan las notas con verdadera incoherencia.

Por más que se ejerciten durante horas enteras no logran dar á sus dedos las cualidades de destreza de que carecen; atacan mal la nota y la ejecución resulta defectuosa, sin soltura, desigual, sin ritmo ni sonoridad.

Un ingenioso físico ha tenido la idea de poner en completa evidencia estos defectos, valiéndose de un procedimiento registrador, sencillo y fácil, análogo á las "pruebas papilares" de Galtón. El psicologista inglés impregna de negro humo ó de plumbagina la superficie de un papel y hace aplicar sobre él los pulpejos de los dedos.

La huella impresa dibuja netamente la red papilar del dedo, y por medio de una lente puede estudiarse detalladamente la disposición de dicha red. Según el experimentador, cada persona tiene una disposición distinta y característica de la red papilar; tanto que se puede de-

ducir de ella la individualidad, el carácter y las pasiones del individuo. Golton afirma que el procedimiento es más exacto que el de la grafología, lo cual puede ó no ser cierto.

Estas huellas papilares se han utilizado para conocer la manera de atacar las notas los pianistas, recubriendo éstas de un papel ennegrecido.

Comparando entre sí las pruebas así obtenidas de diversos pianistas, se observa claramente una gran diferencia entre las diversas impresiones papilares. En primer lugar la intensidad es muy variable; débil en unas, perfectamente definidas en otras; pero lo más digno de notarse es que, agrupando sucesivamente las impresiones papilares obtenidas, se observa que en los pianistas que ejecutan mal no existe continuidad en el dibujo, las líneas cesan en algunos puntos, se detienen, se interrumpen, para seguir después; existe una verdadera incoherencia ó incertidumbre en el tratado. En cambio, en los pianistas cuya ejecución tiene estilo, sonoridad y brillantez, las impresiones están perfectamente coordinadas, y los trazados de las papilas inclinadas en la misma dirección.

Comparando, diríase que las primeras eran como esas escrituras bien trazadas, uniformemente inclinadas, y que las segundas parecen letras de perfiles vagos, indefinidas, como si la mano que las trazara titubeara en el movimiento y se detuviera á cada instante.

En una palabra, la impresión papilar da cuenta exacta de la claridad y pureza del ataque, del valor mecánico del choque y presión del dedo.

De este pequeño descubrimiento se deduce la utilidad de someter á los estudiantes de piano á este examen con el objeto de saber si saben sacar de sus dedos todo el partido necesario, y en caso contrario obligarlos á aprender el difícil arte de atacar armoniosamente las notas.

Resumiendo, diremos que por medio de este procedimiento podrá modificarse favorablemente una mala ejecución, y que, en adelante las huellas papilares serán el espejo del pianista.

Nuevo petróleo solidificado

Un diario alemán indica el procedimiento que insertamos á continuación, inventado por M. Jos. Kohlen-dorfer, para transformar los residuos del petróleo en un producto sólido de fácil conservación, que puede emplearse como combustible económico:

Se pone á calentar, al abrigo del aire ó por medio del vapor, 10 partes de lejía de soda y 10 partes de una materia grasa, sebo ó aceite de palma, con 80 partes de petróleo.

Se deja hervir esa mezcla durante una hora á una temperatura inferior al punto de ebullición del petróleo. Se forman entonces por la saponificación grandes cantidades de aceite volátil, que al enfriarse toman la consistencia del sebo sólido.

Puede también incorporarse á la mezcla cisco de carbón, virutas y hasta basuras.

Reemplazando la grasa con resina, el producto resulta más inflamable, pues contiene más de 90 por ciento de materias combustibles y menos de 5 por ciento de residuos fijos.

Fenómeno óptico

Es muy conocido el fenómeno óptico cuando vemos reproducida en una superficie blanca cualquiera, pero con coloración verde, la imagen de un objeto rojo, un lacre por ejemplo, en el cual hemos fijado la vista durante algún tiempo. Esta transformación de colores es debida á la fatiga de la retina que después de un acceso de impresión se hace incapaz para percibir los rayos monocromos de la luz blanca, y sólo la impresionan las radiaciones complementarias. Como el color complementario del rojo es el verde, la imagen reproducida por la retina es de este color.

Profundizando más el fenómeno un físico de Londres, M. Schelford Bidwell, ha presentado á la Sociedad real de aquella ciudad algunas experiencias interesantes sobre las transformaciones subjetivas de los colores haciendo ver que la pérdida de estabilidad de la retina por un color, puede producirse rápidamente en ciertas condiciones; y que por otra parte basta un corto período de obscuridad para despertar en ella la impresionabilidad, siempre que la percepción luminosa no sea muy viva, porque entonces la sensibilidad desaparecería rápidamente. Bastan sólo fracciones de segundo para aumentar ó disminuir la impresionabilidad retiniana.

De lo dicho se deduce que bastan cortos períodos de luz y obscuridad alternativos para que aparezcan los colores complementarios; efecto que ha logrado hacer perceptible por medio de una fácil experien-

cia, el físico inglés. Se vale de dos pantallas—una blanca y otra negra—que simultáneamente toma en cada mano, dejando entre ambos un espacio vacío triangular y colocando de antemano en la pantalla blanca un lacre rojo. Hecho ésto, se imprimen con rapidez y alternativamente á las pantallas, movimientos de izquierda á derecha y viceversa, tapando y destapando sucesivamente el lacre rojo, viéndose entonces éste de coloración azulada.

Acelerando la velocidad de las pantallas el lacre se ve entonces completamente verde.

A esta misma experiencia puede darse una forma más práctica y divertida, empleando en lugar del movimiento alternativo uno rotativo más cómodo. Se toma un disco giratorio montado en su mango y provisto de una pequeña polea movida por la mano y á favor de la cual se imprime al disco un movimiento rápido de rotación.

La mitad del disco debe ser blanca y la otra mitad negra separando ambas por un sector vacío. La dimensión de aquel debe ser de 20 centímetros de diámetro; la parte negra debe recubrirse de terciopelo negro y la parte blanca de un papel gris claro. El sector de separación debe cortarse bajo un ángulo de 60 grados, y en fin la velocidad media del disco será de 8 vueltas por segundo. Así, dispuesto el pequeño aparato, se observará que el lacre rojo que previamente se ha colocado en el fondo blanco del disco, al girar éste, aparecerá absolutamente verde.

A esta experiencia podría darse mayor originalidad si el lacre rojo se sustituyera con una imagen ó figura diversamente coloreada; en cuyo caso habría necesidad de iluminar vivamente la imagen ya con un reflector, ya exponiéndola directamente á la luz solar. M. Bidwell se vale de una figurilla de mujer, cuyos cabellos ha pintado de azul, la cara verde esmeralda y el traje rojo escarlata; en el fondo del cuadro hay un girasol color violeta con hojas purpúreas. Examinada de cerca esta pintura chocaría á las miradas más indulgentes; pero observada en el disco rotativo desde cierta distancia cambia por completo el efecto. La mujer aparece con una hermosa cabellera rubia, la piel sonrosada aterciopelada, vestida de azul y contemplando un girasol de pétalos amarillos y radios verdes. La metamorfosis ha sido completa.

Se comprende que preparado así el disco pueden variarse á voluntad las representaciones, usando siempre los colores complementarios en la pintura. Las figuras resultan horribles; pero observadas en el disco, recobran instantáneamente los tintes naturales. El efecto no deja de causar admiración en las personas que no están al corriente del fenómeno, pues la metamorfosis es rápida y completa. Un industrial ingenioso podría sacar partido de ésto para espectáculos públicos.

Física

SURTIDORES

La física y la mecánica presentan á veces fenómenos de orden paradójico que no carecen de interés práctico. Tómese un embudo de vidrio, colóquese en él una bolita de caucho y soplese con fuerza por el extremo angosto. Pregúntese á cualquiera lo que habrá de suceder y responderá sin titubear que la bolita, empujada por la corriente de aire, se saldrá del embudo. Pues nada de eso; por más que soplen la bolita resistirá. Me contestaréis que es por demasiado pesada. Escoged la más liviana que se pueda conseguir y colocadla en el tubo del embudo en relación con un fuelle ó un depósito de aire comprimido y siempre se obstinará la bolita en permanecer en el fondo del embudo. Allí estará como adherida. ¿Verdad que eso no parece natural?

Tómese un tubo de vidrio y encájese en el medio de una carta de braja colocada horizontalmente; dos ó tres milímetros más arriba póngase una segunda carta, y después soplese en el tubo. ¿Creéis sin duda que la carta superior eleará á volar, no es cierto? Os equivocáis, pues permanecerá fija en el mismo lugar. Reemplazada, si queréis, con una hoja de papel muy delgada. El papel se ahuecará hacia afuera en el centro y se deprimirá en contorno, como atraído por el naípe inferior. En suma, la corriente de aire, lejos de rechazar el papel, parece atraerlo. Es, pues, una cosa completamente paradójica.

Hace unos veinte años que un profesor del Columbia College [Estados Unidos] M. William Hallock, hizo por primera vez estos experimentos y trató de interpretarlos. Hay quien pretende que el hecho era ya conocido en Francia desde 1820 por observaciones de un ingeniero llamado Griffith en una fábrica de Tourchambault y aciso sea verdad; pero hubo un suceso oculto hasta los nuevos experimentos de M. Hallock. ¿Por qué la corriente de aire y la corriente de agua bajo presión no desalojan un cuerpo ligero que hace

resistencia á la acción de dichas corrientes? Mientras más fuerza tiene el aire ó el agua para empujar ese cuerpo, parece literalmente como que se asienta éste más sobre la corriente.

M. Hallock descubrió al fin la llave del enigma. El escape de gas que pasa por debajo de la carta ó de la bolita determina una depresión, un vacío relativo, y entra en juego la presión atmosférica para sostener el objeto é impedirle la salida. M. Hallock demuestra claramente, con un procedimiento muy sencillo, que se forma un vacío relativo cuando se lanza el aire por debajo de la bolita; coge un embudo de metal en forma de cono y fija el tubo de éste en un tubo de agua, coloca dentro del embudo una esfera muy liviana y una vez abierta la llave, la esfera, lejos de ser expulsada, parece adherirse al fondo del cono, dejando escapar en contorno ligerísimos hilos de agua.

Se ha labrado en la esfera un conducto que va de la superficie exterior á una de las paredes laterales de la misma, cerca del fondo del embudo y este conducto va unido á un tubo de caucho de un metro de largo. Si se acerca la llama de una vela al extremo del tubo, se ve que la llama se inclina y parece como aspirada. Luego hay aspiración por el tubo, es decir, por la bolita, y por consiguiente rarefacción producida entre la esfera y el tronco del cono del embudo. Esa rarefacción es la que provoca la acción de la presión atmosférica y sostiene la bola en el fondo del cono.

Puede también demostrarse la rarefacción, que es causa del fenómeno, colocando el embudo dentro del agua en posición horizontal; por el tubo de caucho se aspira el aire exterior, llega debajo de la bola y se escapa en grandes burbujas. Si se tapa el tubo, no entra el aire y ya no aparecen las burbujas.

Este fenómeno singular ha sido utilizado en Nueva York por una Compañía constituida para explotar los surtidores de bola (ball nozzle). Los emplean en los tubos de riego y en los conductos de agua para incendios, y son dignos de llamar la atención los resultados obtenidos. Para el riego hacen brotar al extremo de un tubo vertical una como loma de agua que cae en seguida afectando la forma de un inmenso paraguas de 20 metros de diámetro. El efecto es gracioso y el riego perfecto. Con un tronco en forma de cono y una simple bolita se obtiene esa capa delgada de contornos brillantes que parece una gran cúpula de cristal.

Para la defensa del fuego se aplica con mucha utilidad el surtidor de bola: en los experimentos de New York, hechos en el interior de una gran jaula de vidrio, el tubo termina en dos surtidores, uno establecido según el sistema ordinario y el otro con bola. Puede emplearse uno ú otro, como se quiera. Cuando funciona el primero, el chorro cae en un solo punto; cuando se usa el segundo, todo el espacio del cuarto se llena de una espesa niebla formada por las gotitas y el agua cae por todas partes. El surtidor de bola sirve instantáneamente de muralla impenetrable para el fuego y el humo; el bombero puede avanzar perfectamente dentro de este escudo líquido á todos los putos que por el sistema ordinario serían inaccesibles. El surtidor de bola no requiere más que un hombre para dirigir los chorros, mientras que las bombas ordinarias, por el movimiento que debe hacerse hacia atrás, necesitan de varios hombres para manejarlas. Por último, y esta consideración es de la mayor importancia, la mejor repartición del agua hace que se gaste mucha menos cantidad para apagar un incendio. Y hé ahí cómo un simple experimento de física puede llevar á resultados útiles é inesperados.

Los globos eléctricos

Hé aquí un hecho curioso, recientemente observado, relativo á la producción, en pequeña escala, del fenómeno eléctrico conocido con el nombre de bola de fuego, negado por algunos físicos, pero admitido hoy por todo el mundo. Obsérvese á veces, durante las descargas eléctricas, la aparición de globos de fuego, que como pequeños aerostatos van y vienen en todas direcciones, circulan por las calles, se deslizan por sobre los techos, penetran por las puertas y ventanas abiertas y se introducen por las chimeneas. La existencia de estas chispas esféricas es efímera; estallan al fin como una bomba sin dejar huella alguna. A veces es un solo globo incandescente; otras es una serie de pequeñas esferitas de las dimensiones de una bola común. El caso más conocido de este fenómeno eléctrico es el del zapatero de Val-de-Grâce. En un día tempestuoso y en el momento en que más copiosamente llovía, ocurriósele al zapatero, que trabajaba en su banco, levantar instintivamente la cabeza, y á dos pasos de sí, suspendida en el aire, vio una bola de fuego que iba lentamente aproximándose. El zapatero, paralizado por el terror, permaneció inmóvil. La bola entonces se aproximó á él algunos centí-

tros más, luego ascendió lentamente, flotó algunos instantes por encima de su cabeza y descendió de nuevo y penetró por la chimenea. Un segundo después se oyó una detonación y el ruido de las piedras, desprendidas de la chimenea que cayeron en el hogar. Desde entonces, muchos observadores, dignos de fe, han citado casos más ó menos análogos.

Con el objeto de determinar las condiciones en que se forma el fenómeno eléctrico de la bola de fuego, Gastón Planté ha logrado producir, con altas potenciales, pequeñas bolas de fuego, que flotaban alrededor de sus aparatos, reproduciendo así perfectamente el fenómeno eléctrico de la naturaleza. Después de su muerte nadie ha repetido sus experiencias, y el enigma del globo de fuego está todavía por descifrar.

Ya que tratamos de este asunto, reproducimos la siguiente observación:

Componiendo un individuo una lámpara eléctrica que no funcionaba, produjo ó formó lo que se llama un circuito corto. Inmediatamente el fusible (hilo de plomo que por prudencia se coloca siempre en toda instalación, para interrumpir toda corriente excesivamente intensa) se fundió, interrumpiendo por supuesto el paso de la corriente. Cerca del fusible, ó interruptor de la corriente, estaba el cajero de la casa, el cual, al levantar la cabeza, vio desprenderse del interruptor una pequeña bola de fuego que venía hacia él descendiendo en espiral, hasta posarse en la página abierta del libro mayor en que trabajaba, estallando inmediatamente y dejando en el papel un círculo oscuro perfectamente radiado. La bola de fuego no cayó rápidamente, sino con lentitud, como hubiera descendido un globo de papel, en tres ó cuatro segundos.

¿Sería acaso una esfera de plomo incandescente, ó una reproducción accidental del fenómeno eléctrico de la bola de fuego? No lo sabemos; pero la observación que registramos es la única en su especie.

Curioso por demás hubiera sido revelar químicamente la presencia del plomo en las huellas que dejó en el papel el globo de fuego; aunque en todos los casos análogos del fenómeno, haya habido plomo ó no lo haya habido, el fenómeno se ha producido siempre del mismo modo: una bola de fuego flotante que termina estallando. El caso es curioso y merece llamar la atención, porque quizás dé margen á experiencias y observaciones útiles.

La música de color

En la fiesta de los comités organizadores de la exposición efectuada en la Opera, se ha hecho la primera experiencia pública de una novedad artística: la música de color, lo cual merece especial mención.

Las "harmonías luminosas"—hablando en estilo elevado como M. Gailhard, director de la Gran Opera,—son una curiosidad científica y artística. Hablemos del "teclado de colores," como dicen los electricistas de la Opera.

No es de ahora que músicos y coloristas están de acuerdo en admitir entre los sonidos y los colores analogías sorprendentes. El lenguaje usual refleja esta preocupación instintiva. Un pintor dice: la escala de colores; un compositor hablará de una escala cromática. El prisma tiene siete rayos y la escala tiene siete notas.

Por alguna misteriosa ley física, había que sacar de esta relación un partido; y un espíritu acucioso debía llegar á encontrar la solución práctica de este problema—ó más bien la demostración de este teorema probable: se pueden ver los sonidos y oír los colores.

Gracias á la electricidad y á sus progresos, la cosa, casi imposible hace veinte años, se hizo fácil, una vez encontrado el principio.

Imagínese el lector una lámpara, ó un sistema de lámparas eléctricas, delante de las cuales pasan, por un mecanismo determinado, vidrios de diversos colores, se alumbran, y se hacen pasar los vidrios coloreados ante la fuente luminosa y se obtendrán proyecciones sobre una pantalla situada á cierta distancia.

Primero se probó que la relación de sonidos en la escala sonora, correspondía á la relación luminosa en la escala de colores.

El acorde perfecto del do mayor, aplicando á cada una de sus notas el color del prisma da á la proyección una resultante blanca, enteramente como la rotación del disco de Newton. La escala del do, en la cual no entra ningún accidente (sostenido ó bemol) corresponde, pues, á priori á la resultante de los siete colores del prisma.

Partiendo de este principio, fue posible establecer por el cálculo que cualquier otro acorde musical co-

rrespondía á su vez á un valor de colores determinados. Faltaba combinar un mecanismo suficientemente rápido para traducir inmediatamente en colores las sonoridades sucesivas y variadas de una pieza de música. M. Gailhard y sus electricistas se fijaron en un piano del cual cada tecla es un conmutador. El pianista, ejecutando un aire con ritmo lento, comunica, cada vez que toca una tecla, con el sistema de lámparas y vidrios de colores. Cada nota que "hunde" con el dedo en el teclado es traducida por la interposición, entre la lámpara y la pantalla, de un vidrio de color que corresponde á la sonoridad ó á la combinación de sonidos deseados. Conviene hacer notar que los ritmos de los aires ejecutados es preferible que sean lentos; un alegre vivaz produciría, en efecto, una confusión de colores á la cual nuestros ojos todavía menos acostumbrados que el oído, se prestarían difícilmente.

Sin duda, la invención gustará al público por su novedad, pero, sin embargo, hay que reconocer que solamente los músicos gozarán de todo el encanto; ellos solos disfrutarán de la noble sensación de reposo dada al ojo y al oído por un acorde perfecto; ellos solos apreciarán como conviene, las modulaciones coloreadas que deja el oído y la vista en tanto que un acorde sea resuelto.

Peró, aun para el profano, el espectáculo de estas cascadas, de estas fantasmagorías luminosas es encantador.

Como dice M. Pascal Fortuny, que ha consagrado á las "harmonías luminosas" un largo artículo de la Revista Popular de Bellas Artes, el ignorante en música no podrá ya decir saliendo de un concierto, que no ha "visto sino azul." Al contrario, podrá asegurar, sin temor de ser desmentido, que le han hecho oír de todos colores.

Menu de Palacio—Año 1820

Un diario culinario que se publica en Hamburgo, intitulado *Küche und Keller*, ha encontrado el menú de una comida servida en las Tullerías el 6 de Enero de 1820.

Hélo aquí:

2 potages:

Potage printanier de santé
Bisque d'écrevisses

4 grosses pièces:

Faon de daim à la broche
Turbot, saucés aux huîtres
Carpe à la Régence
Casserole au riz à la St-Hubert.

16 entrées:

Filets glacés aux laitues
Sautés de filets de perdreaux aux truffes
Grenadins de filets de capreaux à la Toulouse
Côtelettes de chevreuil à la Soubise
Filets de cottes à la Villeroi, sauce Vénétienne
Quenelles de volaille au consommé réduit
Hattelettes à la belle-vue à la gelée
Escalopes de levrants au sang
Poulardes à l'estrageon
Kromeskis au velouté
Blanquette de filets de poularde à la Conti
Perches à la Waterfish
Poulets à la reine à la Chevre
Petits pâtés à la Béchamel
Filets d'agneaux aux pointes d'asperges
Purée de gibier à la Polonoise

4 grosses pièces:

Buisson d'écrevisses
Sultane à la Chantilly
Soufflé au fromage
Jambon de sanglier glacé

4 plats de rôtis:

Faisans de Bohême
Perdreaux rouges
Eperlans frits
Bécasses du Morvan

16 entremets:

Asperges en branches
Choux-fleurs au parmesan
Champignons à la Provençale
Truffes au vin de Champagne
Laitues à l'essence
Epinards au consommé
Salade à la Piémontaise
Concombres au consommé
Gelée d'oranges
Crème à l'Anglaise
Pannequets aux citrons confits
Eufs pochés au jus
Gateaux soufflés

Macaroni à l'Italienne
Pommes au beurre de Vanvres
Gaufres à la Flamande
Deux plombières extra
Desert

8 corbeilles, 4 corbillons, etc.

El diario de donde lo tomamos dice: hé aquí un menú que explica por qué Luis XVIII era gotoso.

De sobremesa

—¿Qué hora es?—preguntó una señora á un dependiente de comercio en cuya tienda compraba.

—Señora, por ser para usted, las dos y media.

—Papá, ¿conoció usted á mamá mucho tiempo antes de casarse con ella?

—A decir verdad, no la conocí sino mucho tiempo después.

ENTRETENIMIENTOS FILOSOFICOS Y LITERARIOS

INGENUIDAD Y SINCERIDAD

I

Muchos hay que blasonan de ingenuos y sinceros; y pocos lo son verdaderamente.

Abundan los que son ingenuos y sinceros en lo que les conviene; y nada más.

Muchos llaman ingenuidad el desempacho ó desparramo para soltar una pachotada.

Otros la hacen consistir en el descaro para decir una mentira.

Mas el que no es veraz y candoroso, no puede llamarse hombre ingenuo y sincero.

Para ser verdaderamente ingenuo y sincero se necesita, además, estar dotado de gran valor moral. La Rochefoucauld dice: "Las personas débiles no pueden ser sinceras."

II

¿Podrá merecer tan honrosos calificativos, v. g., el individuo que se presenta con los cabellos y barbas embadurnados de negro humo?—De ningún modo.

¿Podrá merecerlos el traficante que oculta los defectos y máculas, á la vez que pondera las buenas cualidades de su mercadería?—Menos aún.

¿Podrá merecerlos el litigante ó contendor que emplea argucias, sofismas ó paralogismos en sus discursos?—Mucho menos.

¿Podrá tampoco merecerlos el falso devoto que sale del templo afectando compunción en el rostro, cuando no la siente en el alma?—Menos aún que ninguno.

Hacemos caso omiso, por ahora, de aquellos industriales que publican ciertos avisos y reclamos muy en boga hoy día; así como de algunos otros tipos análogos que pudieran citarse.

III

Los rasgos fisonómicos del hombre ingenuo y sincero son muy especiales; y tan notorios, que difícilmente podrían dejar de reconocerse. Este tipo es la antítesis del hipócrita y del mentiroso: severo cuanto apacible y sereno, impone respeto, ó inspira confianza en todo sentido, hasta á los más suspicaces, maliciosos y desconfiados.

Textos. "La Sinceridad. Hé aquí el escudo precioso de la virtud; imán que atrae la estimación de los buenos: sol que brilla en la frente del que la posee, y ejerce para deslumbrar á los esclavos del disimulo y la mentira.

"La falta de sinceridad es prueba irrecusable de cobardía.

"La sinceridad es el noble león que espera en campo abierto, y que dice con su actitud sus intenciones.

"La falta de sinceridad es el reptil venenoso que busca la sombra y la alevosía para herir". (DE UN PERIÓDICO.)

"La sinceridad es una efusión del corazón. Muy pocos la tienen; y lo que ordinariamente se considera como tal, no es sino un refinado disimulo para ganar la confianza de los demás."

"La falta de sinceridad y el propio decoro, se excluyen.

"La sencillez ingenua es rasgo distintivo de toda naturaleza noble."

PATRIA Y MADRE

I

El sentimiento de amor que nos inspira la tierra en que nacimos, es comparable sólo, por cierta analogía que media entre ellos, al que nos inspira la madre que nos dio á luz.

Son éstas dos madres, á las cuales ninguna otra puede reemplazar. Ellas son siempre para nosotros nuestra tierra y nuestra madre; y nosotros siempre somos para ellas sus hijos.

En cualquiera otra tierra nos consideramos siempre en tierra ajena; cualquiera otra madre es siempre extraña para nosotros. Sentimos constantemente que aquélla no es nuestra tierra, y que ésta no es nuestra madre.

II

Queremos con gratitud á la tierra hospitalaria que, benignamente, nos recibe; y á la mujer magnánima que, haciendo las veces de madre, nos acoge en su regazo y cuida de nosotros desde la infancia. Pero á nuestra tierra y á nuestra madre las amamos con un afecto especial, íntimo; por adversas é ingratas que nos sean.

Los beneficios que nos prodigan otra tierra y otra madre, son mercedes que recibimos y estimamos como tales. Mas nuestra tierra y nuestra madre nos pertenecen y nosotros les pertenecemos, de una manera irrevocable; y son derechos y deberes mutuos, sagrados é inalienables, los que median recíprocamente entre unos y otras, que no mercedes.

III

Podemos amar muy de veras una patria adoptiva; pero recordando siempre la nativa. Podemos amar tiernamente á otra madre; pero echando siempre de menos la nuestra propia.

En la ausencia, por bien que nos encontremos, suspiramos de continuo por la tierra en que nacimos, y por la madre que nos dio á luz.

Nuestra patria y nuestra madre son propiedades de las cuales jamás nos desprendemos.

Tan poderosos y profundos son estos sentimientos en el hombre, que no dejan de amar á su patria y á su madre, ni aun los rarísimos desventurados que las traicionan.

IV

Los sarracenos y judíos nativos españoles, no podían consolarse de la pérdida de su adorada patria; y sus descendientes, después de transcurridos más de tres siglos, la recuerdan todavía con afecto; sentimiento que los altece!

Tan sagrados é imponentes son los vínculos que ligan al individuo con la patria, que hoy los gobiernos civilizados con dificultad se resuelven á extrañar del suelo patrio á ningún nativo.

B. RIVODÓ.

NUESTROS GRABADOS

General Ignacio Andrade

PRESIDENTE DE LOS ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA

En la primera página se halla el retrato de este distinguido ciudadano descendiente de ilustres próceres.

República Dominicana

Doce vistas de Santo Domingo, capital de la República, ilustran las páginas del presente número. Entre ellas aparecen las ruinas de los templos y palacios de la época de la colonia, edificios que junto con la Catedral rememoran una arquitectura atrevida y sólida y llevan al pensamiento á pasearse por los dominios de la historia.

Cristóbal Colón descubrió la isla el 6 de diciembre de 1492; el 12 tomó posesión de ella bautizándola con el nombre de "La Española;" y con los restos de una de sus embarcaciones, que había zozobrado en la costa, construyó su primer acuartelamiento en tierra americana.

En 1500 llegó á la isla el comendador Bobadilla quien manchó su nombre consumando las venganzas de los envidiosos de Colón, á quien aherrojó, y junto con sus hermanos remitió á España. Afortunadamente fue breve el gobierno de este hombre funesto, y al año, ó poco más, fue reemplazado por Ovando, gobernante severo, de gran energía y de indiscutibles dotes de mando, aunque sobrado cruel en los medios que empleó para acabar de someter á las pocas tribus de indios que se mantenían independientes. Fue Ovando quien consumó el innecesario sacrificio de la cacique Anacaona, la figura más bella de la leyenda abori-

gene; pero la historia reconoce en el colonizador al hombre de cualidades superiores, el único, quizás, entre todos los gobernadores que vinieron á la isla, que tuvo la percepción clara de lo que debía hacerse para establecer las bases de aquella sociedad naciente, cuyas columnas tenían que serlo, necesariamente, los más toscos y despreocupados aventureros que se reclutaban en las playas y bodegones de las ciudades marítimas de España, quienes dirigidos por algunos frailes y capitanes de ventura, formaron la flor y nata de las primeras expediciones.

De la obra de progreso de Ovando debe citarse, el establecimiento de la actual ciudad de Santo Domingo, en la que construyó la fortaleza del Homenaje en la ría del Ozama; el hospital de San Nicolás, el convento de San Francisco, y puso la primera piedra de casi todos los edificios que la hermocean. Durante la colonia se construyó la iglesia metropolitana catedral de Santo Domingo, siendo su primer Arzobispo don Alonso de Fuenmayor, que ocupó la silla primada en 1549.

De esa época al presente informan grandes crisis la vida política de la isla. La cesión á Francia, por medio del tratado de Basilea; la incorporación otra vez á España, y luego á la Gran Colombia; la dominación haitiana; la independencia; la anexión á España, consumada por el General Santana en 1861; y por último la Restauración. Vienen luego las guerras civiles, con las cuales acaba el gobierno del General Hereaux, magistrado discutido; y comienza en estos últimos años la era de progreso. Al amparo de la paz que disfruta la República, ha nacido la confianza en todos los centros sociales; el trabajo activo se ha desarrollado en los campos y ciudades; la agricultura ha aumentado sus productos, el comercio su movimiento y las rentas públicas han crecido considerablemente.

Haití

El incendio del 28 de diciembre de 1907

Como lo saben nuestros lectores por los telegramas publicados por la prensa diaria, gran parte de la ciudad de Puerto Príncipe fue devorada por un incendio. Rememoran tan desgraciado suceso, las vistas de la Iglesia de San José que aparecen en nuestras páginas.

A las once de la noche del 28 de diciembre último, la población de Puerto Príncipe estaba alarmada por el toque de campanas: el fuego principiaba en una casa de la Gran Calle, cerca de la parroquia de San José.

Favorecido por una fuerte brisa, el fuego azotaba rápidamente las casas vecinas, casi todas de varios pisos y construcción de madera. Desde los primeros momentos se comprendió que el incendio haría grandes estragos y se extendería hasta el mar; desgraciadamente sopló el viento con violencia, remoliendo en las calles incendiadas, dando á las llamas tal intensidad que el incendio se propagó muy pronto, con inaudita rapidez.

No había más que resignarse. En algunas horas, sobre una superficie de varias hectáreas, no quedaron sino ruinas. Las casas de hierro y mampostería no fueron tan deterioradas por las llamas, pues sus construcciones las defendían.

A las tres de la mañana el fuego se propagaba hacia el vecindario de San José, donde los infortunados habían logrado amontonar todo lo que habían podido arrancar á las llamas. En vano algunos hombres se arrojaron al fuego para salvar, cuando menos, el presbiterio y la iglesia, librando las construcciones vecinas; el fuego, avivado por el viento, incendió edificios tan distantes que apenas podían percibirse á la simple vista; muy pronto el presbiterio se conflagró y las llamas comenzaron á caer sobre la iglesia la cual estaba situada á veinte metros.

La población que allí se encontraba, se ocupó con ardor en retirar todo lo que podía trasportarse; algún tiempo después el Santísimo Sacramento estaba á salvo en la Catedral; ornamentos, vasos sagrados, estatuas, sillas y cuadros, todo fue disputado á las llamas; el fuego alcanzaba la bóveda, y el interior de la iglesia estaba defendido por hombres valerosos; cuando el fuego asomó por primera vez sobre el techo de la iglesia la población se mostró más horrorizada y lanzó un grito de pavor: esto era como el lamento de toda una parroquia que se ve perecer; las campanas de la iglesia sonaron y era éste su último tañido, como un grito de agonía lanzado al Cielo.

Muchos que habían visto derrumbarse sus casas no podían menos que llorar y soportar éste último dolor y gritar: San José nos abandona!

A las seis de la mañana no quedaba de la bella iglesia de San José sino los muros todavía humeantes; y á las seis y media un temblor de tierra lento y largo hizo caer la fachada del presbiterio que era lo que quedaba; después el campanario se desplomó, y en fin las mismas columnas se derribarón uno tras otra.

Las "Hijas de la Sabiduría", cuyo pensionado ha sido respetado por el incendio, pusieron á la disposición del Clero, para levantar provisionalmente una iglesia y un presbiterio, una parte espaciosa en sus magníficos asilos.

La población manifestó claramente su propósito de emprender lo más pronto posible la construcción de una nueva iglesia.

Río Caribe

La vista parcial que de esta ciudad del Oriente insertamos hoy, representa la playa del puerto, que hace pintoresca la desembocadura del río que orilla la población.

El Samán de la Trinidad

La leyenda dice que este árbol, fruto de una semilla del célebre samán de Güere, fue sembrado por el alarife que construyó la antigua iglesia de la Trinidad. Nuestro eminente Andrés Bello lo inmortaliza en delicados versos; y lleva el nombre del *Arbol del Buen Pastor* desde el día que lo salvó del golpe de hacha de un labriego, el sabio y virtuoso levita doctor José Cecilio Avila. Juan Vicente González y Aristides Rojas, después del suceso, consagraron hermosas páginas al célebre samán y á su amado protector.

El *árbol del Buen Pastor* tiene entre nosotros la veneración que se profesa al *Arbol de Guernica* entre los españoles, á pesar de ser muy distinta la historia de ambos.

En peregrinación

El sitio campestre en que se desenvuelve la acción concurre á hacer resaltar la poesía mística que se desprende del cuadro. La madre, de rodillas, levantando al pequeñuelo para que presencie la procesión; la joven labradora con la hoz en descanso; y la ciudad cercana, al pie de la montaña, producen un efecto amable que inspira cosas santas al pensamiento.

Delicias orientales

El valse así titulado, que publicamos hoy, es reducción del de piano y canto Op. 58, obra del notable profesor español recién llegado á Caracas, señor Modesto Borrell. En la sección "Suelos Editoriales" nos ocupamos de este caballero.

Buena nueva

De antigua data es el juego de naipes por el que se pretende sorprender los secretos del porvenir. En esa tarea está empeñado el grupo femenino que Schram coloca en un medio poético para hacer más amable el instante en que las cartas anuncian una buena nueva, produciendo grata satisfacción en el ánimo de las bellas damas.

El confidente de Cupido

Es un capricho de artista, y como el amor es el alma del asunto, el cuadro despierta los más delicados pensamientos.

La novia del Marinero

El anhelo resplandece en sus miradas, que quieren penetrar más allá del horizonte brumoso; y la esperanza palpita dentro de su pecho porque ama con todas las energías de un corazón sencillo.

Regresará á la playa el marinero, y la dulce prometida le dirá con los ojos fijos en él que ha rogado al cielo porque no fuera víctima de las perfidias del océano.

Descanso

Sobre la carreta, cargada de espigas, aparece sentada la hermosa segadora en medio del camino, descansando de la rústica labor.

Su pensamiento está muy lejos del sitio donde se encuentra. Quizá vuela á donde vuela su alma bella como las flores campestres.

El dió

La actitud y expresión de las figuras del cuadro corresponden al asunto, sintetizado con franca naturalidad por el pintor inglés.

Asilo de noche en Berlín

El cuadro es humano y habla al alma con la amargura de la desgracia. En ese sitio aparece el montón anónimo de los desventurados sin hogar.

Carreras de caballos

La nueva vista del Hipódromo de Sabana Grande reproduce una sensacional carrera de caballos criollos, en la que es vencido por *Papagayo* el favorito *Borinquen*.

SUELTOS EDITORIALES

Instituto Nacional de Bellas Artes.—Con resultados provechosos para la cultura artística del país ha tenido efecto el primer concurso semestral del Instituto Nacional de Bellas Artes que, bajo la dirección del ilustrado colaborador nuestro, —señor Emilio J. Mauri,—viene realizando progresos dignos de los mayores encomios.

En la sección de dibujo alcanzó el premio el señor Juan de Jesús Izquierdo, quien concurre con un estudio al desnudo que representa un joven de medio cuerpo, sentado; en la de pintura, el señor Francisco Valdez por su cuadro que representa dos mujeres en oración; en la de escultura, el señor Narciso S. Suárez por su obra intitulada "Mendigo"; en la de arquitectura, el señor Mariano Herrera Tovar; y en la de música, el señor J. M. Hurtado Machado, autor de una balada. Los *accessit* acordados por el Jurado fueron obtenidos por los señores Lorenzo A. González C. y Octaviano Urdaneta Larrazábal, en las secciones de escultura y arquitectura, respectivamente. El primero de éstos presentó un busto del señor J. Ernst, considerado como obra de indiscutible mérito, por el parecido extraordinario.

Cítanse también como obras de mérito el cuadro al óleo "Una lavandera" del mismo autor de "Mujeres en oración;" "Escena campestre," y un retrato al óleo, no concluido, de autores que no han revelado sus nombres;—y un cuadro que representa una "momenta regando flores," obra, según se dice, de una señorita de esta capital.

Dado el éxito del concurso somos de la misma opinión del estimable colega que pide á la nueva Administración los elementos necesarios á la importancia del Instituto, y luego la reforma del local que ocupa, por no ser adecuado, á causa de su deterioro.

Mientras nos prometemos dar á conocer algunas de las obras laureadas, como un homenaje á sus autores, presentamos nuestras más cordiales felicitaciones al señor Mauri.

"El Tiempo."—Nuestro distinguido colega *El Tiempo* ha inaugurado, en la primera semana de la quincena anterior, la sección ilustrada de sus *Sábados literarios*.

El acreditado diario ha instalado un taller de fotograbado en sus oficinas, bajo la dirección del joven Daniel Punar, hijo de nuestro apreciado amigo don Carlos, Director propietario de *El Tiempo*.

Felicitemos sinceramente al colega por estos progresos y renovamos nuestros votos por su prosperidad.

Arte.—El autor de la página musical del presente número es el notable pianista y maestro compositor, señor Modesto Borrel, recientemente llegado á esta ciudad donde piensa fijar su residencia con el objeto de dedicarse á la enseñanza, prometiéndose alcanzar aquí los mismos triunfos que, según la prensa española y americana, ha obtenido en Cataluña, Manila, Cuba, Puerto Rico, Buenos Aires y Asunción, ciudad ésta que premió los méritos del señor Borrel dándole el cargo de Profesor de la Escuela Nacional de Música.

Trae el distinguido artista y caballero de correctas maneras, las mejores referencias, consignadas en periódicos acreditados.

Juana Jacinta Vera Peñalver.—Acompañamos en su duelo á los padres y deudos de esta angelical criatura que antes de conocer las asperezas del camino de la vida, remontó el vuelo á las supremas alturas: "patría de la esperanza y del consuelo."

Santos C. Matthey.—Con los honores correspondientes á su alta jerarquía militar, fue sepultado el cadáver de este honorable ciudadano, cuyas virtudes públicas y priva-

das lo hicieron acreedor al afecto y consideración de sus compatriotas.

Desempeñó puéstos de importancia; y se retiró de la política activa á causa de las dolencias físicas que en estos últimos años venían minando su existencia.

Su trato culto y su carácter afable le granjearon valiosas relaciones. Acepten sus hermanos nuestro más sentido pésame.

Candidatura Andrade.—Damos las gracias al señor General Zoilo Bello Rodríguez, por el obsequio que nos ha hecho del lujoso ejemplar de la obra intitulada: *Proceso Electoral de 1897.—Triunfo de la Candidatura del General Ignacio Andrade para la Presidencia de la República de Venezuela de 1898 á 1902.*

En dicha obra están recopilados por el General Bello Rodríguez los documentos andradistas de más importancia que se publicaron en el país, durante el último proceso electoral.

"El Extraño" por Carlos Reyles.—Madrid.—Establecimiento tipográfico de Ricardo Fé.—1897.—Reyles es actualmente el primer novelista del Uruguay. *Por la vida y Beba* fueron las obras que lo colocaron en el envidiable puésto que hoy ocupa en la buena literatura hispano-americana. Últimamente ha publicado bajo el título de *Academias* dos novelas más que han llamado poderosamente la atención en América y España: *Primitivo* y *El Extraño*. El propósito del autor de *Academias* está expresado en el prólogo de *Primitivo* que publicamos á continuación con las aclaraciones y fundamentos que el novelador uruguayo ha creído necesarios, en vista de las interpretaciones que han hecho de dicho prólogo Gómez de Baquero, Rodó, Lugones, Ferrereira y otros críticos de nota. Rodó, al asegurar que la iniciación del propósito de su joven compañero está destinada á parecer detestable á muy diversas especies de censores; afirma al mismo tiempo que "los que viven la vida de su época, los que quieren sentir y pensar, aun á costa del dolor, y no retroceden cuando la palabra que predica una conquista nueva los llama á las asperezas y las sombras, esos comprenderán la oportunidad suprema del intento, su fecundidad virtual; y lo recibirán como se recibe el grito que, lanzado de entre la multitud impaciente y anhelosa, hace sensible la aspiración que unificaba todos los deseos. el impulso que estaba en todas las voluntades."

Para Gómez de Baquero, el famoso crítico de *La España Moderna*, *El Extraño* es superior á *Primitivo*. La síntesis de su estudio está en este párrafo: "el personaje que presenta el escritor uruguayo en *El Extraño* es un tipo refinado y complejo, que pertenece á la familia de los héroes de Bourguet y Marcelo Prevost, y tiene la cantidad suficiente de neurosis para que Nordau pudiera clasificarle entre los degenerados del final del siglo. Su balace psíquico acusa exceso de intelectualismo y de sensibilidad morbosa, atonía moral, voluntad floja y contradictoria. Es un *esteta*, ó en términos más llanos, un *sensualista*. Ve, siente y juzga las cosas de otro modo que los demás, y por eso resulta para ellos un extraño, como á su vez son para él *extraños* aquellos hombres que no le comprenden y que representan la vulgaridad, el común sentir, los prejuicios sociales, todo lo que él aborrece y menosprecia." Después de este severo análisis, el crítico español encarece el interés del asunto de la novela de Reyles y cree que esta *Academia* ó *Ensayo de Modernismo*, no desmerece junto á las obras francesas inspiradas en la misma tendencia.

La publicación de *El Extraño* ha dado lugar á un cambio de artículos entre don

Juan Valera y Reyles.—Para Gómez de Baquero, la opinión de este último es la que más se aproxima á la verdad, aunque acaso lleve ventaja en el debate el señor Valera, como maestro en el decir y muy sutil é ingenioso discutiendo, aunque el escritor uruguayo no resulta un adversario mediocre.

En esa discusión, Valera censura la afición de los escritores hispano-americanos á inspirarse en la literatura francesa, y juzga esa afición como obra de menosprecio á la literatura española. Reyles rebate con argumentación sólida; pero lo más grato para las letras sur-americanas, por la justicia que se nos reconoce, son las razones convincentes que opone á la opinión de don Juan Valera el crítico de *La España Moderna*, su compatriota antes citado.

"Mucho mejor sería para nosotros, y acaso para los americanos de nuestra raza, —dice el crítico—que España siguiese siendo la metrópoli intelectual de sus antiguas provincias del Nuevo Mundo. No lo es, y ante el hecho sirve de poco la dialéctica. Estas primacías intelectuales no se ganan por títulos históricos, ni por los meros vínculos de consanguinidad y de raza. Requieren una superioridad de cultura que no poseemos con relación á otros pueblos de Europa, y no podemos censurar en justicia á los hispano-americanos porque busquen inspiración en esos pueblos."

Agradecemos el envío de *Academias*, por ser obra de verdadero mérito en su género y porque nos ha proporcionado la oportunidad de dar á conocer una vez más la estimación que se tiene en el extranjero por la producción intelectual de nuestras nacientes nacionalidades.

He aquí el Prólogo á que hemos hecho referencia:

AL LECTOR

"Me propongo escribir, bajo el título de *Academias*, una serie de novelas cortas, á modo de tanteos ó ensayos de arte, de un arte que no sea indiferente á los estremecimientos é inquietudes de la sensibilidad *fin de siglo* (1), refinada y complejísima, que transmite el eco de las ansias y dolores inenarrables que experimentan las almas atormentadas de nuestra época, y esté pronto á escuchar hasta los más débiles latidos del corazón moderno, tan enfermo y gastado. En substancia: un fruto de la estación.

En Francia, en Italia, en Alemania y otras naciones se han hecho y se hacen continuamente tentativas numerosas—algunas ridículas, otras muy inspiradas y razonables—para multiplicar las sensaciones de fondo y forma y enriquecer con bellezas nuevas la obra artística, para encontrar la fórmula preciosa de arte del porvenir—que no es el naturalismo, ni la novela psicológica, como la entienden Baurget ó Huysmans, ni siquiera el flamante *naturismo*, ni las ideologías de Barrés;—es otra cosa más ideal y grande, de que acaso sospechó la existencia el Dios de Bayreuth. En España no. A pesar de *Fortunata y Jacinta*, *La Fe*, *Su único hijo*, y otras obras de indagación psicológica, la novela española, nutriéndose sin cesar del vigoroso realismo con que la robustecieron los Cotas, Cervantes, Hurtado de Mendoza, Alemanes, Espineles y Quevedos, es actualmente en su esencia y en sus cualidades castizas —que no consisten en el estudio de caracteres y pasiones, sino en la pintura de costumbres y en la gracia, amenidad y frescura del relato—lo que fue en el gran siglo XVI y principios del XVII: costumbrista y picaresca, cuadros de género de exacta observación, magníficos paisajes, escenas regocijadas, mucha luz y mucha travesura; un procedimiento grande y simple que ha engendrado obras verdaderamente hermosas, pero locales y *epidémicas*, demasiado epidémicas para sorprender los *estados de alma* de la nerviosa generación actual y satisfacer su curiosidad del *misterio* de la vida.

(1) Lo cual no quiere decir que exclusivamente sean esos los asuntos de que traten las Academias.

Por eso los complejos, los *sensitivos*, los intelectuales van á buscar en Tolstoy, Ibsen, Huysmans ó D'Annunzio, lo que no encuentran en castellana lengua, tan propia por su admirable elasticidad y riqueza para expresarlo y pintarlo todo: con el fuego que la *caliente*, las pasiones ardientes y los amores locos, que dan la nota aguda del sentimiento; con el color que la hermosa, las *carnaciones* más bellas y los matices más peregrinos; con la sonoridad y el número que la suavizan y hacen muelle y blanda, las languideces y los desmayos de la voluntad y la fineza y ternura voluptuosas de los muslos y los senos de mujer... Todo, todo: el mago de la palabra y el mago del color hablaban aquella lengua.

Admirable el *regionalismo* de Pereda, admirable y grande el *urbanismo* de Galdós; pero en arte hay siempre un más allá, ó cuando menos *otra cosa*, que las generaciones nuevas, si no son estériles, deben producir, como las plantas sus flores típicas. Por otra parte, el público de nuestros días es muy otro que el de antaño; los hijos espirituales de Schopenhauer, Wagner, Stendhal y Renan, los espíritus delicados y complejos, aumentan en España y América; es, pues, llegada la hora de pensar en ellos, porque su sentir está en el aire que se respira: son nuestros *semejantes*. Y para nuestros semejantes escribo.

Los que pidan á las obras de imaginación mero solaz, un pasatiempo agradable, el *bajo entretenimiento*, que diría Goncourt, no me lean; no me propongo entretener, pretendo hacer sentir y hacer pensar por medio del libro lo que no puede sentirse en la vida sin grandes dolores, lo que no puede pensarse sino viviendo, sufriendo y quemándose las cejas sobre los áridos textos de los psicólogos; y eso es muy largo, muy duro... Digámoslo sin miedo: la novela moderna debe ser obra de arte tan exquisito que afine la sensibilidad con múltiples y variadas sensaciones, y tan profundo que dilate nuestro concepto de la vida con una visión nueva y clara.

Para conseguirlo tomaré colores de todas las paletas, estudiando preferentemente al hombre sacudido por los males y pesares, porque éstos son la mejor piedra de toque para descubrir el verdadero metal del alma.

A muchos que ignoran que el dolor es lo más soberbiamente humano que hay sobre la tierra, acaso disgustarán los asuntos que elija; acaso á otros ofendan ó irriten las ideas que las Academias pueden sugerir; probable es, asimismo, que sin intento deliberado levante ampollas y reciba insultos y zarzadas. Ninguno de estos peligros se me ocultan; de sobra sé que el ir contra la corriente tiene sus quiebras, y ante mis ojos está la senda fácil por la cual, haciendo rodeos y del brazo de la *Hipocresía*, se sube descansadamente á las alturas... pero, ¿cosas de la ardua juventud!; el camino recto, regado con la sangre generosa de los luchadores es el que me atrae. Tengo mi verdad y trataré de expresarla valientemente, porque yo, asombrado lector, humilde y todo, pertenezco á la gloriosa, aunque matrecha y ensangrentada filange, que marcha á la conquista del mundo con un corazón en una mano y una espada en la otra."

"Traducciones" y "Poemas."

Autor de estas celebradas obras, esmeradamente editadas en Buenos Aires, es nuestro distinguido colaborador Leopoldo Díaz, quien actualmente desempeña en Ginebra el cargo de Cónsul General de la República Argentina en Suiza. Con afectuosa dedicatoria hemos recibido sendos ejemplares de esos bellos libros, de los cuales tienen noticia nuestros lectores por la carta de Mauricio Barrés y el estudio crítico de José Enrique Rodó; carta y estudio publicados en números anteriores de nuestra Revista.

Al hacer referencia en esta sección de *Traducciones* y *Poemas*, nos es muy grato reproducir á continuación los juicios que han merecido del insigne estadista y literato don Bartolomé Mitre, del ilustrado Doctor Miguel Cané, y de nuestro asiduo colaborador Enrique Gómez Carrillo.

"Bartolomé Mitre, saluda al poeta Leopoldo Díaz, y le agradece el envío de sus

Bajo-Relieves y *Poemas*, que en versos esculturales modelan la imagen.—Símbolo de la Idea ó de la visión del Ideal,—en que la Fantasía vuela con alas invisibles por vagos espacios, haciendo estremecer el alma, como el viento que al pasar hace gemir las Liras Eólicas."

Buenos Aires, 1896.

9, Rue Alfred de Vigny—Señor Leopoldo Díaz, consul general de la República Argentina en Ginebra—Estimado señor: He tenido el honor de recibir el ejemplar de *Traducciones*, que ha tenido usted la bondad de enviarme. No me ha sido aún posible recorrerlo todo, como lo habría deseado, comparando su versión al original. Pero he leído con tanto placer algunas traducciones de piezas que me son bastante familiares; posee usted un instrumento tan admirable y tan curiosa facilidad para vertir el pensamiento ajeno en forma elegante y exacta, que me viene el deseo de buscarle una pequeña querrela.

Es sobre los sonetos de Heredia, que en su género y entre muchos otros, son de lo más perfecto que el hombre haya producido. Páreceme que se ha dejado usted vencer por su propia facilidad; ciertos versos, vertidos con una exactitud, con una precisión y una acústica que me dan realmente la sensación del original, me hacen deplorar el flojo abandono de otros, en los que, si la idea se vislumbra aún, es tan tristemente vestida, que pierde su altiva y serena expresión.

Así, en la "Fuite de Centaures," los dos últimos versos:

Allonger derrière eux, suprême épouvantall,
La gigantesque horreur de l'ombre herculéenne.

Se han convertido en:

Tras ellos proyectando, magnífica y serena,
De Herakles invencible la sombra amenazante.

¿No cree usted que con un poco de trabajo habría conseguido ese maravilloso efecto que alcanza Heredia levantando sobre el horizonte, con un verso, la imagen colosal?

Podría citarle, siempre en Heredia, algunas otras desfallecencias, pero me basta con la indicada para demostrarle en mi crítica que me habría sido fácil y cómodo reemplazar por un elogio banal toda la estimación que tengo por su hermoso talento, que estoy seguro puede llegar á producciones perfectas.

En cambio, pocos versos me han hecho una impresión más grata, que ese delicioso *Vado* de Stecchetti, cuyo original no conozco, pero que dudo sea superior á su delicada versión, tan fresca y profundamente sentida.

La serena vida suiza, en medio de esa democracia absoluta, tan chata al primer aspecto, y tan interesante cuando se la estudie van á permitir á usted enriquecer nuestras pobres letras nacionales con algunos bellos trabajos de su espíritu. Todos nos felicitaremos, y el país en primer término.

Pero donde está tiene tiempo; lime, pula, modele hasta quedar contento... y perdone estas impertinencias de viejo á su muy atento y S. S.—*Miguel Cané*.—París, junio 1897.

"Los *Bajos Relieves* son una obra verdadera de Poeta y de Artista. Sus sonetos wagnerianos y shakespearianos son las más delicadas joyas que ha producido en América la influencia del Norte. ¿Lástima que usted no haya hecho dos ó tres ibsenianos! *Nora*, encerrada en un soneto, sería un camafé de marfil, y con *Peer Gynt*, podría usted forjar una soberbia medalla de bronce.—*Enrique Gómez Carrillo*.

"**La Industria Agrícola.**"—El señor doctor Guillermo Delgado Palacios nos ha enviado su interesante folleto en el cual expone su propósito de fundar una institución de iniciativa particular, que sea de utilidad real y eficaz influencia en favor de los agricultores y criadores. Ese encomiable propósito es el de redactar un periódico de agricultura práctica, que en lenguaje claro y sencillo exponga los conocimientos más avanzados y de mayor importancia para perfeccionar la industria agrícola, "abatida hoy más que nunca por la depreciación que sufren sus productos en los mercados del interior y del exterior de la República." *La Industria Agrícola*, que así se denominará el periódico del doctor Delgado Palacios, será órgano de la "Oficina técnica de Agricultura," donde los redactores del mencionado periódico tendrán, para el hacendado ó el industrial, el deber de esclarecer dudas, resolver dificultades y prestarles todo el apoyo de que han menester para perfeccionar sus industrias ó mejorar sus cultivos y crías.

A nadie se le escapará la importancia de la empresa que acomete el doctor Delgado Palacios, á quien acompañan individuos competentes en la materia, como son los doctores Antonio Pedro Mora, Santiago Aguerrevere, Jorge Nevett, Enrique Delgado Palacios, Armando Blanco, José Tomás Sosa Saa y señor Wenceslao Pons Sans, cada uno de los cuales tendrá su sección especial en el periódico y en la oficina.

Abrigamos la creencia de que el iniciador y colaboradores de la empresa saldrán avantes en su cometido, porque son hombres de conocimientos, y porque, dados los beneficios que prometen á la industria del país, tendrán el suficiente apoyo para conquistar el crédito á que aspiran.

Aplaudimos los patrióticos propósitos del doctor Delgado Palacios y le damos las gracias por el envío de su folleto.

Agustín Hellmund.—Por el cable se sabe en Caracas el fallecimiento del señor Agustín Hellmund, ocurrido en la ciudad de New York, donde se prometía disfrutar una placida temporada en unión de su bella esposa.

Hellmund era un joven culto, caballero y de holgada posición. La muerte lo ha sorprendido siendo representante del Estado Los Andes en el Congreso Nacional.

Consideramos el dolor de su joven esposa, y le enviamos la expresión de nuestro más sentido pésame, que hacemos extensivo á los demás deudos del finado.

"**En el ocaso.**"—*Reminiscencias americanas y europeas*, por Andrés Clemente Vázquez.—Habana.—Imprenta de Pulido y Díaz. 1898.—En un volumen de 352 páginas, bellamente impreso, ha coleccionado el ilustrado juriconsulto señor doctor Andrés Clemente Vázquez, los artículos literarios que ha venido publicando en los principales periódicos de la isla de Cuba, donde hace años ejerce las funciones de Cónsul de los Estados Unidos Mexicanos. Abundan en el libro páginas que comprueban la reputación de que goza el autor como literato de excelentes facultades, sobresaliendo entre éstas las de sencillez en el estilo, claridad de concepto y acertado criterio en las materias de que trata.

La diversidad de los asuntos también concurre á hacer interesante y ameno el libro del señor Vázquez, de quien dice el prologuista que es un espíritu intensamente sentimental, enamorado del romanticismo idealista de mejor cepa, muy adentro de la castidad artística y redentora de Lamartine, pero levantado para mirar el grande espacio de la *Leyenda de los Siglos* y *La Piedad Suprema*.

EL COJO ILUSTRADO aprecia debidamente la honrosa dedicatoria con que le ha llegado el ejemplar de *En el ocaso*.

Dr. Rafael Seijas.—Este distinguido amigo nuestro ha sido honrado muy merecidamente por el Gobierno de Venezuela con un decreto en que se le concede una pensión especial de B 400 mensuales por los importantes servicios que ha prestado al país y á la enseñanza pública durante largos años. Digna de todo aplauso es esta medida que viene á premiar la honradez, el saber, y la asidua contracción del respetable señor Dr. Seijas.

EL COJO ILUSTRADO le felicita cordialmente.

Dr. Mariano Herrera Vegas.—Ya en prensa el último pliego de esta edición viene á nuestro conocimiento la triste nueva del fallecimiento de este respetable caballero. Damos nuestro sentido pésame á su distinguida familia.

Dos novelas.—“LUCILA” y “DE LA FORMA AL FONDO.”—por Rafael del Valle.—1898.—Caracas.—Estas obras han sido publicadas en un volumen que ya circula entre los hombres de letras y hemos tenido el gusto de leer, gracias al amable obsequio que nos ha hecho el autor, de un ejemplar de esta nueva producción.

En ambas novelas campea holgadamente el estilo descriptivo que domina, y es quizá la forma predilecta del Doctor del Valle: pomposa y rica de colorido en *Lucila*; desmenuzada en pormenores, los unos rápidos, los otros acaso demasiado prolijos, en *De la forma al fondo*.

Pertenece la primera al género eminentemente caballeresco y romántico, de sabor clásico, revestido con las circunstancias de lugar, acción y caracteres que cuadran á esta escuela especial; bien que el argumento,—que es en suma la lucha del amor, hijo tirano del corazón, con las preocupaciones sociales no siempre avenidas á los anhelos de las almas elevadas,—se desarrolla con amplitud al calor de la moderna filosofía.

La otra es por todo de la época actual, lo mismo respecto de la frase, suelta y sin rebuscamientos, que respecto de los rasgos narrativos y descriptivos, empapados en hechos y tendencias contemporáneas; y lo mismo respecto del propósito de la obra, el cual no es otro que el presentar desde un punto de vista nuevo, el grave problema del celibato clerical obligatorio, pugnando con los impulsos de la naturaleza, de la moral y de la virtud.

De esto se deduce que el doctor del Valle ha obedecido precisamente al espíritu de la novela tal como la entienden hoy los maestros de este género de composiciones; es decir, como vehículo ameno para ofrecer, con los detalles de la vida real, el estudio de asuntos interesantes á la perfección de las costumbres y al adelanto de la ciencia social.

Gabriel del Orbe, VIOLINISTA.—Es dominicano, y sólo tiene nueve años de edad. Al verle, nadie puede suponerse que en su cuerpo de niño esté encerrada una grande alma de artista, y dentro de esa cabeza el cerebro de un genio.—La noche del 24 de febrero se hizo conocer en el Conservatorio del Instituto Nacional de Bellas Artes, interpretando de modo magistral en su violín ($\frac{3}{4}$) una fantasía sobre motivos del *Otello* de Rossini, *La abuelita* de Ländler, variaciones sobre el tema de *Marta* de Leonard y el *Carnaval de Venecia* de Dancla. El auditorio, que era selecto porque lo formaban: damas de espíritu cultivado, el Ministro de Instrucción Pública, representantes de la prensa, profesores de reputación y caballeros de buen gusto, aplaudió los golpes maestros con que el niño del Orbe nos hacía recordar los buenos violinistas que nos han visitado.

A los tres años de edad reveló del Orbe decididas aficiones al violín. Su padre tocaba este instrumento, y el niño, que siempre le escuchaba embelesado, abandonaba las travesuras propias de la infancia para entretenerse

en construir violines de yagua con cuerdas elásticas. Tan irresistible fue su afición, que á los cinco años su padre se vio en la necesidad de comprarle un violín. No bien estuvo en posesión del instrumento, cuando empezó á ejecutar con asombrosa facilidad todas las piezas que le oía á su progenitor, quien al poco tiempo se declaró incompetente para servir de maestro á su hijo. Desde entonces, sin dirección alguna, iba seguido estudiando, y gracias á su genio ha hecho progresos increíbles, como lo demuestra la audición á que nos venimos refiriendo.

El señor Mauri, Director del Instituto Nacional de Bellas Artes, se esmeró en atender á las personas que tuvieron la grata satisfacción de oír por primera vez al célebre niño dominicano.

Libros y folletos recibidos.—*Historia militar y política del general Joaquín Crespo*, por León Lameda y Manuel Landaeta Rosales, volumen segundo.

Mensaje que presenta el Gral. Joaquín Crespo, presidente constitucional de la República al Congreso nacional en 1898.

Mensaje que dirige el Presidente del Estado Zamora á la Legislatura en 1898.

Mensaje y memoria del Presidente del Estado Bermúdez y secretario general, y aprobación de los actos de la Administración por la Legislatura.

Discurso pronunciado por el Dr. Pedro Febres Cordero, Senador por el Estado Zamora, en el acto de declarar abiertas las sesiones constitucionales del Senado de la República, el 20 de Febrero de 1898.

Informe anual del procurador general de la Nación á la Alta Corte Federal, sobre la marcha de la administración de justicia y mejoras en el poder judicial nacional, enero de 1898.

Asunto Mestre, en que se reclama judicial-

mente á Venezuela un “Proyecto de Código militar.”—Alegatos del Procurador general de la Nación y sentencia de la Alta Corte Federal.
Damos las gracias á los señores remitentes.

Omniens consensus.

Recetada por más de veinticinco años.
Siempre con éxito.

El que suscribe, Médico-Cirujano de la Facultad de Barcelona, Caballero de la Orden Civil de Beneficencia, Director Médico de visita de naves del puerto de Fajardo, etc., etc.

Certifico: Que en los veinticinco años que llevo de práctica de la medicina he empleado, siempre con éxito, la Emulsión de Scott, de aceite de hígado de bacalao con hipofosfatos de cal y de sosa.

Y para constancia expido el presente, en Fajardo, Pto. Rico, á 26 de Julio de 1894.

DR. ESTEBAN LÓPEZ.

El Doctor D. Francisco A. Rísquez, Vice-Rector de la Universidad Central de Venezuela, Catedrático de Patología interna en la misma y Vocal Secretario del Consejo de Médicos de la República, dice que:

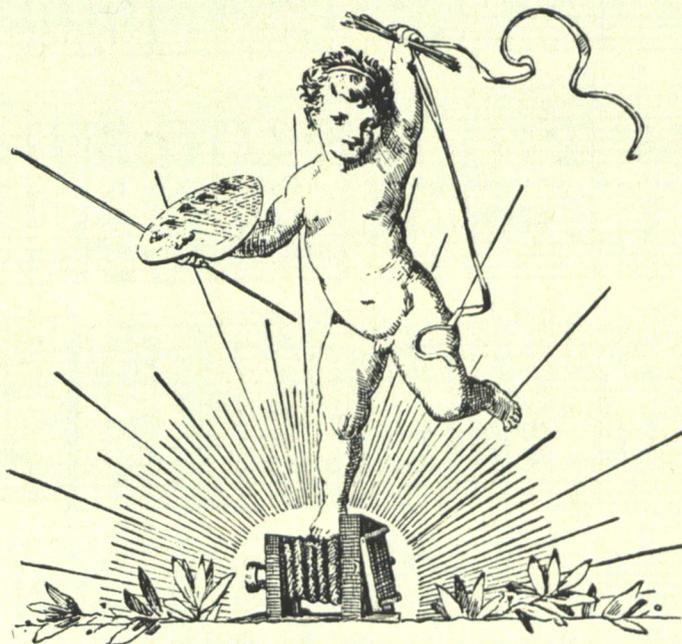
El Jabón Hamamelis-sulfuroso del Dr. Rosa reúne las virtudes del azufre, anti-dartroso y parasiticida, y el Hamamelis, tónico astringente, con las condiciones de un buen Jabón.

El Jabón Carbólico del Dr. Rosa con las propiedades antisépticas de los Jabones fenicados, tiene la gran ventaja de su buen olor.

De venta al por mayor, Feo Hermanos.—Valencia.

LAS MUJERES de este país tienen el cutis naturalmente bonito aunque muy sensible al aire demasiado vivo y al sol demasiado ardiente. Para impedir el **bochorno**, **grietas barros** y hasta las **manchas de pecas**, empleese para la **toilette** de todos los días, la **CREMA SIMON**, **Polvos de arroz** y el **Jabón Simón**. No confundir con otros productos análogos.

J. SIMON, 13, rue Grange Batelière, Paris, y las farmacias, perfumerías, bazares y mercerías del mundo entero.



V. Vicente Gil & C^o

ESQUINA DE LAS MARRONES
CARACAS



DELICIAS ORIENTALES

Vals para piano con letra de Joaquín Gabarda

POR MODESTO BORRELL — OP. 58 (Reducción del de piano y canto por el mismo autor)

Tempo di Vals.

Piano

con grazia

Poco meno

En Ma m.f.

*Ped. * Ped. * Ped. **

nita la perla de oriente, es cosa corriente con tanto calor, aunque a cite de todos la

*Ped. * Ped. **

1a 2a

ri-sa, vestir sin camisa con garbo y primor. En Ma. Aquí el dulce far niente que en

*Ped. **

ritar- - - di

canta sin cama, sin sianita, ni gasas de tul, es tumbarse, y en gran mecedora, de o caso si tu

m.f.

-do - - - a tempo

1a 2a

rora hacer el gan dul. Aquí el Adqui sir una casa con maña, de nipa y de caña de

*Ped. * Ped. * Ped. **

m.f.

tantas como bay y adorar entre copas y besos tras lo cas es-cesos a her mosa ba

*Ped. **

cantando il basso.

f

1a 2a

bay. Aquí bay. Dispu - tar corto sueldo, mer mado por qe ro e le-

f

*Ped. * Ped. **

ben marcato

vedo y del cuento traí dor y te-ner ba-ta, coche y co-cho y ser del ca

legato cantando el basso

sero y del sastre deudor Dispu dor Consu- mir la se-brosa ti

1^a *2^a*

mf

Ped. *

no-la, y rueda la bo-la que el mundo es a si; y cre-er que en Manila se e

con anima

Ped. *

viste, y se come, y se viste, y que jaja es ta aqui Consu qui. Y pa

1^a *2^a*

mf

Ped. *

dar dias, meses y aun años tras mi, des en-yaños, per fermo qui zais, y mar charse sin

Ped. *

con gracia

una pe se ta tras tanta pi ruela y de nudo ademas, y pa sar dias, meses, y aun a-rios

mf

Ped. * Ped. * Ped. * Ped. *

cresc. *con gracia*

tras mil des en- años, y fermo qui zais; y mar charse sin u na pe se ta tras tanta pi ruela y des

Ped. * Ped. *

nudo ademas. des nudo ademas *ff* > a... des años

Ped. *

EL 1898 20th Century; OJO

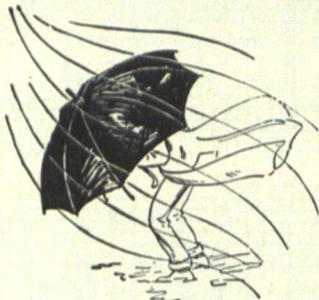
LÁMPARAS PARA BICICLETAS DE PAFO

De Niquel Platado, Pequeñas, Bonitas y Duraderas. Quemán querosina y se conservan encendidas. Las mejores luces para Bicicletas. Las principales Lámparas para Bicicletas en los Estados Unidos y Europa.



20th CENTURY 'CICL.' METROS. 10.000 Kilómetros.

20th CENTURY MFG. COMPANY, 17 Warren St., N. Y., U. S. A.



En un... Aguacero

el hombre se caló hasta los huesos. Y esta mojadura le dió un resfriado. Descuidado éste se le presentó la tos. Con motivo de la tos tuvo que guardar cama. A tomar una dosis del Pectoral de Cereza del Dr. Ayer al principio, le hubiese atajado el resfriado, impedido la subsiguiente enfermedad y padecimiento, y economizado gastos. El remedio casero para resfriados, toses, mal de garganta y todas las afecciones pulmonales es el

Pectoral de Cereza del Dr. Ayer.

PREPARADO POR

Dr. J. C. Ayer y Ca., Lowell, Mass., E. U. A.

Medallas de Oro en las Principales Exposiciones Universales.

Póngase en guardia contra las imitaciones baratas. El nombre de -Ayer's Cherry Pectoral- aparece en la envoltura y de realce en el cristal de cada frasco.

PROFESOR DE PIANO Y ARMONIA

MODESTO BORRELL

tiene el honor de ofrecer sus servicios artísticos al ilustrado público de Caracas. Enseña teórica y prácticamente, tanto á las discípulas que empiezan por el solfeo, única base sólida, como á las que se hallan en un grado de adelanto correspondiente á las clases superiores.

Habla francés, y un poco el italiano. Recibe órdenes por escrito: Esquina de la Pedrera, número 46.

MIS VERSOS

— POR —

Víctor M. Racamonde

DE LA BIBLIOTECA SELECTA DE EL COJO

(Primera serie de este autor)

A LA VENTA EN TODAS LAS LIBRERIAS DE CARACAS á 3 reales ejemplar

Sozodonte PARA LOS DIENTES Y EL ALIENTO.

Los principales Dentistas y Médicos piden un Líquido (que destruya los gérmenes entre los dientes y en la boca) y unos Polvos (que limpien el esmalte de los dientes) que usados juntamente conserven propiamente la dentadura. Hé aquí pues el SOZODONTE que es el único dentrífico perfecto, pues que cada caja contiene Líquido y Polvos. Uno de los mas viejos de América.



El Dr. D. Francisco A. Rísquez, vice-rector de la Universidad Central de Venezuela, Catedrático de Patología Interna en la misma y Vocal Secretario del Consejo de Médicos de la República de Venezuela, dice:

"SOZODONTE es un preparado excelente para los cuidados diarios de la Dentadura y la boca, que ya no faltará en mi tocador ni en el de mi familia."

Vendido en las Droguerías, Perfumerías y Farmacias de todo el Mundo.

Pedid por tarjeta postal la "Dentisteria Popular," un libro que dice la manera de cuidar la dentadura.

HALL & RUCKEL, New York, EE. UU.

EL GRAN GRAFOFONO MAQUINA HABLADORA

Una sencillísima máquina de hablar, reproducir la voz humana y las armonías musicales; hé ahí el Grafofono.

Su mecanismo es simple; es actuado por un motor de cuerda: su precio es bajo; se halla al alcance de todos, y su grandísima utilidad hace de él un objeto necesario en el hogar.

Esta máquina sencilla y simple por construcción: habla, canta y reproduce con perfección sin igual desde el dulce y armonioso Wals hasta las clásicas é incomparables sinfonías de Betowen. Con ella se divierte deliciosamente á los amigos en el hogar; para los enfermos no hay cosa más grata y placentera que les despierte y reviva las esperanzas agotadas por el sufrimiento y que les lleve al alma el deseo de la vida, la cual bajo su influencia encantadora y benéfica se entrega á las más dulces y gratas ilusiones.

Nuestro Grafofono es un instrumento bien conocido en el globo del mundo, y á la ciudad de Caracas hemos despachado ya algunos de ellos.

El precio de esta máquina es de \$ 15 oro, al contado, inclusive seis cilindros de música variada y los gastos de encajonamiento y embarque.

El dinero se puede remitir por órdenes postales, en Billetes americanos, ó por medio de comisionistas.

Garantizamos toda máquina, ó se devuelve el importe. Cilindros con música á \$ 7 docena neto. Toda orden debe venir directamente á esta Compañía.

Anglo-American Electrical M'fg Co. — 15 to 25 Whitehall St. — New York City.



LOS POLVOS DE TALCO-BORATADO-AZUFRADOS DEL DR. ROSA

Son los mejores para el Tocador y para los Niños.

SON un TÓNICO para el cútis. SON MEDICINALES. El Borat. es SALUDABLE. El Azufre es PURIFICADOR. Curan todas las ERUPCIONES. Curan todos los GRANOS. S n recomendados por todas las EMINENCIAS MÉDICAS.

Deliciosamente perfumados. Los mas blancos de todos los Polvos. Nuestro libro "LO QUE LAS ESTRELLAS NOS DICEN" porte pagado. Preparados por el Eminente Parisien, Dr. Rosa, en su laboratorio americano de Montclair, N. J., EE. UU.

